

Pedro Casals

Las hogueras del rey



En esta novela, escrita con el ritmo trepidante de las narraciones de misterio, Isabel de Inglaterra decide deshacerse de Felipe II y pone la conjura en manos de un mercader portugués, cabeza de su red de espías en España. No solo se trata de matar al rey sino también su fama, gracias a documentos sobre los familistas y alquimistas sospechosos que tenía a su servicio en El Escorial.

Una de las principales de la Corte de Madrid resulta cómplice del intento de envenenamiento del monarca.

La ficción y la historia se mezclan hasta tal punto que, por ejemplo, las cartas que en la realidad escribió el duque de Alba a su majestad jalonan la trama. La Inquisición y el miedo que inspiran hogueras y autos de fe son los telones de fondo de una narración en la que el siglo XVI, sus atmósferas y personajes —la Princesa de Éboli, Antonio Pérez...— están dibujados con tal nitidez que se ven, se palpan y recuerdan en muchos aspectos acontecimientos de ahora mismo.

Esta obra quedó finalista del Premio Planeta 1989.

OceanofPDF.com



Pedro Casals

Las hogueras del rey

ePub r1.0

Titivillus 09-10-2022

OceanofPDF.com

Título original: *Las hogueras del rey*

Pedro Casals, 1989

Ilustración de la cubierta: «Felipe II preside un auto de fe», por Diego Valdivieso

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Premio

Finalista Premio Planeta
1989

OceanofPDF.com

¡Qué seguro y confiado dormía a par de unas ventanas bajas
de vidrio junto a la calle! Salíase por esos campos solo, sin
guarda, y daba audiencias desarmado y solo.

FRANCISCO TERRONES,
oración fúnebre por Felipe II
en El Escorial

CRISTÓBAL AVEYRO había pagado cincuenta reales por sentarse en una de las tribunas de la plaza Mayor de Valladolid que un sinfín de carpinteros lograron levantar en apenas una semana.

El luto lo envolvía todo. Velos negros cubrían candelabros e imágenes en las iglesias, telas de ala de cuervo colgaban de los balcones. En las ventanas, paños de urdimbre retorcida y bruna. Hasta se mandó tamizar con fundas oscuras la luz ya mortecina de por sí de los faroles en vísperas de día tan señalado.

Los balcones de la tribuna real enmarcaban la sublimación del puro negro en los mantos de las damas, en el terciopelo que revestía los sillones, en el atuendo de los primeros Grandes de España y de un hombre pálido con barba encanecida, aire fatigado y vocación de estatua: el rey.

Los aledaños de la plaza Mayor eran un hervidero de bulos. Más de veinte mil personas se apiñaban con intención de asistir a lo que estaba a punto de dar comienzo en aquella amanecida de primavera. Se había gastado medio millón de maravedises en hospedar y agasajar a invitados, autoridades y séquito, pero se estaba larvando la decepción. Corría el rumor de que los tres condenados a morir en la hoguera iban a profesar arrepentimiento. Si tal cosa llegaba a suceder, los herejes gozarían de la misericordia del santo tribunal, verían aliviado el suplicio con la muerte previa en el garrote y serían quemados ya cadáveres.

El plato fuerte era presenciar cómo ardían vivos los seguidores de la semilla del doctor Agustín de Cazalla, que fue confesor real y más tarde —según sus jueces— miembro de la Corte del Diablo. Si ahora los sentenciados al quemadero abjuraban de su error, iba a haber descontento. La muerte en la hoguera de los peores enemigos de la fe era la culminación del espectáculo.

No faltaba quien había acudido con la esperanza de participar en *el afeitado de cristianos nuevos*. Los impenitentes sufrían el penúltimo suplicio antes de consumirse en la pira, se les quemaba la barba con aulagas encendidas. «¡Que se hagan las barbas de los perros!»

Desde la tribuna de tablas, Cristóbal Aveyro lo observaba todo con disimulo. Era hombre de pocas carnes, nariz aguilina. Vestía jubón negro y llevaba gorguera y puños de rico encaje de Bruselas.

—¿Confesarán? —preguntaba un hombrecillo con cara de hiena sentado en la fila de atrás.

—Esos mal nacidos son capaces de aguarnos la fiesta. —Su vecino se llevó el dedo al ojo e hizo una mueca—. No sería la primera vez que me pasa.

Cerca de Aveyro se encontraba la patrona de un mesón, una viuda de cara de luna. La mujer olía a esencia de azahar y sudor rancio, y miraba con fijeza a uno de sus mejores parroquianos, el hombre ventrudo con pinta de rufián que estaba a su lado. Le hizo una seña y envidó:

—Treinta reales a que asan por lo menos a uno.

—¿Queréis darme un astillazo?

—No suelo hacerlo.

—Que sean cuarenta.

—Cuarenta..., y sea lo que Dios quiera.

—Os veo muy segura de ganar.

—No gasto flores de villano, pero una sabe lo que sabe.

En la tribuna se daba oídos a la conversación con mal disimulada curiosidad. Aveyro la miraba de soslayo.

—¿Qué sabéis vos? —preguntó el parroquiano con aire retador.

—¿Qué más da? —repuso ella saboreando el tener en vilo a cuantos la rodeaban. Se tapó la boca con los dedos amorcillados y propuso—: Si os atrevéis a jugaros cincuenta reales, os lo digo.

El hombre entrecerró los ojillos y aceptó:

—A ver, mostradme vuestro triunfo matador.

La mujer se sonrió con malicia:

—La moza llegará hasta el final.

Quizá no se diese cuenta, pero lo dijo con una chispa de admiración.

—¿Por qué estáis tan segura?

—Es sobrina de Juan Sánchez, el que en tiempos fue sacristán del hermano de Cazalla. Ese fue quemado vivo también delante del rey..., y de tal palo tal astilla... —Se interrumpió. Se aclaró la voz y con nostalgia—: Aquel sí fue un auto hermoso. Había más de cien mil personas. Yo era una niña, pero me acuerdo de todo como si estuviese pasando ahora mismo. Cuando se ha olido una vez la carne de hereje chamuscada...

—Se quemó vivo también a Carlo de Seso en el mismo auto —aseguró un caballero que se hurgaba los dientes con un palillo y llevaba cuello tan ostentoso e impecable que parecía que la cabeza anduviese sobre un gran plato rizado. El abridor de cuellos había hecho un trabajo concienzudo con plancha y almidón. El hombre engoló la voz—: Ya camino del quemadero preguntó a su majestad cómo permitía que muriera así uno de su alcurnia.

Iba a proseguir, pero no pudo. Otro caballero de más fuste y edad lo interrumpió para narrar el final de lo sucedido:

—El rey le dijo: «Yo mismo traería los haces de leña para quemar a mi hijo si él fuera tan perverso como vos».

Las miradas de aquellas gentes buscaron a quien un día pronunció tales palabras. Felipe II estaba de nuevo allí, en la tribuna real, pero ahora permanecía encogido, el estómago le trabajaba como una máquina desacompasada y ardiente, y le dolía la mano gotosa. Era una sombra avejentada.

Las campanas de Valladolid esperaban la señal, no bien comenzaron a sonar las del Santo Oficio se inició una cascada de tañidos. Pronto se convirtió en catarata que enardecía a los asistentes al auto de fe.

La víspera, por la tarde, los hombres y mujeres que debían comparecer ante el santo tribunal a causa de sentencias distintas de la de muerte habían sido encerrados en dos salas separadas. A aquellas horas, en los cruces de las calles, los predicadores ambulantes andaban ya con la voz cascada de tanto fustigar con pláticas insistentes desde lo alto de tarimas.

A las nueve de la noche un clérigo flaco como una espina visitó a los que iban a ser ajusticiados y permanecerían en calabozos hasta el alba. Trató en vano de hacer abjurar de sus errores a Magdalena Sánchez. La

moza no había cumplido aún los dieciséis años e incluso, ante la perspectiva inmediata de la hoguera, se mantuvo firme.

El fraile pensó que quizá al día siguiente la hereje se aviniera a confesarse, «no me agradaría que sufriese los horrores de las llamas. Es tan joven... Todo por culpa del mal ejemplo de Cazalla. El mal que puede hacer en el mundo un lobo envuelto en piel de cordero... Y pensar que toda su elocuencia de predicador ha servido a los fines del diablo. ¡Dios mío!»

Pasó a otra celda. Los dos hombres condenados a la hoguera acabaron por ablandarse. Uno de ellos era viejo y reincidente. El segundo, contumaz. Tenía el cabello claro, frisaba los treinta y pronto abjuró con la fórmula:

—Abjuro y detesto y anatematizo toda especie de herejía y apostasía que se levante contra la santa fe católica y ley evangélica de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, y contra la Sede Apostólica e Iglesia romana, especialmente aquella en que yo, como malo, he caído.

El fraile salió de las celdas tras abrazar a los dos hombres. Al abandonar la prisión se dijo: «A ver si la moza se reconcilia también mañana antes que se tenga que encender la tea, y se le abren las puertas del Cielo».

Familiares y ministros de la Inquisición habían vestido a cada uno con el atuendo correspondiente a la sentencia. Las campanas repicaban, parecía que el sonido metálico fuese a perforar los oídos de las gentes que se apiñaban tratando de acercarse a la plaza Mayor y veían en aquello no solo el gran acontecimiento sino también motivo para llegarse a Valladolid y conseguir beneficios espirituales.

Por fin dio comienzo la procesión de la cruz verde. Antes de arrancar, y delante de los asistentes al acto, se ofreció a los condenados un ágape de aves y cordero asado.

La mesonera exclamó desde su asiento de la tribuna:

—¡Vaya por Dios! Si esos herejes comen mejor que un duque.

—Demasiado bien se les trata —escupió el que acababa de cruzar una apuesta con ella.

Pocos de los que iban a escuchar sus sentencias probaron bocado.

—Mirad cómo disimulan —observó la patrona del mesón de la Espuela de Oro.

La mujerona, viuda y heredada, llevaba el negocio con mano de hierro.

A Magdalena Sánchez le pusieron un sambenito que lo decía todo: la túnica amarilla sin mangas atravesada por una cruz de San Andrés con demonios dispuestos a arrojar herejes a las llamas del infierno. Le encajaron en la cabeza la mitra alta llena de diablos y sujetaron la lengua con mordazas de pino. Le ataron manos y cuello con la misma soga nueva.

Cuando la pobre pasó ante las bandejas de pollo asado no pudo evitar un estremecimiento y cerró los ojos.

Tan pronto como Cristóbal Aveyro distinguió la vestimenta de la moza se dijo: «Se ha mantenido firme». Y respiró hondo.

La mesonera con aire triunfal:

—Os voy a ganar los reales. —Señaló a la muchacha con el dedo—. Ved el sambenito.

—Veremos... Quizá el brasero la haga reconciliarse.

—Lo dudo... Vais a perder. ¡Os lo digo yo!

Los dos hombres que habían abjurado ante el fraile llevaban la lengua amordazada, una cruz en las manos y sambenitos de forma y colores parecidos al de Magdalena, aunque con fuego revuelto y las llamas hacia abajo.

Aveyro atravesó con la mirada al más joven: «¿Les habrá contado lo que calló hasta ayer...?»

La procesión inició la marcha y los asistentes al auto se arrodillaron mientras se oía el *Vexilla regis rodeunt* cantado con pompa por el coro.

En cabeza iban los niños de la Doctrina con sobrepelliz. Detrás, los penitenciados guardando un orden estricto. En los balcones de la tribuna real las gentes de calidad eran un conjunto de figuras de luto. El rey clavó los ojos en Magdalena Sánchez y se preguntó: «¿Es ese el fin que debe tener también quien quiso matarme? ¿Debe acabar como esa impenitente?»

Los niños de la Doctrina cantaban ahora las letanías de los santos. El coro iba respondiendo *ora pro illis*.

EL REY MIRABA SIN VER. Se asomaba a su interior y no dejaba de sopesar los pros y contras que debían llevarlo a sentenciar el asunto que tanto lo obsesionaba y hacía que el drama que se estaba desarrollando allí mismo —en la plaza Mayor— le pareciese alejado, irreal.

Las figuras de los principales que rodeaban a Felipe eran como una anochecida de peinetas, mantos negros, velos, plumas. Parecían las tinieblas entre las que trataba de abrirse paso en su mente.

Por enésima vez analizó los orígenes del atentado en que estuvo en un tris de perder la vida.

Volvía sobre las mismas cosas una y otra vez. Ahora estaba dispuesto a tomar una decisión rápida, cosa que no acostumbraba, «las muchas ocupaciones hacen que no pueda ver ni ordenar antes las respuestas... No se puede hacer siempre lo que se querría. Pero esta vez... Esta vez debo poner todo el empeño en resolver y pronto el asunto...»

La sensación de inferioridad que le inspiraba la figura de su padre —el emperador Carlos— lo llevaba a menudo a herir in mente al gran duque de Alba con los golpes que no se atrevía a lanzar contra la memoria de su progenitor. Para Felipe la época de su padre se había prolongado en Alba. También en Juan de Austria, el bastardo que «me usurpó el papel de héroe de la Cristiandad», el hijo del emperador y la guapísima cascabelera Bárbara Blomberg.

Aunque Alba no estaba allí, le cruzó por la imaginación que el duque presidía el auto de fe con su mirada de águila y el distintivo de la Orden del Toisón de Oro en que su padre lo acogió en Utrecht.

«Se lo concedió el mismo día que al conde de Egmont, veintidós años más tarde Alba hacía decapitar al conde en la Gran Plaza de Bruselas. —Felipe enclavó la mirada en la moza que llevaba el sambenito con los demonios y suspiró—: ¡Dios mío! Haced que vea la luz esa impenitente».

Volvió a sus adentros y al *provéase* de su puño y letra al margen de una carta que Alba le había mandado desde Bruselas hacía ya ocho años, el 15 de enero de 1570.

El duque empezaba con peticiones parecidas a las de Juan de Austria, pero más adelante se refería a los católicos ingleses entre los que lograron disimularse quienes iban a engrosar la nómina de los espías que informaban a Isabel de Inglaterra:

S. C. R. M.: Mándame V. M. en su carta de 19 del pasado, que paresciéndome, le envíe 1.000 o 1.500 españoles viejos para mezclar con la infantería nueva que V. M. hace levantar para el castigo de los moriscos del reino de Granada...

... La limosna que V. M. manda haga cada un año a los ingleses católicos que se han retirado a vivir a estos Estados, es una obra muy acepta a Dios y muy digna de V. M. porque todos ellos son bonísimos hombres y muéstranlo bien en haber dejado por Dios su patria y haciendas, yo entenderé luego en hacer el repartimiento y habré de ocupar en ello al Doctor Arias Montano...

La carta era la espoleta que hacía de nuevo estallar en la cabeza de Felipe una mescolanza de hechos y conjeturas sobre cómo se fue larvando el atentado. «Los ingleses católicos, bonísimos hombres, que lo dejaban todo por Dios, eran el caballo de Troya que ocultaba la semilla de herejes y traidores...»

Se fue de una cosa a otra y, como si quisiera llegar a convencerse de la potestad que tenía el príncipe de hacer lo que creyese más conveniente con la vida de sus súbditos, recordó lo que le había aconsejado su confesor, Diego de Chaves: *«El Príncipe puede llevar a los súbditos ante los tribunales para que les apliquen la ley, pero los Príncipes que hacen las leyes no tienen que someterse a este principio, que en tal caso no es más que puro trámite...* Luego en conciencia puedo mandar ajusticiar a... —Se llevó la mano a la boca—. *Sí, puedo hacerlo sin poner en peligro mi salvación eterna. Mi confesor me ha dado la respuesta por escrito... Aunque también me ha dicho que el príncipe debe moverse con justicia... Y no me asiste poca... ¿Qué procedimientos pueden ser injustos contra quien ha tratado de asesinar-me?»*

La procesión avanzaba con morosidad por la plaza Mayor. Detrás de los niños de la Doctrina seguían penitenciados con velas de cera apagadas,

mordazas en la boca, sogas en el cuello, mitras; los sambenitos. Por fin los dos hombres que iban a morir agarrotados y Magdalena Sánchez.

Los presos avanzaban entre familiares de la Inquisición y teatinos. El fraile que había visitado a los condenados a muerte acompañaba a la moza, exhortándola al arrepentimiento.

Los ojos del rey volvieron a clavarse en ella y recordó que en tiempos la hija del marqués de Alcañices había estado en aquella misma plaza llevando el sambenito. Notó un escalofrío.

OceanofPDF.com

FELIPE SABÍA MUCHAS COSAS sobre la conjura inspirada por la reina de Inglaterra para acabar con su vida y descabezar la potencia que la acechaba. «Esa mujer es el mismísimo diablo... con toda su astucia y sus mañas, pero Dios me ha amparado y ha impedido que lograra acabar con mi vida... La vida de su humildísimo siervo».

Conocía el nombre de la mano ejecutora y también —desde aquella madrugada— de la figura de su propia Corte que había apoyado «a los enemigos de la fe verdadera».

Pero no podía sospechar que al otro lado de la plaza Mayor se encontraba el hombre que planeó el atentado: Cristóbal Aveyro, quien bajo apariencia de comerciante había levantado una auténtica red de espionaje y no se perdía coma de lo que allí estaba ocurriendo. Bien pronto llegaría a Londres uno de sus avisos cifrados.

Su familia era de judíos portugueses. Los miembros del clan andaban establecidos en Lisboa, Sevilla, Barcelona, Nápoles... Cristóbal tenía el centro de operaciones en Amberes y —aunque nació en Coimbra— podía decirse que no era de ninguna parte; igual estaba en Westminster que intrigando en Valladolid, foco de herejía, «el arma más eficaz para desmembrar el Imperio español». El agente de Londres había tenido la habilidad de situarse en una plataforma privilegiada para lograr información. La obtenía de los proveedores de dinero judíos y también de los comerciantes que abastecían a la armada o al ejército.

El soborno era procedimiento habitual. Los confidentes y demás soldados de la organización recibían las pagas del chorro de florines que le confiaba Inglaterra, más de 6. 000 al año. Aveyro se movía con mucha más libertad que los servicios de inteligencia españoles que andaban enredados en la obsesión burocrática de su rey. Felipe obligaba a los espías a suscribir contratos y llevar las cuentas de los gastos secretos. No eran raras las cartas

de pago que correspondían a operaciones subterráneas ordenadas desde El Escorial.

«Londres paga de maravilla, amén de los negocios de suministro que caen en nuestras manos... —pensaba el portugués—. Los españoles suelen mandar el dinero tarde y mal... Sin duda estoy en el lado bueno. ¡Sin duda!»

Cristóbal Aveyro había llegado a Madrid a principios de marzo. Ya oscurecía cuando apareció en la posada del Arcabuz. Dejó el mínimo equipaje con que viajaba en un dormitorio no solo helado sino que por añadidura olía a humedad, y en seguida volvió a la calle Mayor arrebujaado en su capa negra.

Lamparillas de aceite iluminaban bien poco y el espía andaba despacio para no tropezar con las basuras y detritos de los fangales en que se habían transformado las calzadas sin acera con las últimas lluvias. Aquellas cloacas abiertas hedían.

Aveyro pasó ante un par de imágenes sagradas y por fin llegó a un figón, el de Los Caballeros. «Esta es la referencia», se dijo y anduvo hasta dejar atrás media docena de casas de adobe mal alineadas y de una sola planta, «con la regalía de aposentos el rey dispone de los segundos pisos de cualquier edificio para dar habitación a su hormiguero de escribientes, y como es natural solo se construyen casas de malicia tan bajas que un hombre a caballo puede tocar el tejado con facilidad».

Se embozó con la capa y, tratando de no hacer ruido, caminó por una callejuela hasta llegar a la parte de atrás del figón. A menos de veinte pasos había un cobertizo medio derruido y pudo distinguir una sombra encorvada que permanecía inmóvil.

Aveyro le dio el santo y seña disimulando su acento portugués con un deje galo que le salía muy bien:

—Aquí gracia y después gloria.

La sombra se aproximó y repuso:

—Dineros y amor mal se encubren.

Era un ciego de calva reluciente que avanzó unos pasitos apoyándose en un bastón grueso de madera poco pulida. Tenía la barba luenga y veteada de canas.

—¿Estáis solo? —preguntó el espía.

—Más que los muertos en la tumba.

—Ha llegado ya la hora de hacer lo que sabéis.

—Decidme, ¿cuándo hay que acabar con el Gran Brujo?

—¿Está todo dispuesto?

—El Gran Brujo no sospecha que su verdugo anda cerca, en el mismísimo Escorial. No, no sospecha de su propio sumiller de cava.

—¿Es persona de temple?

—De mucho... Dad la orden, y se hará justicia. —Repitió con ansiedad —: decidme, ¿cuándo hay que hacerlo?

—El rey y su familia irán a El Escorial a pasar la Semana Santa. Hay que aprovechar esos días para ejecutarlo.

—¿Hasta cuándo van a quedarse allí? —preguntó con inquietud.

Aveyro había recibido un informe detallado de los previsibles movimientos de Felipe y, tras carraspear:

—La reina está muy preñada y los médicos esperan que dé a luz a mediados de abril.

—¿Dónde va a parir?

—En el Palacio Real de Madrid.

—Entonces tendremos poco tiempo para hacerlo. El último día de marzo es lunes de Pascua de Resurrección.

—Todo está dispuesto. —Se oyeron pasos que se acercaban y se interrumpió. Luego se encaminaron a otra calle—. El catorce de este mes el rey y doña Ana llegarán a El Escorial con las infantas y los príncipes de Alemania. Pasada la Pascua se marcharán.

—¿Habéis pensado en el cómo y cuándo? —inquirió con una chispa de impaciencia, como si quisiese soltar: «Decídmelo de una vez».

—El día de Pascua el rey suele comer con los frailes en el refectorio, hay almuerzo especial y les hace regalos para agradecerles su diligencia en los oficios de la Semana Santa. El Gran Brujo suele beber un vaso de vino cuando come. El verdugo dejará caer el veneno del anillo que os daré en el

vino del rey aprovechando la falta de ceremonial del momento, una de las raras ocasiones en que Felipe se sale de sus rutinas.

El espía extrajo un anillo que llevaba engastada una esmeralda sobre la cavidad del licor venenoso y guió los dedos del que no podía verla hasta el resorte.

—¿Por qué habéis elegido ese momento?

—Las paredes tienen ojos y oídos. Felipe lo sabe y suele tratar los asuntos reservados dando paseos.

—El refectorio estará lleno de gente y...

—Y todo el mundo andará alborozado con la visita del rey y sus sobrinos. Los frailes estarán pendientes de si pone Alberto a su derecha o izquierda... Y mientras tanto irán llegando los regalos y platos que Felipe habrá encargado para la solemnidad. —Bajó el tono—. Y el vino... Con el bullicio nadie se fijará en el momento en que el sumiller de cava llene la copa.

—Amén.

El ciego le agarró el brazo con los dedos sarmentosos y se lo estrechó en silencio. «Apesta a cebolla el condenado», pensó Aveyro. Volvió a embozarse y se perdió por entre las callejuelas mal iluminadas.

«Si algo llega a suceder y cae en manos de Felipe, nada podrá decir... Está ciego y, aunque le apliquen los tres tormentos del Santo Oficio, no podrá comprometerme..., ni me ha visto ni ha oído mi voz auténtica. Dirá que le dio la orden un francés. —Acompasó el fluir de sus pensamientos al ritmo de la marcha—. El Escorial está solo a una jornada. Mañana lo llevarán en un carruaje y pasado comenzará a ir a la capilla de los pobres para que le den el pan de los ciegos».

Madrid crecía alocadamente. Cuando Felipe II trasladó la Corte desde Toledo, la nueva capital apenas si tenía dos mil quinientas casas. Se construía a toda prisa y ahora Cristóbal notó en el aire el olor del mortero. Una luz que alumbraba la imagen de la Virgen proyectaba algo de claridad hasta una obra con buhardilla de gran magnitud. «La alquilarán a precio de oro. Quien hizo la ley... Ni buhardillas ni entreplantas entran en la orden

real del segundo piso. Voy a hablar también de eso en el próximo *avvisi* que escriba para mis amigos de Westminster... Lo que van a reírse a costa de Felipe..., el enemigo jurado de la reina de Inglaterra».

Y volvió a la conversación que acababa de mantener con el ciego: «Si las cosas se complican, el acento francés es un anzuelo que Felipe puede morder. —Como si quisiera convencerse se dijo—: Si hasta ha llegado a prohibir que se traigan de Francia lo que según él son cosas inútiles: cadenas y piedras falsas, muñecas, vidrios...»

Pasó por delante de una taberna en que se apiñaba un tutilimundi que acudía a Madrid en busca de los favores de la Única Corte. Pensó en entrar, «siempre te enteras de cosas», pero sonaron las campanas y apretó el paso, «voy a llegar tarde a la cita con quien me da la mejor información que jamás he tenido en mis manos. Si el rey sospechase que alguien tan..., ¡tan cerca de la Corona!»

Cuando estaba ya frente a la iglesia de Santa María se preguntó: «¿Por qué conspirará contra su rey una persona como esa? ¿Qué puede llevar a alguien tan principal hasta la traición? —Hizo chasquear la lengua y resolvió—: Tengo que averiguarlo. Sí, tengo que averiguarlo. Tengo que averiguarlo. Tengo que ave...»

Cristóbal Aveyro no se dio cuenta de que lo iban siguiendo desde hacía un buen rato.

DESDE QUE FELIPE había llegado a El Escorial con intención de recogerse y vivir la liturgia de la Semana Santa, el secretario de Estado — Antonio Pérez— no dejó de hablarle del «grave problema que nos está planteando don Juan de Austria».

Antonio Pérez había nacido en Madrid; su padre, según la versión oficial, fue Gonzalo Pérez, clérigo y secretario del emperador, aunque lenguas afiladas asegurasen que era hijo del príncipe de Éboli. Tenía fibra de alto funcionario: dominador de procedimientos, de los más insospechados entresijos de la bizantina administración pública; especialista en coger al vuelo las insinuaciones y estados de ánimo del rey.

Felipe II y él se encontraban en *el mango de la parrilla* que simboliza la planta del monasterio. Estaban trabajando en los aposentos del rey, junto al ábside de la basílica en construcción, sentados a una mesa adosada a la librería y andaban releendo la carta de uno de sus informadores venecianos:

S. C. R. M.: El señor Don Juan de Austria, gobernador de los Países Bajos, está pensando en convertirse en Rey en Bruselas de espaldas a la voluntad de V. M. Los franceses no solo lo alientan sino que le mandan los más altos emisarios para convencerlo de que esta sería la única solución aceptable por todos. El señor Don Juan cree que el Padre Santo y los neerlandeses lo apoyarían en su ambición de lograr el trono de las Provincias Unidas.

Tanto Felipe como Antonio Pérez eran maestros en el arte de leer entre líneas. «Los más altos emisarios» era una forma de evitar el nombre de Margarita, la hermana de la que fue tercera esposa de Felipe II —Isabel Valois—, la única que logró sacarlo del rígido caparazón en que vivía.

—Parece, majestad, que don Juan anda algo nervioso —dijo el secretario de Estado midiendo las palabras e interrumpiéndose para ver el efecto que causaban.

Los aposentos del rey eran muy simples. Las ventanas daban al sur e iluminaban la alcoba y el pequeño gabinete en que se encontraban. Felipe mantenía el negro en la indumentaria desde que enviudó de Isabel, y su boda con Ana de Austria no le hizo romper con la ropa de luto. Ahora iba volviéndose más y más ahorrador y el terciopelo de su jubón brillaba de puro gastado.

Antonio Pérez vestía también de oscuro pero su paño era impecable y el lienzo alechugado de la gorguera parecía nuevo.

Felipe permaneció unos instantes en silencio antes de responder. Ya sufría de gota y llevaba una mano envuelta en pañuelos. Apoyó la otra en la carpeta de piel verde que tenía sobre la mesa y rompió a hablar como si las palabras le arañasen la garganta:

—Últimamente están llegando ciertas noticias sobre don Juan que preocupan.

—Y encima nos ha mandado a Escobedo con reclamaciones.

El comportamiento del hombre de confianza de don Juan había irritado en la Corte por su arrogancia y modales. Su majestad pensó: «Estoy tan podrido y cansado de este Escobedo que no puede ser más», y dijo:

—Quiero confiaros, Pérez, que me alarma y mucho lo que nos ha llegado por tres conductos dignos de consideración. —La mirada se le perdió entre las siluetas azules de la cerámica de Talavera del alto zócalo—. Parece que en lugar de cumplir con sus deberes de gobernador, don Juan anda pensando en otras empresas.

—Su resistencia a que se marchen de una vez los Tercios...

Pérez dejó la frase en el aire para que la recogiese su señor.

Las venillas de las sienes de Felipe ganaron relieve, la piel parecía de pergamino.

—¿Pensáis que pretende retener a los soldados con la intención de mandarlos algún día contra Inglaterra? —preguntó.

—Majestad, el problema se reduce a que don Juan quiere ser rey. —Se acarició la barba escrupulosamente recortada y clavó los ojos castaños y brillantes en Felipe—. Para don Juan el asunto inglés representa destronar a Isabel, casarse con María Estuardo y hacerse con la Corona de Inglaterra.

El secretario de Estado había llegado al núcleo del problema, a Juan de Austria se le hacía cada vez más difícil soportar que la cancillería de la Corte le negase lo que consideraba justa recompensa tras sus éxitos militares: el tratamiento de alteza real. Pero Felipe II no quiso darle nunca la categoría de infante de España.

«Estoy pisando arenas movedizas —se dijo Pérez—. El rey en el fondo no quiere elevar a su hermano porque teme que le haga demasiada sombra. Después de Lepanto, Juan de Austria es mucho, muchísimo más popular que él. Y ahí le duele... Pero vayamos a lo que interesa: quizá el ejemplo del reino de Inglaterra con María Estuardo le haga comprender el peligro que representa la Corona que nuestros enemigos quieren que Juan de Austria acepte en Bruselas».

Conocía la mente del rey hasta donde era posible conocerla, y esta vez dio en el clavo.

—Vayamos paso por paso, Pérez. Ya habrá tiempo de ocuparnos del asunto inglés. Resolvamos primero lo que deba resolverse acerca de los Países Bajos. ¿Qué habéis oído de Spaa?

«Ahí quería llevarlo yo —pensó el secretario de Estado—. Ahí y a ese caballero de rapiña que es Escobedo».

—En Spaa hay aguas curativas.

—Vamos, Pérez. ¿Qué más sabéis aparte de las fuentes?

—Majestad, al parecer, allí se ha encontrado don Juan de Austria con...

—Ya que no osáis pronunciar su nombre, lo haré yo: con la reina de Navarra. La esposa de Enrique, el paladín de los herejes hugonotes. —Plegó los labios con gesto dolorido—. Esa libertina no se parece en nada a su hermana, Isabel, la que fue mi esposa.

—Ella es quien incita a don Juan a proclamarse rey en Bruselas. Sabe de sus debilidades, y es tan guapa...

—Es una Valois —observó Felipe con orgullo. Permaneció en silencio unos instantes y endureció el tono—. Don Juan está mal aconsejado.

—Escobedo, majestad, le ha hecho soñar con su territorio, su reino.

—¡Escobedo...!, ese *Verdinegro*...

—Algo habrá que proveer. Conviene despachar... —iba a decir «despacharlo», pero se corrigió de forma que el rey se diese cuenta de lo

que estuvo a punto de proponer— el asunto Escobedo. Si ese hombre no regresa a los Países Bajos, quizá don Juan vuelva a razonar con sensatez.

—Nunca ha sido lo suyo.

—Majestad, hay una opción que resolvería de una vez el conflicto. — Desde hacía dos años Antonio Pérez la estaba proponiendo al rey y desaconsejando al mismo tiempo a su hermanastro—. Don Juan podría convertirse en cardenal. Ese nombramiento lo dejaría sin la posibilidad de tener descendencia legítima y..., entonces, ¡que luche contra todos los reinos que se empeñe en conquistar! —Sonrió con malicia. Los ojos se le hicieron saltones por un momento—. Al final, tras su muerte, todos los territorios serían heredados por la Corona de vuestra majestad.

El rey adelantó el labio inferior como solía cuando algo le disgustaba. No estaba dispuesto a permitir que el vencedor de Lepanto lograra más gloria aún. Lo había mandado como gobernador a los Países Bajos a sabiendas de que aquellas eran aguas procelosas «para bajarle los humos» y no iba ahora a encumbrarlo «como cardenal y guía de la Cristiandad».

Antonio Pérez captó la negativa en el rictus de su señor y volvió a las fuentes curativas de Spaa:

—Si don Juan llega a un acuerdo con la reina de Navarra, quizá tenga que pactar con los herejes y...

—¿Anda Escobedo comprometido en intriga tan baja?

El secretario de Estado enclavó los ojos en el suelo de cerámica color teja y acabó por suspirar:

—Majestad...

—Adelante, Pérez. No podéis callar ante una traición a la Corona.

—Majestad...

Mantuvo los ojos inmóviles, parecía que ardieran con llamas oscuras y acechantes. Extrajo una carta de don Juan de Austria y la dejó sobre la carpeta verde. Había sido escrita el 6 de febrero de 1578 en la abadía de San Argenton.

El rey comenzó a devorarla. Rezaba:

A Antonio Pérez y Juan de Escobedo.

*¡Mas cuán poco ha habido, señores, del decir que era fuerza combatir, al hacerlo!;
y cómo, de punto en punto, se van cumpliendo cuantas cosas están entrevistas y*

dichas, tanto a razón sería, pues, tomar como ejemplo en ellas para las prevenir; y creer, para esto mismo, que si hubieran sido creídas y juntamente ayudadas que hubieran también caminado de bien en mejor cada día. Esta victoria que Dios nos ha dado, tan dada de su mano ha sido, cuanto sin ella nos faltaba todo, salvo que nos sobran los peligros de perdernos. Ahora, bendito sea Él, tampoco nos faltaría nada, si Su Majestad se hubiera resuelto, tanto ha que se lo suplico, en las provisiones de una gente, tan inexcusables y forzosas.

El rey levantó sus ojos azules que parecían ahora los de un pez:

—¡Cuánta arrogancia! ¡Cuánta vanidad!... ¡Cuántas ansias de acumular más y más soldados para ir a Inglaterra... por su dichosa Corona! Unas veces quiere casarse con María de Estuardo, otras con la mismísima Isabel de Inglaterra... Depende de los sueños que tenga.

Antonio Pérez asentía en silencio mientras Felipe ahogaba las exclamaciones y se frotaba la mano gotosa con una pizca de crispación.

Su majestad solía hablar en voz baja no solo como norma regia sino por evitar que los gentileshombres de la casa y el sumiller de corps que lo acompañaban las veinticuatro horas del día se enterasen de sus conversaciones. En aquella ocasión los hombres de servicio estaban en una pieza contigua y —como acostumbraban— permanecían «con la oreja pegada a la pared por si algo llegase a suceder».

El rey siguió con la carta y leyó en un susurro:

... o que perdida esta ocasión, no pretenda más Su Majestad ser señor de Flandes ni mayor seguridad en los demás sus reinos; pues ni en Dios ni en las gentes hallará más asistencia, antes muy claras demostraciones de lo contrario...

—Se atreve a amenazarme... ¡a mí! ¡Amenazarme a mí con la pérdida de Flandes! —Enclavijó la mirada en el secretario de Estado y le preguntó—: ¿Está insinuando que va a...?

No pudo acabar la frase. Pérez sabía que Felipe era imprevisible cuando se enojaba y prefirió permanecer callado. El rey continuó leyendo y por fin apareció el nombre de la persona de confianza de don Juan:

—Este Escobedo debe de ser quien lo anima a traicionarme. Ved lo que dice. —Y señaló con el dedo—: *Señor Escobedo, priesa y mayor priesa a venirse.*

—Si *el Verdinegro* vuelve a los Países Bajos, empleará todo su tiempo y astucia en tratar de conseguir que don Juan se enfrente a vuestra majestad.

—¿Qué me aconsejáis?

—Si permitimos que Escobedo regrese junto a su señor, ¡malo! — Antonio Pérez doblaba con nerviosismo el encaje de sus puños—. Si lo mandamos prender, malo también. Eso alarmaría a don Juan..., pensaría que le hemos descubierto el juego y podría llegar a pactar con los rebeldes.

—¿Qué otro camino hay?

—Majestad...

OceanofPDF.com

EN LA TRIBUNA REAL de la plaza Mayor de Valladolid Felipe II seguía cavilando ajeno al auto de fe que iba discurriendo ante la multitud. Era el César que presidía aquel rito de sangre sin gladiadores, toros ni perdón.

Detrás del rey los notables componían un fresco de claroscuros en el que chisporroteaba la mirada de Antonio Pérez. El secretario de Estado tenía ojeras violáceas y no perdía de vista el perfil de su señor, «¿por qué andará tan angustiado? ¿Qué debe de bailar en la cabeza? Parece ausente..., pero ayer estaba sereno. ¿Qué nueva le habrá llegado...?»

El casi omnipotente funcionario digería mal que alguna cosa escapara a su legión de informadores, a los procedimientos que había establecido para convertirse en filtro de cuantos expedientes tenían como destino la mesa de su majestad.

El rey jugueteaba con el único adorno de la severa indumentaria, el Toisón de Oro, y seguía dando vueltas al asunto.

Pérez sabía que Felipe era capaz de permanecer insensible ante la tragedia de un hereje a las puertas de la hoguera, pero también conocía su ternura para con los pocos seres a los que amaba, «si no se trata de negocios de Estado, y si lo fuera yo tendría noticia, debe de atormentarle algo de su familia... Cuando se puso enfermo de disentería su hijo Fernando, el propio rey se ocupaba de lo que tenía que comer y no dejaba de recomendar que le diesen tortillas. —Permanecía inmóvil en su lugar del cuadro solemne que adornaba la plaza hecha basílica, pero el temblorcillo del pie le traicionaba y su imaginación corría de prisa—. El rey, en el fondo, es un prisionero. De noche queda encerrado en el Alcázar de Madrid o en El Escorial y los hombres de la guardia deben entregar las llaves al mayordomo mayor para que las custodie. Tengo informadores incluso entre los gentileshombres... Si algo le pasa al rey o a su familia, no tardo en enterarme, pero... esta vez nada me ha llegado... —Se fijó en el rictus de amargura que consumía a

Felipe—. ¿Qué ocurrirá? Esta mañana hemos tenido ocasión de hablar un buen rato... y a solas, pero nada me ha dicho. ¿Habrá descubierto que...?»

Cristóbal Aveyro estaba aún en la tribuna, pero el sambenito que llevaba el más joven de los que iban a ser agarrotados le hacía pensar en huir. «Si ha renegado de su fe para no ser quemado vivo, también puede haber traicionado a sus correligionarios..., y habrá que...»

La procesión seguía avanzando por la plaza como un reptil gigantesco; el dominico que llevaba en alto la cruz cubierta por el luto parecía de mármol. Todo estaba jerarquizado, desde el sitio que ocupaban cerca de Felipe los caballeros del Toisón de Oro y atuendo negro hasta el orden de las columnas de penitenciados. Los linajudos precedían a los demás, aunque sin capa y descubiertos o con la tiara de la vergüenza. Cerraban las filas los condenados al garrote y Magdalena Sánchez.

«Magdalena —se dijo el rey—. Se llama como Magdalena Ruiz, la enana que divierte tanto a las infantas... La que lo hace todo a destiempo, que se marea cuando no conviene... ¡Cómo la miman Catalina e Isabel!»

El laberinto de la mente le llevó a buscar alivio en las horas que pasaba con ellas jugando a los dados, «con lo jóvenes que son y la buena maña que se dan para sacarme los dineros... He visto las cuentas de entradas de la casa de las infantas y vaya negocios hacen con lo que se les da... —se sonrió por primera vez— para jugar conmigo, o como reza *con el Rey nuestro señor*».

En la Corte acostumbraban provocar a Magdalena Ruiz diciéndole «dala la cuerda» y ella —que era además alcohólica— salía por donde menos se podía esperar. Felipe se puso a decir in mente el «dala la cuerda. Dala la cuerda. Dala la...».

Ora pro illis, respondía el coro a las letanías de los santos. No bien su majestad se dio cuenta pidió perdón a Dios, «perdonadme, Señor, esta nueva falta», y volvió a sus pensamientos de tornillo, «en estos tiempos ha habido tantos hechos de sangre contra reyes: Antonio de Navarra, asesinado; Henry Darnley de Escocia, asesinado también; yo mismo sufrí otro atentado..., el de los franceses, hace siete años; Isabel de Inglaterra y Enrique de Navarra se han salvado de varios intentos...»

El secretario de Estado se dijo: «Le cuelgan los labios. ¿Habrá averiguado algo más?»

OceanofPDF.com

ANTONIO PÉREZ SE ENCONTRABA SOLO en apariencia con los nobles que presenciaban el auto de fe y se puso a recordar cosas que sucedieron antes que el rey llegara a sufrir el atentado. Tenía la mirada inmóvil, perdida por entre los alguaciles, veinticuatro, oidores que seguían a los sentenciados.

Alonso Beltrán, alguacil mayor de Alcalá de Henares, había invitado a Antonio, «unos días en mi casa os sentarán bien». Le convenía alojarse cerca de Ana y aceptó.

Ella no solo era princesa de Éboli, sino duquesa de Pastrana y viuda de quien fue amigo íntimo de Felipe II, Ruy Gómez de Silva. Estaba pasando la Semana Santa en su palacio de Pastrana y Pérez se puso en camino no bien logró despachar un sinfín de asuntos con su majestad.

Atardecía cuando el secretario de Estado llegó al rancio edificio de torreones cuadrangulares. La princesa lo recibió en seguida y Pérez le señaló el jardín cuajado de árboles frutales que se extendía hasta el muro de cerramiento:

—Prefiero hablaros paseando.

Ana era mujer de muchos huesos y labios pulposos; tez pálida, expresión interrogativa. Fue la belleza de su época y sin embargo la llamaban *la Tuerta*. Un parche de seda negra le daba apariencia de estar siempre en un baile de disfraces. De reírse de un mundo del que ella, la única hija del príncipe de Mérito, era heredera. Tierras, títulos, tradición, privilegios.

Anduvieron en silencio hasta llegar a la cruz de piedra que se levantaba sobre una pequeña pirámide de escalones. El secretario de Estado apoyó la

puntera de la bota en el segundo peldaño y se acercó mucho a la princesa. Aspiró su aroma de heno y almizcle, y le rozó la mano.

Ella la retiró y la ocultó en el manto:

—Pueden vernos.

—Ya ha oscurecido.

Ana observó con recelo el gran ventanal del torreón derecho como si tuviese una premonición ominosa y advirtió:

—No debemos dar que hablar después de lo que nos sucedió en Madrid, ¡qué bochorno!

Antonio Pérez le buscó la mano y se la apretó:

—Escobedo es un torpe... —Su tono era entrecortado—. Lo de introducirse en vuestra casa y aparecer en vuestra alcoba... Irrumpir en nuestra intimidad. Aunque lo peor no es eso, lo peor es que sabe demasiado de nuestros negocios.

—Cometí el error de no poner guardias en la puerta que da a la iglesia de Santa María. Y más sabiendo que Escobedo vive en la calle de Santa Ana, a dos pasos, y podía sorprendernos con la llave que le confió hace años mi marido. Debía haber puesto guardias en todas las puertas. —Con voz sibilante y para sí misma—: Debía haber sido más cauta. Sí, debía haber puesto hombres armados...

Miraba el perfil difuso de la cruz de grises y siguió pensando en que debía haber hecho esto y aquello.

—No es hora de preocuparnos sino de ocuparnos de Escobedo.

—¿Y bien? —inquirió la dama que no veía otra diferencia entre su casa y la de Austria que «la reinante ha tenido mayor fortuna».

—He hablado a su majestad de los planes de don Juan de Austria y la participación de Escobedo en lo que bien pudiera acabar siendo un grave peligro para el Estado... —Aflojó el gesto hasta lograr sonreír—. El rey está maduro ya.

—¿Tan de prisa ha decidido? —escupió—. ¡Qué raro! Le da tantas vueltas a todo...

—A todo lo que no sea una amenaza para la Corona.

—Decidlo de otro modo: a lo que no sea una amenaza para él.

Pérez asintió con la mirada y fue a decir algo, pero no lo hizo. La princesa se preguntó: «¿Qué estará callándose?» Él rompió a hablar como si se refiriese a un procedimiento burocrático de rutina:

—Su majestad ha recibido autorización del confesor para mandarme ejecutar a Escobedo sin perder tiempo con pruebas y juicios. Es un asunto de Estado.

Se le llenó la boca con las últimas palabras, le emborrachaban. Eran para él la llave que permitía «ahorrar tantos pasos inútiles, tantas dudas y escrúpulos de la atormentada conciencia del rey».

La princesa de Éboli apretó los labios. La dama sensual, inquietante y algo aniñada, súbitamente ganó edad. Sus treinta y muchos años se convirtieron en los trescientos de su linaje castellano, y secreteó:

—Habéis fallado ya con el veneno.

Antonio hizo como si la pulla no lo afectara y repuso:

—Los maestros en el arte de envenenar son venecianos o flamencos. En estas tierras no se ha llegado aún a tanto conocimiento de esos licores.

—Creéis que todo lo de fuera es mejor, ¿eh? Pensáis en eso como Felipe, que hasta hace venir jardineros flamencos para que le planten flores y pizarreros flamencos para El Bosque y El Pardo. —Con retintín añadió—: ¿Os desharéis del *Verdinegro* con envenenadores flamencos?

—Ahora emplearemos un medio más seguro... —Se tapó la boca con la mano—. Aunque su majestad prefiera el veneno.

Se había levantado aire frío y Ana se pasó el manto por sobre la gorguera blanquísima de muchos pliegues y almidón. Se arrebujó y como si hablara para sí misma:

—Su vanidad debe de sufrir tanto con la sombra de Juan de Austria... Conozco bien a Felipe.

Se interrumpió, «fui su amante... y Rodrigo, mi hijo mayor, es suyo».

Antonio las cazaba al vuelo y dijo:

—Hubieseis sido una gran reina.

—De pequeña estaba convencida de que mi padre iba a casarme con Felipe. —Miró de soslayo las ventanas como si temiese que la estuviesen observando—. Hubiera sido una buena idea que los Austria se unieran a un

viejo linaje castellano... y plantasen frutales en los jardines en lugar de llenarlos de retoños de viveros de Francia y Holanda.

—Pero Felipe os casó con su mejor amigo.

Ana empezaba a tener frío y antes de regresar al palacio quiso saber:

—¿Cuándo va a hacerse lo de Escobedo?

—El lunes de Pascua.

—¿Cómo?

—El acero en manos de hombres diestros no fallará.

La princesa de Éboli inclinó la cabeza.

—Si un día Felipe se olvida de que os dio la orden, ¿qué puede llegar a ocurrirnos...?

—He tomado precauciones... Su majestad es hombre de muchos documentos y notas al margen de su puño y letra... Tengo guardadas pruebas de la autorización real de lo del *Verdinegro*.

Ella lo miró con inquietud.

—Volvamos a casa. Estoy helada.

Pasaron por un sendero que olía a laurel y trajo a la mente de la princesa el recuerdo del que había sido su esposo, Ruy Gómez de Silva, «que acogió a moriscos acosados y les mandó plantar morera en estos campos e iniciar la industria de la seda... Que capitaneó en la Corte el partido de la tolerancia... y ahora yace en la Colegiata de Pastrana...». Vio en la imaginación el epitafio... *murió en Madrid el año 1573*.

Cuando llegaron al vestíbulo estaba muy pálida. El fuego de una chimenea la llevó a notar en manos y rostro la paz que le daba Ruy, el calor de un hombre que por edad podía haber sido su padre y sin embargo fue ante todo el compinche que le permitió ser ella por encima de sus títulos, sus diez hijos y las habladurías sobre sus amores con el rey.

Ana se quitó el manto, y lo dejó caer sobre un bargueño con taraceas de marfil.

El mayordomo apareció y tomó con mimo la prenda recamada. La princesa de Éboli, sin consultarlo con Antonio Pérez, indicó al que consideraba más leal de sus servidores:

—Cenaremos en mis aposentos.

El hombre canoso y enjuto se inclinó, sonrió y se retiró sin hacer apenas ruido, «voy a dar órdenes para que nadie pueda pasar, excepto los criados que suban la mesa... Hoy serviré besugos cocidos, langostinos, tortilla a la cartujana, hojaldres de masa de levadura, buñuelos de viento, y sobre todo vino tinto y fruta. A la princesa le encanta la fruta».

En la chimenea de mármol blanco veteado de gris del gabinete ardía un fuego muy vivo. El pavimento era de baldosas cuadradas de cerámica color arcilla, y Ana de Mendoza se sentó en un sillón de tijera con incrustaciones de hueso. Antonio permaneció de pie junto al escritorio, los documentos lo atraían como imanes y los miró de soslayo.

—El hueso dorado del interior tiene aire mudéjar. —Se sonrió con malicia—. No creo que fuese del agrado de los familiares de la Inquisición.

Ana se dio cuenta de que le interesaba una carta escrita con letra picuda y soltó:

—Empezáis a tener la misma fiebre por leerlo todo que sufre el rey. Todo se pega menos la hermosura, ¡cuidado!

Antonio Pérez se apartó del mueble y lo contempló a tres pasos de distancia:

—A pesar del interior mudéjar, me gustan los herrajes góticos y sobre todo el pie de puente.

—Si leéis esa carta, que al parecer tanto os llama la atención, sabréis hasta qué punto me han enriquecido los moriscos que Ruy se empeñó en traer y proteger contra viento y marea para que nos cultivaran las tierras con un arte que supera en mucho al que se estila en la mayoría de los exagerados territorios de Felipe.

—Sois hábil en el arte de gobernar vuestra hacienda, princesa. No se puede decir lo mismo de su majestad, que se pone imposible en cuanto se le habla de dinero. —Se sentó en un banco con ligaduras de hierro forjado—. Pero lo cierto es que la guerra de los Países Bajos nos está arruinando. El año pasado costó casi un millón de ducados y en anteriores mucho, muchísimo más... —Suspiró—. Y la flota mediterránea es otra sangría; a pesar de que se ha reducido el tamaño cuesta aún setecientos mil.

—¿No veis a Felipe capacitado para reinar?

—Voy a responderos con el cálculo que hizo Juan de Ovando no hace mucho: los ingresos de la Corona son de solo cinco millones y medio de ducados al año y la deuda pasiva es de más de trece veces esa suma...

—No todo es dinero.

—En Flandes ha habido deserciones y saqueos porque las tropas no han recibido la paga. A algunos soldados se les debe años enteros. —La apuntó con el dedo—. Desde que el rey se declaró en bancarrota perdió el crédito y tenemos muchas dificultades para enviar fondos. No hay mercader que nos acepte cédulas, a pesar de las últimas remesas de plata de las Indias y el acuerdo con los banqueros.

Se interrumpió súbitamente como si temiese hablar de más. El vino hizo que la calidad de su fingimiento no anduviese a la altura acostumbrada. Ana dijo con sorna:

—La situación le vendrá muy bien a Orange.

Pérez asintió con una mirada de complicidad y entonces llamaron a la puerta.

Era el mayordomo que precedía a los criados, «princesa, la cena está servida». Entraron llevando a pulso la mesa y todo quedó dispuesto en un santiamén.

Mientras daban buena cuenta del pescado, Ana se puso a comparar a Pérez con su esposo:

«Lo que le gustaba de veras a Ruy era el campo, charlar con los labradores. —Antonio Pérez comía despacio y bebía de prisa. Ella siguió pensando en Ruy Gómez de Silva—: Era amable, animoso y sobre todo leal a Felipe..., ¡demasiado! Jamás dijo una palabra acerca de mi galanteo con el rey. Debía de considerarlo como, como... asunto de Estado, que diría Antonio... Antonio, ¡qué distinto de Ruy! Sois brillante, ambicioso, derrochador, magister por Salamanca, doctor por Padua, maestro en el arte de la simulación, relamido en el vestir, perfumado como una cortesana y carecéis de la menor lealtad a la Corona ni a nada en el mundo».

La mirada de Pérez había adquirido un brillo acuoso.

La princesa se llevó la mano a la cara, apoyó los dedos en el rombo de seda negra sujeto por una cinta delgadísima y se preguntó:

«¿Qué me atrae de él?, probablemente su desdén por Felipe o quizá sea que me halague tener como amante al hombre más poderoso después del rey. Yo, Ana de Mendoza, tuerta, viuda, con diez partos encima...»

Aunque desnudarse del todo se consideraba cosa de moriscos, la princesa de Éboli se puso en pie, se acercó a la lumbre y empezó a desabrocharse las perlas de la botonadura del jubón.

Pérez la miraba sin dejar de comer. Ella se deshizo del verdugado que le ahuecaba las faldas y de las medias de seda de Nápoles. Acabó por mostrarle los pies, que aunque no eran todo lo menudos que hubiese deseado sabía que lo provocaban, «con Felipe y Ruy me pasaba lo mismo. ¿Qué verán los hombres ahí? —Y no pudo evitar la sombra de una sonrisa desdeñosa—: Hay mujeres que apenas se mueven de su silla para evitar que los pies se les hagan grandes, lo que hay que ver».

Antonio la observaba con ojos lujuriosos, se bebió el vino que quedaba en el vaso y se acercó a aquella mujer de piel muy blanca y carnes prietas. Ana de Mendoza notó una oleada tibia de puro placer y se preguntó:

«¿Será este mi último amante? ¿Estaría ahora conmigo si fuese un gran título de España? —Cuando el secretario de Estado la estrechó se oyeron las campanas de la Colegiata. La princesa no pudo evitar decirse—: Ahí están enterrados Ruy y cuatro de mis hijitos».

Y se separó de él diciendo:

—Voy por los cojines de los bancos.

Los dispusieron ante la chimenea formando una cama enorme de terciopelo granate y se tendieron junto a las brasas.

La princesa besó a Antonio con morosidad, recreándose. Luego se puso a lamerle por detrás de la oreja y preguntó:

—Hay algo que no me queréis contar, ¿verdad?

OceanofPDF.com

EN LA PLAZA MAYOR de Valladolid, la liturgia del auto de fe iba cumpliéndose ante el rey. Los presos que habían salido de la cárcel de la Inquisición se dirigían al gran andamio de los pecadores construido con tablas como si fuese un escenario descubierto. Frente a la estructura de madera se levantaba otra similar en que iban a sentarse los inquisidores.

Entre los lutos y joyas de las damas chocaba como un ruido visual el rombo de seda sobre la cavidad del ojo derecho de la princesa de Éboli.

Un par de semanas atrás había recibido en Pastrana la visita de Felipe. «Tengo que velar por la familia y el patrimonio que dejó Ruy Gómez al morir».

Antes de despedirse dijo:

—Princesa, sería bueno que asistierais al auto de fe de Valladolid... para la salud de vuestra alma y también por la solemnidad que requiere la ceremonia.

—Majestad...

Trató de excusarse, pero Felipe la observó con una mirada de plomo que era una orden:

—Hay que arrancar de cuajo el foco de herejes de Valladolid y demostrar en público que la más rancia nobleza está a mi lado contra los enemigos de la fe verdadera y del Estado.

—¿Tanto peligro encierran?

A Felipe no le gustaba hablar de política con mujeres, pero en aquel caso y al pie de la escalinata quiso hacer una excepción y dijo en tono magistral:

—Lo que une de verdad los inmensos territorios que Dios nos ha confiado no es otra cosa que la fe. Nuestros enemigos nos mandan herejes porque son el arma que puede hacernos más daño. Por eso os decía que es un asunto de Estado.

«Y dale con el Estado, habla como Antonio... o mejor dicho: Antonio lo imita a él. —Ana hizo un mohín y se resignó—. Por lo visto no me queda más remedio».

—Si es tan importante —accedió con una pizca de ironía—, no faltaré.

—Princesa, no es bueno que os apartéis de la Corte y los actos solemnes. Creedme, cuando se raya a vuestra altura, hay que estar.

Ahora la princesa de Éboli ocupaba un sillón distinguido en la tribuna real y procuraba olvidarse del auto. Se fijó en Antonio Pérez, que se había limitado a saludarla al entrar con una leve inclinación de cabeza, «lo suyo es la interpretación, finge como nadie», y tras mirarlo de arriba abajo pensó: «Comprendo que se diga por ahí que es algo amanerado... Seguro que se ha puesto ungüentos en la cara. Es capaz de llevar solimán y alcanfor».

Ni los muertos escapaban de la quema, detrás de los presos —plato fuerte de la procesión— desfilaban esqueletos y cuerpos putrefactos de herejes exhumados y revestidos con el sambenito, calaveras con mitras amarillas; también muñecos que representaban a quienes iban a arder en efígie.

Venía después el ayuntamiento en pleno de Valladolid y caballeros de la nobleza. El protocolo se respetaba una vez más y seguía el estado eclesiástico: desde curas, beneficiados y clérigos hasta abades y priores de las órdenes monásticas pasando por el capítulo catedralicio.

El promotor fiscal caminaba a continuación precedido por un estandarte de damasco con las armas del rey Fernando en una cara, las del papa Lucio III en la otra y la cruz de plata del Santo Oficio.

Los otros miembros del santo tribunal avanzaban seguros de su poder y de la mezcla de terror y veneración que inspiraban a la masa de gente que no se perdía detalle. Cerraban la comitiva los familiares de la Inquisición a caballo y un gentío ansioso.

La princesa de Éboli observaba con desdén los aires que se daban los padres de la fe, lentos y hieráticos, y se fijó en la enseña del fiscal, «hacen bien en honrar al rey Fernando, que trajo la Inquisición y los privilegios de que goza esa caterva de torturadores..., y a Lucio III, que decretó que los obispos visitaran las diócesis para castigar a los herejes...»

Súbitamente se imaginó a sí misma ante el fuego del hogar tendida sobre los cojines de terciopelo, desnuda y en los brazos de Antonio Pérez. Las llamas le iluminaban la piel y se agigantaban hasta convertirse en pira bajo unos pies de muñeca de trapo. Pensó en su hija menor, Ana, y la vio también en la hoguera.

Cortó el aire con la mano como si quisiese interrumpir el hilo de sus pensamientos y se dijo: «No... No... No». Luego clavó la mirada en Magdalena Sánchez. «¡Qué crueldad quemar viva a esa pobre criatura! ¿Qué mal habrá podido hacer al Estado?»

La visión le pareció insoportable y se fijó en uno de los dos hombres que iban a ser agarrotados, el más joven, que trataba de indicar algo por señas al fraile y quizá confidente de sus últimas horas, «es un buen mozo. ¡Qué pelo más bonito tiene...! Dorado... Cualquier día Antonio se dará enrubio para aclarárselo también».

No solo Ana de Mendoza estaba observando las intenciones del sentenciado a muerte. «Ese quiere librarse como sea de la ejecución — pensaba Cristóbal Aveyro con la piel como el pergamino—. Si le dice al fraile los nombres que conoce, pueden prender a Wentworth y no creo que soporte las torturas de los inquisidores. No... Tendremos que...»

El espía de Isabel de Inglaterra permanecía rígido en su asiento. Nada delataba que el cerebro le iba al galope.

«Siempre llega a conocerte alguien, y entonces... El terror que promueve Felipe hace que muchos confiesen antes incluso de la tortura. Por eso organiza este circo, para que la noticia de los horrores crezca y corra de una punta a otra de sus territorios. —Tenía los dedos de una mano engarfiados sobre la otra—. Wentworth me conoce desde que salió de Inglaterra para acogerse a la protección que daba a los católicos el duque de Alba. —Las venillas azuladas de las sienes le ganaron relieve, latían—. ¡Puede decirles tantas cosas...!, y lo peor: puede acabar por denunciarme como el espía de Londres que planeó el atentado contra el Gran Brujo, ¡maldito Felipe! —Hizo chasquear la lengua—: Estuvimos a punto de envenenarlo, pero...»

Experimentó el impulso de salir corriendo de lo que empezaba a parecerle una gigantesca ratonera, pero se contuvo y buscó con la mirada la

silueta que en el otro extremo de la tribuna observaba al sentenciado a muerte del cabello claro como si no hubiese nadie más en la plaza Mayor, «Wentworth sigue en su sitio. Si ventease peligro, sería el primero en salir a escape. Esperemos... Esperemosesperemosesperere...»

Las manos le sudaban y notó una humedad pegajosa en frente y espalda. La mesonera que se encontraba cerca de su asiento señaló al condenado al garrote del cabello claro:

—Ese hereje quiere que le quiten las mordazas de la lengua. —Se rio a carcajadas cazallosas y aseguró—: Cuando se ve la muerte tan cerca se recupera la memoria. Ese está listo para hablar por los codos.

El fraile se dirigió a unos familiares de la Inquisición y les indicó que soltasen la lengua del preso. No bien se vio libre de las maderas que le hacían sangrar la boca se puso a hablar con el clérigo.

—Ya decía yo —exclamó la mujerona con aire de triunfo—. El santo tribunal va a enterarse de algunas cosas antes que termine el día... El auto de fe acaba por ablandar a muchos farrucos.

La princesa de Éboli miraba ahora los huesos de los herejes que habían sido desenterrados para sufrir el suplicio *post mortem* y no pudo evitar que la llevaran al sepulcro de su esposo y al epitafio que sabía de memoria y ahora la asaltaba:

«Hallaron en él piedad las aflicciones, consejo y aliento los servicios. Fue el privado que, en tan gran duración de tiempo y tan pesados sucesos entre padres e hijos, no tropezó ni cayó...»

Ana de Mendoza repetía aquellas palabras como una oración y se atascó con el *no tropezó*. «¿Estoy tropezando con lo de Antonio? ¿Qué me diría Ruy?» Apretó los labios y se le marcaron en el rostro los huesos de la mandíbula. Tragó saliva y siguió rezando el epitafio de Ruy Gómez de Silva como una letanía:

«Hízole el Rey su Gentilhombre de Cámara, Sumiller de Corps, de sus Consejos de Estado y Guerra; Mayordomo del Señor Príncipe Don Carlos y su Contador Mayor, Príncipe de Éboli en el Reino de Nápoles, Duque de Pastrana en el de Toledo y Grande de España. Dióle la Clavería de Calatrava. Casóle con Doña Ana de Mendoza y...»

Se interrumpió de nuevo y, mirando de reojo la figura de Felipe, pensó: «No quisiste casarte conmigo y hacerme reina; preferiste casarme con tu mejor amigo y tomarme cuando te apeteciese».

Los penitenciados empezaban a subir al andamio de los pecadores cuando el hombre que acababa de ser liberado de la mordaza se hincó de rodillas en el suelo y comenzó a pedir clemencia. El fraile le preguntó:

—¿Quieres confesar alguna falta grave que pesa sobre tu conciencia?

El desgraciado asintió desesperadamente mientras lloraba y temblaba.

OceanofPDF.com

CRISTÓBAL AVEYRO conocía al dedillo el itinerario que acostumbraba seguir el ciego hasta llegar a la capilla de los pobres de El Escorial para recibir el sustento que cotidianamente se daba a los que no podían ver.

El portugués se había puesto en camino desde Madrid para infundir confianza al ciego poco antes del atentado, «Isabel de Inglaterra ha pedido que se la informe incluso de los preparativos de la ejecución de Felipe II...; el Gran Brujo, el Demonio de Mediodía, el gran obstáculo para sus planes de convertirse en reina de la primera potencia del mundo...; el que se cree muy grande y tiene que soportar que su amante, la Éboli, prefiera en el lecho al sinvergüenza de Antonio Pérez y encima se rían de él y de sus atributos de hombre. —Sonrió con mordacidad—. Todo Madrid se hace lenguas de lo que Ana de Mendoza ha soltado: *Haced lo que queráis, Escobedo, que más quiero al trasero de Antonio Pérez que al Rey*».

Aveyro cabalgaba desde el amanecer por caminos poco frecuentados y se detuvo a descansar en una venta. La casa era vieja y estaba mal conservada, pero resolvió entrar, «ando muerto de hambre». En el interior había una gran mesa desnuda y larga con un cuchillo en el centro amarrado a una cadena, «nada que echarse al colete; el ventero debe de temer a los ladrones».

El espía tomó asiento y dio unas palmadas, «a ver si me atienden». Nadie apareció. Volvió a hacerlo, esta vez con mucha fuerza, y salió por fin un hombre sucio y malcarado:

—¿Qué desea vuesa merced?

—Comida.

—No hay nada —repuso de mala manera.

—Ponedme una jarra de vino.

—Tampoco hay.

—¿De veras?

El espía lo miró con desconfianza.

—¡Por cierto, no!

—Vamos, vamos, servidme de una vez.

El dueño de la venta se engalló:

—Os he dicho que no y es que no. En Semana Santa lo primero es la oración... y se nos han acabado las viandas. —Lo miró con hosquedad y escupió—: Me debéis cinco maravedises por dejaros descansar en mi venta.

La capa negra de Cristóbal Aveyro le cubría la daga prendida del cinto y el ventero supuso que no era más que un mercader rico que iba a dejarse intimidar por sus modales.

El portugués pensó: «Si lo ataco, tendré que matarlo para que no me denuncie... No puedo permitirme el lujo de dejar enemigos a la espalda. Aunque... ¿merece la pena ensuciarme las manos? —Ablandó el gesto—. Londres me paga con generosidad; luego... vaya ganas de arriesgarme», y preguntó:

—¿Cuánto queréis por vino, pan y... cualquier plato que me dé fuerzas para seguir cabalgando?

El ventero se dio cuenta de que estaba dispuesto a dejarse aligerar la bolsa y se le dibujó en los labios una fea mueca que quería ser una sonrisa.

—Por diez maravedises me sacrificaré y os daré lo poco que tengo para mi comida del día.

—Espero que no me traigáis un plato de bellotas por ese precio.

No le respondió y se introdujo en la recocina de la casucha con el aire de quien va por una joya de mucho valor. Se oyó ruido de cacharros y no tardó en aparecer sin nada.

—Pagadme primero, que me han pasado demasiadas cosas y ando escaldado.

Aveyro adelantó la quijada, «nadie sería mesonero si no fuera por el dinero», y echó mano de la bolsa.

—Tened los diez maravedises.

—Faltan cinco, vuesa merced.

—¿Vais a cobrarme además por sentarme?, ¿por respirar?

—No hay hombre a quien más le pese, pero es mi oficio y...

El ventero se encogió de hombros con ademán rufianesco y se secó el sudor de las manos en las calzas.

El portugués se refrenó. Se quitó la capa, jugueteó por unos instantes con los eslabones de la cadena de oro que lucía como único adorno sobre el jubón ceñido y extrajo el dinero de la bolsa.

—A ver, ¿qué me presentáis?

—No tardaré.

Y no lo hizo. Volvió llevando en una mano pan duro como una piedra, lo depositó bajo las mismísimas barbas de su cliente y le apoyó en el cuello la punta del cuchillo de cocina que había ocultado en las calzas.

Cristóbal Aveyro fingió estar aterrorizado.

—¡No me matéis, buen hombre! Os daré todo lo que llevo: las monedas de mi bolsa... —hablaba con un hilo de voz entrecortada—, la cadena de oro...

—¡Venga! En pie y empezad por la daga.

Se la entregó temblando.

—Tened.

El puño era de rubíes engastados.

—Dadme la bolsa..., y sin rechistar.

Se le acercó tanto que el portugués recibió en plena cara el vaho podrido de su aliento.

No bien el ventero tuvo la bolsa, lo pinchó con la punta del arma y volvió a ordenar:

—Ahora la cadena.

Aveyro fue a abrir el cierre, pero simuló no lograrlo por el tembleque convulso con que movía los dedos.

—No acierto —farfulló.

El dueño de la venta se le acercó con expresión de perdonavidas y dejó el cuchillo para quitársela con sus propias manos.

Tan pronto como el ladrón se distrajo por su empeño en hacerse con la rica cadena, el espía le dio un tremendo rodillazo en la entrepierna.

El ventero aulló de puro dolor y el grito hondo se fue apagando mientras caía de espaldas. Aveyro se le echó encima y le clavó su propio cuchillo con tanta limpieza que murió en el acto.

En cuanto vio que no respiraba, el portugués salió al exterior y se dijo: «No se ve a nadie por aquí...; parece que al menos en eso ha habido suerte».

Dio una vuelta a la casucha y descubrió un pozo que parecía abandonado. Entró de nuevo y examinó despensa y cocina, «el hijo de Satanás debía de servir solo ajos y cebollas a juzgar por lo que se ve».

Examinó las habitaciones que parecían agujeros, «no hay una alma». Y decidió lanzar el cuerpo al fondo del pozo. El ruido del impacto contra el cenagal ascendió como un eco de aguas sin vida.

Cristóbal Aveyro tomó pan duro y cebollas y montó en su caballo.

Aunque volvió varias veces la vista atrás, no se dio cuenta de que lo iban siguiendo.

OceanofPDF.com

ATARDECÍA CUANDO Cristóbal Aveyro distinguió la maraña de tablados y grúas de dos ruedas de la fábrica de la iglesia de El Escorial. Caballo y caballero andaban ya fatigados, «a este rey le gusta vivir entre andamios, albañiles, cal, yeso».

En sus aposentos Felipe estaba sentado a la mesa de trabajo en el pequeño gabinete y su hija Isabel lo ayudaba a ordenar un sinfín de papeles y secar la tinta de las notas que su majestad escribía al margen con caligrafía enrevesada y muchas palabras en abreviatura.

Había algo que bailaba en la cabeza del rey y volvía y volvía en cuanto despachaba el documento que tenía entre manos, «la Éboli está empeñada en sacar todo el jugo a lo mucho que le dejó su esposo, y en particular a las propiedades del Reino de Nápoles..., y quiere librarlas del acuartelamiento de tropas. —Sonrió con malicia—. El procedimiento que Dios me ha inspirado para evitar que cosa tan poco provechosa llegue a buen puerto ha sido poner el asunto en manos de Alba, el enemigo jurado del partido de los ebolistas, pero...»

Ahora plegó los labios con un rictus de contrariedad y le vino a la imaginación la respuesta de Ana de Mendoza a la negativa del duque de Alba: «Esa mujer es un demonio, ¡mira que llegar a descubrir lo de Fadrique...! Mira que ir a vengarse del viejo Alba con hablillas acerca del noviazgo de su hijo con Magdalena de Guzmán hasta lograr que esa mujer se rebele después de doce años de andar encerrada en un convento y haga valer, precisamente ahora, los méritos que la asisten para impedir que Fadrique tome por esposa a la hija del marqués de Villafranca..., desposorio que tanta riqueza daría a la casa de Alba...»

El rey cerró los ojos con una mueca de dolor, la mano gotosa lo atormentaba, «gracias, Dios mío, por permitirme hacer penitencia de mis innumerables faltas en mi propia carne y en mis propios huesos, y os ruego

humildemente que libréis de todo mal al infante que está a punto de parir vuestra fidelísima sierva, mi esposa Ana». Notó un calambre en el vientre y se puso a pensar en qué le podía haber sentado mal, «en estos días de poco comer, meditación y oficios... Que por cierto atienden con gran diligencia los frailes. ¡Qué devoción! ¡Qué dignidad!»

Sin pretenderlo logró gozar de unos momentos de paz observando a su querida hija Isabel Clara Eugenia —una de las dos infantas que le dejó Isabel Valois—, que más que tocar acariciaba unas cartas, «me recuerda tanto a su madre: la misma dulzura, la misma alegría silenciosa, el mismo saber estar, la misma piel de melocotón».

La infanta tenía un aire de Felipe en ojos y boca, y entregó a su padre las últimas cartas del duque de Alba.

—No tardará —dijo el rey—. Es sumamente puntual, y quiere hablarme de asuntos que pueden dañar el futuro de su casa.

Isabel captó que su padre deseaba quedarse a solas y se marchó sin hacer apenas ruido. Era una de esas niñas que se comportan como si hiciese mucho que fueran ya mujeres.

Felipe la siguió con la vista hasta que se perdió tras de la puerta de cuarterones y se puso a leer, «antes de hablar con él es prudente echar el ojo a sus últimas cartas. —Se llevó la mano a la mejilla—. ¡Ay! Si la gente supiese todo lo que revelan... Son como espejos del alma que nos dicen tantas cosas entre líneas...»

Empezó por una de fecha reciente:

S. C. R. M.: Ayer me dijo Zayas que V. M. mandaba fuese hoy a Consejo. Desde que hablé a V. M. el domingo por la mañana, me dio un catarro con tan gran dolor de cabeza, que no he podido salir de la posada, pero si es menester que vaya, iré, aunque de todos los papeles que ayer me mostró Zayas, yo no vi cosa en que no tenga dicho a V. M. mi parecer, si no es en las cartas que pide y lo de los gobiernos, que también está en los apuntamientos que V. M. tiene de todo ello, yo no sé a lo que V. M. mandó responder con el correo pasado...

Felipe se puso a resumir al pie de la carta lo que iba pensando a bocajarro: «Este Alba se está haciendo viejo... Que un soldado de pies a cabeza como él comience por hablarme de un simple catarro y de su dolor de cabeza —notó en la mano una punzada de dolor y la acercó a un braserillo de plata—

es señal de que está perdiendo la bravura que derrochó en los Países Bajos... Aunque quizá un vino con menos grado convenga si Dios me hace la gracia de concederme algún nuevo territorio que requiera un mando militar indiscutible...»

Escribió simplemente *Catarro de Alba*, y debajo *¿Portugal? ¿Cómo puede acabar la imprudente cruzada que capitanea en persona el Rey de Portugal en el norte de África? ¿Si muere Sebastián...?*

Su majestad releyó un par de veces la línea en que el duque se refería a dar su parecer y se dijo: «Es hombre de dar muchos consejos para luego acordarse solo de las veces que acierta y mortificarme con el dichoso *ya lo decía yo*».

Y siguió adelante:

Lo de Alemania es lo que conviene despachar con gran brevedad, resolviendo lo que se ha de decir al Emperador sobre lo que ha hecho y por qué persona y hablar luego aquí a su Embajador si hubiere de ser él el que vaya, o si no, para que escriba con la persona que V. M. fuere servido enviar, que no es negocio, a mi parecer, que pueda dejar de enviarse persona a ello.

El *conviene despachar con gran brevedad* hizo que el rey se dijese: «Cuántas malas cosas podían haberse evitado si antes se hubieran dejado madurar. El tiempo y las pláticas en el Consejo hacen que se vea lo que puede quedar oculto. —Meneó la cabeza con ademán de desaprobación—. Este Alba seguro que viene a verme por lo de su hijo Fadrique y el enredo de Magdalena de Guzmán... Me presentará sus alegaciones y no comprenderá que la justicia está por encima de su cabeza...»

El enfrentamiento entre el partido de Alba y los ebolistas había llegado a una virulencia que Felipe consideraba insostenible y, aunque durante años se había aprovechado del divide y vencerás, comenzaba a pensar en cómo liquidar esos focos permanentes de discordia, «la Éboli debe de tener informadores por todas partes... ¿cómo se habrá enterado de lo de Fadrique y la hermana de Juan de Guzmán? Ha llegado la hora de apartar del poder a esos dos bandos y confiarlo a funcionarios que no tengan más intereses que servir a la Corona».

Tuvo curiosidad por saber qué había contestado a la carta de Alba y encontró una copia de la respuesta que Isabel Clara Eugenia le había dejado

en una esquina de la mesa. La leyó buscando algo que recordaba casi de memoria, «de las pláticas sale lo que... o algo así». El texto rezaba:

Respuesta de S. M.

Hame pesado de vuestro catarro y díjome Zayas esta mañana que tampoco podía venir hoy a Consejo el Arzobispo de Toledo y por esto no hubo priesa en responderos antes. Si mañana puede venir, como lo espero, mucho holgaría que viniédeses vos; porque mucho importaría que se platicasen estas materias, es muy bien platicallas antes de resolverlas, que de las pláticas sale muchas veces lo que no se tiene pensado, como vos mejor sabéis...

«Lo mucho que ha perjudicado a Alba su tozudez, cuando va a Consejo llega ya con ideas formadas sobre cuanto debe hablarse y no se mueve de su postura ni una chispa... Por eso lo exhorté a que se platiquen las materias. —Felipe negó con la vista mientras lo esperaba—. Desde hace diez años ha ido empeorando de carácter... Sí, desde que cayó enfermo... Por esto me preocupa tanto que vuelva a postrarse... Porque no hay duda ninguna; si hay que estar en Portugal, él es el hombre... Si muere Sebastián, que Dios no lo permita, no tiene herederos de línea directa..., y mi madre era Isabel de Portugal».

Tan pronto como apareció el duque de Alba, el rey ordenó al sumiller de corps y a los gentileshombres de la casa que los dejaran hablar a solas. Tomaron asiento en sillones fraileros guarnecidos de piel. Se sentaron cerca de la ventana y la luz de la atardecida iluminó el cansancio de ambos.

El duque era huesudo, de mucha estatura y barba canosa, larga y bífida. La nariz le había adquirido forma de gancho y su mirada una fijeza excesiva. Vestía de negro con gorguera mucho más simple de lo que se estilaba. Su aspecto era el de airado contra el mundo:

—Majestad, se sigue calumniando a mi hijo —exclamó tan pronto como acabaron de hablar de las devociones de la Semana Santa.

Felipe sabía por sus canales de inteligencia del conflicto que encerraba la política matrimonial de la casa de Alba, pero el muy zorro fingió ignorarlo y le soltó:

—Tenéis que aceptar, duque, que en los Países Bajos cometió errores.

El rey, aunque discrepaba en no pocas cosas del anciano que tenía delante, sabía muy bien que era un héroe popular y lo respetaba; pero no

podía sufrir a su hijo, «gasta la misma soberbia que el padre sin haber logrado descollar en nada».

—Como no ignora su majestad, se le han atribuido muchas cosas de las que no era responsable para desacreditarme..., y ya sabéis quién ha sido el gran maestro de esa intriga.

—Decidme, ¿quién?

—¿Quién gobierna ahora el partido de Éboli...? —Iba a añadir «¿quién gobierna España?», pero se interrumpió y acabó por responderse—: Pérez, Antonio Pérez.

—Hasta el día de su muerte, hará un par de años, Requesens no dejó de escribirme contándome los desaguizados de Fadrique.

—Majestad, el brazo de Pérez es muy largo, demasiado. Cuando os deis cuenta quizá sea tarde. Hace mucho que os lo vengo advirtiendo...

A Felipe no le gustaba aquel tono y sin levantar la voz:

—¿Habéis venido a hablarme de los Países Bajos?

El duque repuso comiéndose las palabras:

—No, majestad, me trae un asunto de lo más enojoso que tiene de nuevo la raíz en Antonio Pérez.

—Cuidado, duque, es secretario de Estado.

—Y también un don nadie, mientras que mi hijo pertenece a uno de los más nobles linajes.

El rey sabía que muchos desaciertos atribuidos a Fadrique eran pura y simplemente del hombre que tenía delante, pero al sucederlo en el gobierno de los Países Bajos el prudente Luis de Requesens quiso buscar un chivo expiatorio y lo encontró en su hijo, «el peor pecado de Fadrique no ha sido la arrogancia sino carecer de amigos».

—Vuestro hijo derrochó crueldad y atolondramiento en el combate, y ¿cuál fue el resultado de la campaña de Holanda del 72 y 73...?

—La mano dura es el único medio de consolidar aquellos territorios.

—Os diré, duque, cuál fue el resultado de la campaña de Holanda que tan desacertadamente condujo vuestro hijo tratando de imitar vuestra mano de hierro. —Hizo una pausa y con tono de disgusto—: Provocar que se fortaleciese la resistencia de nuestros enemigos. —Lo señaló con el índice

de la mano gotosa y no pudo evitar una mueca de dolor—: No me diréis que eso es invención de mi secretario de Estado.

—Luis de Requesens arrojó muchas calumnias sobre Fadrique para que me alcanzaran también a mí y a mi casa, y lo hizo con la intención de ocultar sus propios errores que él pretendía heredados. Majestad, ese proceder es muy viejo.

Felipe lo observaba con cara de juez mientras pensaba: «Este Alba ha perdido mucho de su ingenio... Está dejando que lo enrede con la campaña de Holanda y no acierta a presentarme el asunto que lo está abrasando... Sí, ha llegado el momento de destruir los dos bandos... Alba es una sombra de sí mismo y el príncipe de Éboli está muerto y enterrado en la colegiata de Pastrana».

—¿Calumnias? —exclamó—. Gastasteis más de doce millones de ducados y todo lo que conseguisteis fue que los rebeldes se sublevaran.

Las cejas del tercer duque de Alba se quebraron y con rabia contenida:

—Majestad, si se hubiese seguido la política de abandono que tanto gusta a los ebolistas... y en particular a Antonio Pérez... y sin mi ejército, los Países Bajos habrían caído en manos de Inglaterra. Antes de permitir tan grave mal, mejor hubiese sido entregarlos a Francia como ya dije hace más de treinta años.

Felipe decidió apretar al duque con otro cuarto de vuelta:

—Dejasteis en pie de guerra a los Países Bajos. —Apretó también los labios con fastidio y prosiguió—: Dejasteis corrupción. Acordaos de lo de Albornoz; dejasteis más de cinco mil ejecuciones...

Las grandes orejas de soplillo de Alba enrojecieron mientras la piel del rostro se le volvía de la textura de la cera.

—No se pueden hacer conquistas como las de vuestro padre, el emperador, con escribientes perfumados. Cuando hace diez años aplasté a Orange, los Países Bajos quedaron limpios de traidores y rebeldes y por fin supo todo el mundo quién gobernaba y quién obedecía.

A su majestad no le gustó la pulla sobre las victoriosas campañas de Carlos V y decidió zanjar la discusión:

—En eso tenéis razón, y yo me equivoqué al no relevaros entonces. ¡Cuántas cosas se habrían evitado! —El rey se lo quedó mirando con sus

ojos de pez—. Ibais a hablarme de algo que tenía que ver con mi secretario de Estado, ¿verdad?

El duque respiró hondo y presentó el asunto con todo el tacto de que fue capaz:

—Majestad, hace seis años hablamos del matrimonio de Fadrique, ¿recordáis?

—Vuestro hijo tiene edad sobrada para casarse.

—¿Daréis vuestra autorización?

—Si no hay impedimentos —repuso entrecerrando los ojos.

—No sé si habrá llegado a vuestros oídos la calumnia que lenguas venenosas han hecho correr sobre un compromiso anterior de Fadrique...

Se interrumpió para ver qué decía el rey, pero no dijo más que:

—Seguid, duque.

—La calumnia, claro, ha nacido de entre los ebolistas una vez más.

—Si hay pleito, mandaré formar una comisión para que se haga justicia.

—Majestad, vos autorizasteis...

—Tengo muy buena memoria, bonísima, y recuerdo que me limité a decir que vuestro hijo debiera casarse, nada más.

—¿Os ponéis del lado de la princesa de Éboli y Antonio Pérez? —le espetó muy crispado—. No os dais cuenta de que esa mujer está intrigando para tratar de obligarme a ceder en lo de sus propiedades de Italia y perjudicar los intereses de las tropas de vuestra majestad.

—Duque, la insolencia no os ayudará a adelantar vuestros méritos.

Felipe soportaba mal que no se le tratase con el respeto que correspondía a su regia dignidad.

—¿No vais a tener en cuenta los servicios que mi casa ha prestado a la Corona? El emperador hubiese visto las cosas de muy distinta manera.

—Si la justicia está del lado de vuestro hijo, se le autorizará a desposarse. —En tono de dar por terminada la audiencia—: Antes de llegar a decidir sobre materias tan graves, tomaos tiempo.

Alba echó el tronco hacia delante.

—Confiáis mucho en el tiempo, pero nadie sabe cuánto nos queda.

«Suenas como una amenaza... ¿Lo será?», se preguntó Felipe.

LAS INFANTAS Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela estaban sentadas a la derecha de Felipe II en la tribuna real de la plaza Mayor de Valladolid. A la izquierda Ana de Austria trataba de disimular todo el horror que le inspiraba aquel auto de fe y se esforzaba en parecer la figura opalina que los asistentes esperaban de su reina.

Las dos muchachas asistían de luto y con los ojos muy abiertos a lo que veían como algo irreal: la escenificación del castigo contra los mayores criminales que imaginar se pueda.

La reina era mujer de piel casi transparente, cabello rubio peinado hacia atrás. Apenas si lograba cerrar la boca pulposa que parecía un corazón desacompañado. Ahora apretaba con crispación un pliegue de su falda mientras observaba cómo el condenado al garrote que había sido liberado de la mordaza hablaba a borbotones con el fraile.

Sentaron a los presos en el andamio y comenzó la misa tan pronto como el Gran Inquisidor llegó al *rostrum*. Los padres de la fe miraban al cielo desde su tribuna de madera con posturas que recordaban las de las imágenes de las iglesias. En el sermón el predicador alternó silencios con frases encendidas, alabó al santo tribunal, refutó las herejías y censuró a los procesados.

Las gentes que rodeaban a Cristóbal Aveyro recibieron con satisfacción los latiguillos contra los enemigos de la fe, pero él ni siquiera los oyó. «Ahora el fraile debe de saber los nombres de buena parte de la red de Valladolid...», iba repitiéndose.

Un inquisidor de voz de trueno inició la lectura de las sentencias:

—Las personas que hicieron y dijeron cosas contrarias al Santo Oficio y sus oficiales y ministros y contra su libre y recto uso y ejercicio del Santo Oficio y por eso fueron presas y condenadas, cada una según la calidad y ofensa que había cometido, son las siguientes: Domingo Ganaro, cordonero,

natural de Valladolid, desterrado de ella por tres años precisos; Jerónimo Usón, labrador, vecino de Valladolid, desterrado del distrito por seis años, y tres de ellos en galeras al remo y sin sueldo y pague 100 ducados; Diego Vizcarrete, vecino de Valladolid, maestro de gramática, desterrado del distrito por toda su vida, y los primeros cinco años sirva en las galeras a su majestad de gentilhomme sin sueldo; Andrés Perales, zapatero, vecino de Valladolid, cien azotes y galeras al remo por ocho años...

«El rey quiere dar un buen escarmiento en esta ciudad», pensó Aveyro.

La princesa de Éboli permanecía muy derecha en la tribuna real, pero tenía la mente a gran distancia. Acariciaba el diminuto rombo de seda del ojo y se decía:

«Si Alba no cede en el asunto de mis propiedades del reino de Nápoles, voy a aconsejar a Magdalena de Guzmán que escriba al rey para contarle lo sucedido entre ella y Fadrique, y pedirle que lo obligue a desposarla. Veremos si el viejo duque reacciona después de eso, aunque... —Arrugó los labios—. Aunque Alba es muy puntilloso. Todavía se habla de lo sucedido el día de la ceremonia de la boda de Felipe y María de Portugal. —Dejó de acariciar el parche y se estrujó las manos—. Era el padrino y, para recordar a los nobles que solo él tenía derecho a sentarse, hizo retirar todos los bancos excepto el suyo... Pero Alba ya no es el que era hace más de treinta años, aunque hoy sea el único de los grandes que se ha atrevido a faltar al auto de fe. Debe de andar enfurecido contra Felipe..., y eso puede beneficiarme».

El inquisidor seguía disparando penas:

—Juan Pérez, saquero, vecino de Medina del Campo; abjuración *de vehementi* y galeras al remo sin sueldo por diez años...

Cristóbal Aveyro vio que el fraile que acompañaba al condenado al garrote se deslizaba con mucho cuidado para no romper la tensión del momento.

«Ese se ha enterado de algo importante y va a decírselo a los inquisidores», pensó tragando saliva y mirando el cogote de Wentworth que también se había dado cuenta de lo que ocurría.

El inquisidor amenguó la santa ira al referirse a la sentencia de un predicador de la orden del señor san Francisco:

—Primeramente dijo el reo acusado fray Martín López que había sido iniciado y provocado por Dios para decir lo que predicó atribuyéndolo a inspiración del Espíritu Santo. También afirmó que se le hizo un fuego dentro de sí que lo abrasaba y comparó con el que cita Jeremías en el vigésimo capítulo, y creyó estar ante una gran maravilla de Dios que lo incitaba a predicar lo que predicó...

Las gentes escuchaban extasiadas, la expectación iba creciendo.

«Si prenden a Wentworth, ¿lo torturarán hoy mismo?», se preguntó Aveyro.

Se acercaba ya la lectura de la sentencia contra quien creyó albergar el fuego divino.

—Pero teniendo respeto no a su temeridad sino a la orden y hábito del señor san Francisco y a la larga prisión de tres años y más que ha sufrido, aunque no sea excusa por ser culpa suya, y también a que en fin aunque tarde vino conociendo haber estado errado en lo que predicó y en todo lo que después ha dicho y defendido y por otras causas que a ello nos mueven, dejando el rigor aparte, usando con él de muy grande equidad y misericordia: le condenamos a que se retracte públicamente y después abjure *de vehementi*. Asimismo lo suspendemos del oficio de predicador y de confesar por tiempo y espacio de cinco años y cuanto fuere voluntad del reverendísimo señor inquisidor general. Y asimismo le mandamos que tenga por cárcel y esté recluido en un monasterio de su orden donde por nos le fuere señalado por espacio de dos años en los que no podrá decir misa públicamente.

La sentencia no gustó en la tribuna de Cristóbal Aveyro.

—A ese le tocaba ir al quemadero —dijo la dueña del mesón con disgusto—. Yo no hubiese indultado a ese toro, parece de buena casta. Podía haber aguantado bien el castigo y llegar vivito y coleando a la hoguera sin arrugarse por el camino.

Muchos ojos le dieron la razón.

—Este auto parece un autillo. Una sola condenada a la hoguera es muy poco —susurró un hombre de cara de conejo.

«¡Qué error! —se dijo Antonio Pérez—. El pueblo quiere ver cómo arde algún clérigo. Habría que quemar a ese pobre diablo aunque fuese solo por

razón de Estado. —Respiró silbando de forma imperceptible—. Últimamente estamos haciéndolo todo mal».

Las penas entraban ya en las de muerte y sonaban los nombres de herejes que habían logrado escapar:

—Relajado en estatua, Miguel Falconero, estudiante, natural y vecino de Valladolid, descendiente de judíos por línea de varón, convencido de hereje, fugitivo, impeditor del libre y recto ejercicio del Santo Oficio...

Cuando el fraile logró salir del andamio de los presos, Wentworth se levantó con intención de abrirse paso por entre la multitud. Más de uno lo amonestó por ausentarse.

—Se va cuando comienza lo bueno —se oyó—. Hay gente bien rara, en los toros pasa lo mismo.

—Quizá se le haya roto una tripa, ¿quién sabe?

La mirada de Wentworth era huidiza y azul, los rasgos afilados. El hombre logró salir de la tribuna e introducirse a codazos entre el gentío. Aveyro lo siguió con los ojos y notó que las manos le temblaban.

El fraile se aproximó a las gradas del santo Tribunal e hizo una seña a uno de los inquisidores.

ANTONIO PÉREZ DEJÓ A SU ESPOSA, doña Juana de Coello, y a los suyos en Alcalá de Henares en compañía de la familia de su anfitrión, Alonso Beltrán, y también del amigo de don Juan de Austria, Gaspar de Robles; el marqués de los Vélez y el duque de Nájera.

El secretario de Estado se acercó al galope a Pastrana, «mi mujer y mis hijos pasarán un buen día con las cosas de la Semana Santa». Cuando llegó andaba con los nervios de punta «por los arriesgadísimos negocios que tengo entre manos. Estoy jugándome el todo por el todo. Estoy jugándome... —Quiso apartar de sí lo que pensaba, pero no pudo—. Estoy jugándome el porvenir y el de...».

Se imaginó el rostro de doña Juana y el de cada uno de sus hijos: Gregoria, Gonzalo, María, Antonio Rafael, Fernando y la pequeña Leonor. Y notó el calorcillo de la ternura que le hormigueaba por todo el cuerpo. Súbitamente tuvo ganas de llorar y lo hizo con lágrimas secas y escalofríos de arriba abajo de la columna vertebral.

Quizá fuese una reacción del cuerpo lo que provocara que los mejunjes olorosos que solía aplicarse ganasen fuerza y lo envolvieran con una aura de perfume, pero lo cierto fue que despedía efluvios empalagosos y exagerados cuando descabalgó ante el convento de frailes que fundaron los príncipes de Éboli.

Ana de Mendoza no había llegado todavía a la cita y Antonio Pérez se entretuvo en observar la fachada del edificio: «Demasiado estrecha, Ruy Gómez no tenía gusto —sonrió como un bribón—, excepto para su mujer... Aunque fue el rey quien lo casó con ella para tenerla a mano. —Ascendió los peldaños de piedra y se detuvo ante los tres arcos de la entrada—. Demasiado estrechos. A mí me gustan las cosas amplias. Sin ir más lejos, mi casa de campo, *La Casilla*, tiene otro aire con las dos torres de la entrada

principal y el patio con la fuente..., y no vengo de linaje de duques. ¡Este convento te ahoga!»

Se imaginó con la soga al cuello y la lengua fuera y vio en la imaginación a la esclava morisca que pagó con la horca la acusación injusta de tratar de envenenar a Escobedo en una de las intentonas fallidas.

«El rey prefiere el veneno, pero el bocado no es seguro..., y esta vez no puedo arriesgarme a que *el Verdinegro* salga con vida. —Sudaba y el olor que despedía iba en aumento y se hacía más y más almizclado—. Los valentones que he contratado son gente bragada... —Se fijó en la distancia de los blasones de piedra al techo, al suelo, al borde de la fachada y entre sí—: ¡Qué forma tan mezquina de concebir las únicas obras que van a ser conocidas sin las mentiras y añadidos que convenga! Ruy Gómez era en el fondo un aldeano. —Se encaró con el convento como si representase todos sus males—: El mundo está lleno de gentes como esa fachada, como esos ridículos arcos...»

El sonido de las herraduras del caballo de la princesa de Éboli lo hicieron salir de la espiral de cavilaciones.

Ana de Mendoza, sin desmontar, señaló el del secretario de Estado:

—Vaya un hermoso cuatralbo.

—Es un presente de quien aprecia mis favores.

—¿De don Juan de Austria?

—No.

—No me diréis que el jaez no os lo ha regalado el hermano del rey —le espetó en tono de reproche por no llevar el que le había donado ella.

—En eso tenéis razón.

—Claro..., el mío no cuesta cerca de mil ducados.

—No es eso. —Tosió con nerviosismo—. Prefiero no pasearme con vuestros presentes para no dar que hablar.

—Que hablen. Que hablen... ¡Con no escuchar...!

Y espoleó a su caballo.

Antonio Pérez, que era diestro jinete, montó y se puso a seguirla al galope tendido. La carrera y el aire seco y frío en la frente lo apartaron de sus pensamientos. La princesa se detuvo en una ermita, más allá de un campo grande de moreras.

Una vez Antonio Pérez desmontó y se acercó a *la Tuerta*, que lo esperaba sentada en un pequeño muro de piedra, se dio cuenta de que ella llevaba un parche distinto sobre el ojo derecho. No era de seda sino de una espesa malla de sus propios cabellos y dejaba entrever el iris cegado por una nube blanca.

Aquella anomalía de la naturaleza excitó más aún al secretario de Estado que el recuerdo de los pies desnudos de la Princesa, pero no dijo nada y fingió no darse cuenta.

—Se os ve muy metido en vuestras cosas, demasiado —le dijo Ana—. ¿Se os ha torcido algo?

—No... No es eso.

—¿Hay noticias?

—Todavía no, pero lo de Escobedo está a punto.

—¿Cuándo caerá?

—Pronto... Antes de que terminen las solemnidades de Semana Santa. Andan ya tras él hombres de mucho cuidado y sobre todo de mi confianza. Uno de ellos, Insausti, es maestro con la espada y tiene la mejor, una de hoja larga y acanalada de la marca de Castilla.

—¿Morirá en el acto?

Antonio Pérez adivinó lo que de veras preguntaba y la tranquilizó:

—El rey quiere que usemos el veneno para que tenga tiempo de confesarse —continuó con una mueca irónica— y no ponerle en peligro de eterna condenación, que ya sabéis que su majestad cree a pies juntillas en todos esos maravillosos cuentos que tan útiles resultan para dominar la voluntad de las gentes y mantener unidos los enormes territorios que poseemos...

Antonio iba a continuar con su discurso, pero la princesa lo interrumpió:

—¡Cuidado! Soy creyente como lo es toda la vieja nobleza.

—En vuestra posición no os hará daño si sabéis usar de lo que os sirva y olvidaros de lo que no.

—¿Cómo podéis vivir sin creer en nada?

—Muy bien, por cierto... A no ser que las cosas de este mundo se pongan bravas como ahora mismo.

La Éboli se arregló el finísimo cordón que le sostenía el rombo sobre el pómulo. ¿Lo haría para que se fijara en su ojo enfermo y difuminado tras el parche? Y dijo:

—Felipe va a enfurecerse si Escobedo muere sin confesión.

—Tengo espías que me informan de cuanto hace *el Verdinegro* y también tengo la respuesta a los escrúpulos de novicia del rey.

—Decidme.

—El Jueves Santo vieron comulgar a Escobedo, luego podré asegurar a su majestad que ha muerto en gracia de Dios.

—¿También me hacéis vigilar?

—Los servicios de inteligencia son los cimientos del Estado.

—¿Me vigiláis?, ¿sí o no?

—La frontera entre vigilancia y protección es muy tenue.

—Dejaos de juegos de palabras.

La princesa habló ahora en el tono de rompe y rasga que acostumbraba gastar cuando se impacientaba.

—Tengo que estar enterado de cuanto hace la gente principal..., y vos lo sois.

—Supongo que todo se hace por voluntad de Felipe.

—Casi todo. —La mirada de Antonio Pérez ganó intensidad, como si algo la hubiese inflamado, y bajando mucho la voz—: ¿Qué pasaría si el rey muriese?

La princesa de Éboli lo traspasó con el ojo que ahora parecía de cíclope:

—¿Está enfermo?

—Bueno, ya sabéis que sufre de gota, y cuando lo dejé en El Escorial tenía calambres en las tripas..., pero no me refiero a estas cosas que no parece que pongan en peligro su vida. —Se acarició la barba escrupulosamente recortada—. Mi pregunta tiene otra intención: ¿Es bueno o malo que el rey gobierne un imperio que a todas luces le viene grande?

—Peor lo hará quien lo suceda. Felipe no ha tenido suerte con la salud de sus hijos varones: el pobre don Carlos, que por suerte murió hace ya diez años, el pobrecito Carlos Lorenzo, que también...

El secretario de Estado tajó el aire con el canto de la mano y la interrumpió:

—No me refiero a quien pueda heredar la Corona sino el poder.

—¿Quién según vos?

—Nosotros, quizá. La nueva generación de gentes de calidad está llena de mentecatos. Como el hijo del duque de Alba...

Iba a añadir «o vuestro insufrible hijo mayor, el segundo duque de Pastrana», pero prefirió callarse.

Ana de Mendoza se encogió de hombros.

—En estos momentos me preocupa muchísimo más que quedéis a cubierto de lo de Escobedo.

—Por eso no os preocupéis. —Recuperó su aire de suficiencia—: He tomado muchas precauciones, muchas... —Hizo una pausa y se puso a contar con los dedos—. Primero, los correos entre Alcalá y El Escorial van que echan chispas. Hay que lograr que se hable de que estos días he estado tratando de algo importante con su majestad para dar a entender a todo el mundo que el rey andaba al corriente de todos los negocios. Por otro lado, se aloja también en casa del alguacil mayor de Alcalá ese recién llegado de los Países Bajos: Gaspar de Robles, que sin duda dirá más tarde a don Juan de Austria que estaba conmigo el día preciso que caiga *el Verdinegro* en Madrid.

—¿Habéis decidido el día?

—El lunes de Pascua.

La princesa se acercó al caballo de Antonio y acarició la gualdrapa de terciopelo.

—La aromatizáis con el braserillo de plata, ¿verdad?

Él asintió en silencio.

Antonio Pérez y Ana de Mendoza cabalaron hasta Pastrana por entre yermos, campos de frutales en flor, plantaciones de moreras. Llegaron al palacio de Éboli a la caída de la tarde y la princesa ordenó a Diego, el mayordomo:

—Estaremos en mi gabinete y no quiero que nadie me moleste. —Pensó en su hijo mayor, Rodrigo, y en lo arrogante de su forma de comportarse e insistió—: Sin ninguna excepción, ¿eh?

Su hija pequeña, que tenía cinco años y se llamaba como ella, apareció a toda prisa por la escalinata y saltó sobre su madre para abrazarla. Ana la

llenó de besos y caricias, y luego dijo:

—Anda, hermosa, ve con Bernardina, que tengo mucho que hacer con el secretario de Estado. —Habló ahora para los mil oídos de la servidumbre aun sabiendo que nadie iba a creerla—. Las viudas tenemos que ocuparnos de todos los negocios de la casa y del patrimonio, y no nos queda tiempo ni para recogernos en Semana Santa. —Hizo una seña a Antonio—. Seguidme, que despacharemos sin tardanza esos asuntos tan importantes que os traen a Pastrana.

Pérez se sonrió con mordacidad y la siguió escalinata arriba y corredor acristalado adentro.

Una vez en su gabinete, Ana llenó a medias dos copas con un vino oscuro y espeso, y vació la suya de dos tragos ansiosos.

—Solo mi dueña aprueba lo nuestro, los otros no pueden comprender que...

Antonio le tapó la boca con la palma de la mano y no la dejó acabar la frase. Luego tiró del cordón del parche de cabellos como si fuese la más íntima de sus prendas hasta que emergió el ojo enfermo.

Ana de Mendoza palideció y permaneció inmóvil, solo las aletas de la nariz se movían con un vaivén agitado.

Permanecieron en silencio unos instantes y él le acercó tanto la boca al ojo sin vida que ella lo cerró. Entonces Antonio le besó el párpado con los labios, con la lengua.

Ana se estremeció y lo apartó para susurrarle:

—Me daba miedo que me vierais el lado malo.

—Toda vos me apasionáis.

—Me aterraba que la nieve que cubre mi ojo ciego os causara repulsión.

Antonio negó con un gesto suave y luego dijo:

—Creía que lo habíais perdido en un lance con espadas.

—Prefiero esto a que se diga que soy tuerta de nacimiento.

Pérez volvió a besarle el ojo que solía permanecer bajo el rombo de seda y notó de nuevo el estremecimiento templado del cuerpo de la princesa de Éboli. Luego la miró sin verla.

—Solo existe el tiempo que nos queda de vida —afirmó—. Todo lo demás es humo.

—Si os oyese el rey... Si os oyese algún familiar de la Inquisición...

—El rey es un hipócrita, y muchos de los familiares de la Inquisición lo son solo para mantenerse a cubierto de las pesquisas del Santo Oficio.

Pérez tomó varios almohadones, los dispuso frente al fuego del hogar y se tumbó sin perder de vista a la princesa, que en lugar de volver a colocarse el parche contra el pómulo lo dejó caer al suelo con morosidad.

—Odiáis mucho a Felipe, ¿verdad? —dijo ella como si lo lamentase.

—No es odio, es conocimiento... —Ana se sentó también en los cojines y él continuó—: Digo que es un hipócrita porque sabe que me gusta el juego, que tengo un aposento con sillas y paños de seda en el corral en que se representan las comedias y, aunque no aprueba tales cosas en un secretario de Estado, me las consiente... porque le convengo.

Ahora la mirada de Pérez se clavó en la bruma blanca del ojo de la Éboli. Ella, como si no se diera cuenta:

—Me preocupa y mucho lo que pueda hacer Felipe cuando sepa que Escobedo no ha tenido tiempo de confesarse...

Pérez tensó los labios:

—Ya os he dicho que el día de Jueves Santo comulgó.

—Pero...

—Pero..., ¿qué?

—Como sin duda sabéis, Escobedo tiene una amante...

—Sí, doña Brianda de Guzmán.

—Si *el Verdinegro* tiene trato carnal con ella después del Jueves Santo...

—Si ocurre, eso no llegará a saberlo jamás su majestad.

—¿Estáis seguro?

—Lo estoy. En Semana Santa el Estado duerme y hasta los espías dejan de cumplir su cometido. En estas fechas somos muy vulnerables.

—¡Ojalá! —exclamó ella con una sombra de inquietud.

—Además, soy yo quien mueve a gran parte de los peones de nuestra inteligencia.

La princesa de Éboli se sirvió más vino y bebió como si tuviese mucha sed. Luego se preguntó en voz alta:

—¿Está vuestra esposa al corriente de nuestros amores?

El gesto de Antonio se ensombreció y plegó las comisuras de los labios para escupir:

—¿Lo estaba Ruy Gómez de vuestros encuentros galantes con el rey?

—Su majestad es su majestad... Es otra cosa.

—Cuando se desnuda es igual que cualquiera. —Con aire taimado—: Quizá peor que muchos de los nobles y menos nobles del reino.

Ana de Mendoza le habló en tono cortante, como si quisiera recordarle que ella era la señora y Pérez el subordinado:

—Contestadme, ¿está al corriente doña Juana de todo lo nuestro y...?

«... Y de esas conquistas que hacéis entre las damas... y entre los pajes guapos», acabó de decir para sus adentros.

—Doña Juana —pronunció el nombre de su esposa con mucho respeto— me conoce muy bien y sabe que soy un poliedro de muchas facetas.

—¿Cuántas me dais a mí?

—Las de aliados, socios de grandes y arriesgadas empresas —sonrió mostrándole la dentadura que tantos cuidados, plumas y licores le costaba— y amantes por encima de las barreras mojigatas en que se atrinchera la mezquina moral de... su majestad.

Pronunció el «su majestad» mofándose.

—Vuestra osadía me da miedo a veces.

—Si fracaso seré un demonio, pero si triunfo seré el político por antonomasia, el artífice del cambio de un Estado aldeano en otro que de veras haga progresar el mundo a la medida del hombre y no de las sacristías ni de príncipes obsesionados por asegurarse una alcoba que dé al ábside en alguna basílica de la otra vida.

—¿Qué habrá visto el rey en vos?

—Que conozco el Estado mejor que él, que acierto en mis juicios sobre hechos y personas, que...

—Sois demasiado jactancioso.

—Estamos hablando sin las caretas de la falsa modestia, princesa.

Ella se sonrió, y luego:

—¿No os ha dicho el rey que sois demasiado oloroso para sus gustos de monje?

—Su majestad apenas tiene olfato. —Agitó los dedos para amonestarla—. Vos deberíais estar al corriente.

—Ya que creéis saberlo todo, contestadme a esta pregunta: ¿Le preocupa a Felipe dónde pueda encontrarse el alma de la morisca que ahorcaron para tapar que lo del bocado del *Verdinegro* venía de su real mesa?

—Ni al rey ni a nadie. —Con tono de reproche—: Y a vos no os cruzarían extrañas ideas si a vuestro esposo no se le hubiese antojado dar protección a tanto hortelano morisco. ¿Sabéis que justo antes de morir nos amenazó con venganzas esa esclava?

Ana de Mendoza no respondió. Tomó la copa y bebió a sorbitos.

Antonio Pérez entonces rompió a besarla. Le encantaba morderle los labios, el cuello. Luego deslizó las manos bajo el jubón de la princesa y las introdujo por entre sedas profundas venciendo obstáculos hasta llegar al pequeño y húmedo volcán de sensaciones agigantadas. Ana se fue encendiendo. El aleteo de la lengua de Antonio sobre el ojo ciego la inflamó por completo y provocó en ella el estallido que nunca había conocido en el lecho de su esposo ni del rey.

—¡AAAgggghhhh! —exclamó en un grito ronco, largo, empapado de placer.

Más tarde Pérez la desnudó comenzando por las botas de montar, y tan pronto como la liberó del calzón, hizo lo que tantas veces había deseado y no se había atrevido siquiera a insinuar: sodomizarla sin ungüentos ni miramientos.

«CONFIÁIS MUCHO en el tiempo, pero nadie sabe cuánto nos queda. — Las palabras del duque de Alba habían prendido en la mente de su majestad y las repetía para sus adentros mientras se llevaba la mano al vientre como si quisiese aliviar los calambres cada vez más dolorosos—. Dios mío, ayudadme a vencer mis males que no cesan... ¿O será cosa de algún veneno que me han dado?»

El rey apenas había comido nada durante la cena, cosa rara en él, y ahora permanecía sentado a su mesa de trabajo. La visita del duque lo había inquietado mucho y andaba a vueltas con sus cartas tratando de descubrir entre líneas las claves de algún peligro «que no permita Nuestro Señor que me aceche».

A la luz del candil de aceite leyó por segunda vez las peticiones que Alba le había enviado el 23 de octubre de 1576 y rezaban:

S. C. R. M.: Este mayo pasado, en Aranjuez, supliqué a V. M. se acordase la merced que me tenía hecha y di los papeles de ello al Secretario Mateo Vázquez por haber pasado por su mano algunos de ellos para que, viéndolos V. M., mandase lo que fuese servido. En todo este tiempo no me ha respondido nada, ni yo he querido dar pesadumbre a V. M. con acordárselo hasta ahora, que la necesidad del vivir y del morir me aprieta, porque los intereses que pago no los puedo sufrir...

«El enojo de Alba ha ido creciendo como una marea, pero no creo que tan noble duque sea capaz de alzar la mano contra su rey y señor —ahora el calambre lo obligó a soltar la carta—, y mucho menos llegue a pensar en darme algún bocado... No... No, Alba no es persona de venenos ni armas de brujos y alquimistas».

Dejó escapar el aire con un silbido sordo y prosiguió la lectura con parsimonia:

... y, en la edad que tengo, ni puedo hacer mi testamento ni atender a otros descargos de obligación, ni tengo sobre qué hacer mi cuenta, sino sobre la merced que espero de V. M., a quien suplico mire que aquí se rematan mis cuentas de cuanto serví, sesenta años ha, de Corte y cincuenta y tres que tomé las armas para servir a V. M...

«Ya está echándome en cara sus méritos. —Abocinó los labios con disgusto—. ¿Pensará Alba que mi sucesor será más indulgente... o más blando para las necesidades de su casa, de su hijo o de su testamento? ¿Sería mi muerte beneficiosa para ellos? A veces, un funeral anuncia la ruina de unos y la salvación de otros... Pero, no. El duque no me mandaría envenenar..., ¿o sí?»

El veneno hizo aflorar en la mente de Felipe los experimentos que había autorizado en unas habitaciones de El Escorial a las que tenían acceso muy pocos, y se dijo: «Voy a ver cómo andan los trabajos para curar las enfermedades de los hombres y de los metales». Antes de levantarse de la mesa acabó de leer la carta:

... a quien suplico sea servido sacarme de esta confusión en que me veo, para que yo haga mi cuenta y acabe con mi alma y de dar más pesadumbre a V. M. con mis particulares, sino que le escriba, lo que me quedare de la vida, con algún descanso en mi particular y muy grande en no haber de dar a V. M. más fastidio con él.

«Me fastidia esta carta de Alba, me fastidia su insolencia al venir a verme con peticiones imposibles para el inútil de su heredero, Fadrique; me fastidia llegar a pensar que ese viejo duque pueda mandar a alguien que me dé algún bocado...»

Un nuevo calambre en el vientre interrumpió el curso de sus pensamientos y, tan pronto como el dolor se lo permitió, su majestad se puso en pie y salió de la penumbra de sus aposentos con intención de acercarse al laboratorio.

El rey avanzó escoltado por el sumiller de corps y los gentileshombres de cámara que iluminaban el camino con antorchas hasta llegar a una escalera de peldaños de granito que daba a los cuartos de los alquimistas.

«Me piden suministro de agua, prensas, morteros, chimeneas —suspiró Felipe—. Me piden también torres enormes de destilación... Pero no sé si atender o no esas pretendidas necesidades... Aunque si de veras se logra la

transmutación del cobre en oro o del mercurio en plata, los problemas que tanto me aprietan quedarían atrás y los soldados recibirían puntualmente las pagas y...»

Su majestad ordenó que lo aguardasen fuera y penetró en una habitación saturada de aroma de flores. Allí trabajaban media docena de hombres con ropas pardas manchadas de óxidos y verdes. Sobre las mesas coexistían gruesos volúmenes y frascos de muchos colores, vasos con agua puestos al baño de María. Tan pronto como lo vieron aparecer interrumpieron lo que estaban haciendo, pero lo reanudaron en seguida al recibir la orden real:

—Que nada se interrumpa.

El timón de todo aquello lo llevaba un napolitano de cara de pájaro y calva reluciente que, sin dejar de filtrar un líquido espeso, dijo:

—Majestad, hemos logrado grandes cosas: con un polvo de gran virtud estamos transformando doce onzas de mercurio en doce de plata.

—¿Qué cantidad hay que gastar de vuestro polvo?

—Para tales proporciones, un par de onzas, majestad.

—Veremos si los ejércitos aceptan esa plata. Será la auténtica prueba de fuego.

«¡Dios mío!, amparadme y guiadme para que jamás confunda la filosofía oculta, que es la ciencia buena de los secretos de la naturaleza, con la superstición y los pactos con el diablo», se dijo Felipe mientras el rostro se le volvía del color de la cera y un nuevo calambre lo obligaba a doblarse ligeramente.

El napolitano observó el mal aspecto del monarca y rompió a decir:

—En el otro frente, el de curar enfermedades, también estamos progresando, majestad.

El rey lo atravesó con la mirada:

—¿Son los calambres en el vientre señal de haber comido algo malo?

—Puede —repuso observándolo con recelo, pero no se atrevió a preguntarle nada.

—¿Qué remedios se podrían tomar?

—Majestad, depende del tóxico...

Felipe le hizo una seña para que lo acompañase a un rincón apartado, junto a unos alambiques, y estaba ya a punto de confiarle que tenía la

sospecha de haber sido envenenado cuando decidió en el último momento callárselo y preguntar en voz muy pero que muy queda:

—¿Ha encontrado agua el zahorí?

—Todavía no, majestad.

—¿Hay esperanza?

—Parece que hay gran caudal, pero se encuentra a más profundidad.

—Si Nuestro Señor lo quiere, brotará. Y si no, que se haga su voluntad...

«... en esto del agua y en lo de los calambres de mi vientre», acabó de decir el rey para sí mismo.

Mientras regresaba a sus habitaciones no solo le atormentaba la idea del posible envenenamiento sino los escrúpulos de conciencia «de tolerar lo del zahorí cuando algún jesuita afirma que sus poderes vienen del diablo —apretó mucho los labios—, y el Santo Oficio ha condenado ya con latigazos esa forma de conocimiento... —Su majestad se detuvo a contemplar por unos instantes las sombras que se proyectaban en el techo—. Dios mío, vos sabéis de mi piedad y dedicación: si proceden de moriscos sospechosos, siempre me niego a aceptar hierbas y remedios contra la gota que me atormenta sin duda como penitencia de mis iniquidades. Nunca he hecho caso de los augures ni del horóscopo que me calculó el físico Matthias Hacus...».

Antes de retirarse a su alcoba el rey quiso ir a dar las buenas noches a su esposa. «La pobre anda muy avanzada... Parece que va a parir pronto. ¡Qué cruz llevan las mujeres con esos sufrimientos que a menudo las ponen a las mismas puertas de la muerte!»

Le pasó por la imaginación Isabel Valois. En seguida el rostro de la infanta Isabel Clara Eugenia se superpuso al de su madre y Felipe gozó de unos instantes de paz. Luego la mente se le insubordinó, y de nuevo los pensamientos de tornillo:

«No debería guardar en mi alcoba el horóscopo de Matthias Hacus..., aunque va acertando en no pocas cosas. —Se detuvo arrepentido como si acabase de blasfemar y se corrigió—: Pero yerra en muchas otras y no hay que hacer caso de... Aunque parece que los cometas sí nos traen desastres y... —Trató de ahuyentar lo que le bailaba en la mente y aceleró el paso—.

No creo que Júpiter ni Saturno influyeran el día de mi nacimiento. Que se pusieran las primeras piedras de El Escorial cuando los dos planetas estaban en conjunción fue pura casualidad... —Las venillas de las sienes le iban ganando relieve y latían—. No visto de negro para atraer los beneficios de Saturno ni soy un seguidor de Hermes Trismegisto..., aunque san Agustín afirmara que este Hermes dice sobre Dios muchas cosas ajustadas a la verdad».

Avanzaban a la luz de las antorchas. Se encontraban cerca de las habitaciones de la reina y ya se distinguían los monteros que no la dejaban ni a sol ni a sombra. Su majestad no veía otra cosa que las nieblas de su mente:

«Pero también el santo ataca a Hermes por defender que los egipcios pretendieran convertir en dioses las estatuas de sus divinidades aplicándoles la fuerza de la magia... o de los diablos... En el *Asclepius* se habla de dioses creados por el hombre».

Un nuevo calambre hizo que Felipe se detuviese. Los que le acompañaban lo observaron con preocupación, pero no dijeron palabra. Cuando su majestad reanudó la marcha le vinieron a la mente unas líneas de san Agustín sobre Hermes Trismegisto:

«Aun conociendo a Dios, no lo glorificaba como tal y no se mostraba agradecido, pero alimentaba fantasías falaces y tenía, como los tontos, el corazón invadido por la oscuridad. —Un sudor frío le cubría frente y espalda—. Hermes presagió el cristianismo en cuanto aliado del diablo. ¡Dios mío, qué difícil es ser bueno!»

Un nuevo acometimiento de dolor hizo que el rey apoyase el hombro en el muro de granito y se retorciese ahogando un aullido.

ANA DE MENDOZA, desnuda, sin el parche de cabellos, tendida bocabajo sobre los almohadones, miraba sin ver el fuego del hogar. Antonio Pérez le acariciaba la mejilla como si fuese una niña. Tras un largo silencio:

—¿Os he ofendido?

El secretario de Estado formuló la pregunta con aire de «me importa poco si lo he hecho».

—El dolor no siempre ofende... Me habéis mostrado otra de vuestras facetas.

—Primero os he llevado a lo más alto, luego he seguido mi propia inclinación. No siempre lo mejor para uno lo es para los demás.

—Parece que os complazca lo prohibido.

—¿Y a vos?

—Me gusta lo que me gusta, y no por la transgresión sino por la cosa en sí. —Ana de Mendoza recuperó algo de la altanería que gastaba—: No tengo que demostrarme ni demostrar nada.

—¡Cuerpo de Dios! Los de vuestra alcurnia andáis obsesionados por permanecer en los privilegios que solo pueden perpetuarse contando con la voluntad del rey... —El tono era áspero—. Su majestad no suele decidir estos negocios sin consultarme y mis juicios acaban siendo los que rezan en los documentos... —Se interrumpió para acariciarla con sensualidad por detrás de la oreja y prosiguió—: Ved, princesa, que tenéis mucho que demostrar al rey, o quizá a mí mismo, si aspiráis a dar a vuestra casa e hijos cuanto necesitan.

—¿Os importa?

—Me importa pactar con cada uno de mis aliados. —Entrecerró los ojos, y muy convencido—: En eso me veo superior a su majestad. No puede comprender, para empezar, que don Juan necesite el tratamiento de alteza, silla y cortina, y se empeña en recordarle que es un bastardo, ¡qué error de

pobre celoso de los éxitos militares del que toda la Cristiandad ve como digno hijo del emperador!

—Felipe teme que su hermano pueda llegar a jubilarlo.

—¡Vamos, vamos, princesa! Una cosa es que yo haga tragar al rey que don Juan está deseando la boda con María Estuardo para hacerse primero con Inglaterra y luego echarlo de su trono, y otra que...

La princesa se incorporó y con una media sonrisa:

—¿Qué patraña le habéis contado a Felipe?

—Que Escobedo, aprovechándose del nombramiento de alcaide del castillo de San Felipe y Casas Reales, está preparando la futura entrada de las tropas de don Juan por la ría de Santander... De ahí el interés del *Verdinegro* por el castillo del Mogro y la fortaleza.

—No me gustaría ser enemiga vuestra.

—No digáis disparates. Nuestros destinos apuntan a la misma estrella.

—Esperemos que sea victoriosa.

—Una cosa es segura: no será pálida.

La mirada de Pérez se quedó prendida en la mancha blanca del ojo de la princesa. Ella se lo cubrió con un parche de seda.

—¿Qué otras historias hacéis creer al rey?

—Las que nos conviene. Es imprescindible que tanto su majestad como don Juan estén convencidos de nuestra total devoción a sus causas, aunque sean opuestas.

—Escobedo debe de haber envenenado nuestra relación con Juan de Austria.

—Al principio don Juan era del partido de Alba y más tarde lo ganamos para el nuestro. En cuanto Escobedo desaparezca, todo volverá a su sitio.

Ana de Mendoza comenzó a vestirse. Antonio permaneció echado sobre los cojines contemplándola como si la princesa estuviese en escena. Ella negando con la cabeza:

—No entiendo cómo el rey ha permitido que os construyáis esa casa de campo tan..., tan sumamente lujosa..., *La Casilla*. ¡Menudo palacio es esa casilla! Con plata en mesas, camas, braseros y hasta en la caldera de lavar las vasijas. Felipe echa cuentas de lo que gastan y dejan de gastar sus

secretarios, y si algo no casa, ¡pobres diablos! Pero con vos... No, no lo comprendo.

—Princesa, voy a deciros cuál es el talón de Aquiles de este rey: aunque se esfuerza mucho en disimularlo, tiene un carácter sumamente débil.

—Me parece que estáis confundiendo la debilidad de carácter con la prudencia.

Antonio sonrió con aire de «a otro perro con ese hueso» y sin dudar:

—Nada de eso, su majestad es un tímido incorregible, y en lo más hondo de su ser no está seguro de nada. Pierde tiempo y más tiempo por su falta de resolución, y muchas veces también el dinero y la oportunidad de hacer las cosas. —El tono del secretario de Estado se iba haciendo sarcástico—: Uno de mis triunfos consiste en presentarle las empresas de forma que parezca que se están cociendo desde hace mucho y sugerirle la respuesta en el propio billete para que no tenga más que escribir al margen con su odiosa caligrafía el *Está muy bien lo que habéis ordenado*.

—En otras palabras, que sois vos quien reina en el mayor imperio que...

Antonio Pérez la interrumpió:

—Sí, pero... ¿hasta cuándo? El rey se cansa de todo y de todos.

—¿Quién podría ocupar vuestra posición?

—Si el rey muriese, nadie lograría sustituirme... ¡Nadie!

La princesa de Éboli lo observó de arriba abajo con una chispa de alarma. La acometió el capricho de pedir una taza de chocolate caliente, pero, antes de hacer sonar la campanilla de plata, indicó en un tono al mismo tiempo cortés e imperativo:

—Conviene que arreglemos todo este desorden de cojines y nos vayamos vistiendo.

Ella ya lo estaba. Pensó en sentarse al escritorio con intención de esparcir documentos, pero se notaba tan dolorida que prefirió quedarse de pie. Antonio no tardó en dejar la estancia y su atuendo tal como se encontraban cuando llegaron, y se plantó ante una Venus de Tiziano.

—Tenéis predilección por ese pintor, ¿verdad? —dijo.

—También me encanta la Virgen de Rafael que está junto a la ventana.

—Mitad Virgen, mitad Venus... Quizá tengáis algo de ambas.

—Os entusiasma Tiziano por emular los gustos del rey. —La Éboli hablaba examinando unos documentos, sin volverse—. ¿Qué opinaríais de quien imita a un débil de carácter?

—*Touché!* —exclamó él con guasa y muy buen acento—. Pero, a pesar de mis carencias por no rayar a vuestras alturas nobiliarias, confieso humildemente que me encantan los cuadros que poseo de Tiziano, sobre todo el grande de Adán y Eva.

—Felipe también se vanagloria de los suyos.

—Dice que le encantan, pero en realidad prefiere los disparates de El Bosco.

—Tenéis razón —dijo Ana de Mendoza. Dio una palmada en el escritorio y se volvió—: Ese tríptico..., *El carro del heno*, está en sus aposentos de El Escorial y también en el Alcázar de Madrid, y nadie sabe cuál es el auténtico.

—Deben de ser originales los dos. No sería la primera vez; hay dos cuadros idénticos de El Bosco con los siete pecados capitales, uno en la alcoba de su majestad y otro en la celda de fray José de Sigüenza.

—Es curioso que a Felipe le guste tanto ese pintor sospechoso de herejía, y en cambio le disguste el misticismo de El Greco.

—Cosas del Rey Hipócrita; deben de atraerle las lechuzas y fuegos oscuros —escupió Antonio Pérez con resentimiento—. Aunque la cosa puede explicarse también por la devoción de su padre por la obra de El Bosco. Ya sabéis hasta qué punto su majestad se siente empequeñecido ante la gloria del emperador Carlos.

—Felipe dice que ese pintor retrata al hombre por dentro.

—Entre lo que dice y lo que piensa suele haber bastante distancia. ¿Quién sabe lo que le baila en la mente?

—En el fondo es un atormentado.

El rostro de Antonio Pérez se iluminó y estalló en carcajadas al recordar:

—El rey desconfía de los artistas que ha contratado y suele llegar al estudio en que trabajan por un pasadizo secreto que da al Palacio de Madrid... Conociéndolo como lo conocemos, ya podéis imaginar, princesa, que aparece en los momentos más inoportunos.

Tan pronto como les trajeron el chocolate y volvieron a quedarse solos, el secretario de Estado observó:

—Hemos conquistado el Nuevo Mundo con la fuerza de las armas pero ya comienza a vengarse. —Señaló la taza de plata labrada en Alemania—. ¿Sabéis cuánto daño está ocasionando el vicio del chocolate? Hay tantas mujeres que lo toman a todas horas... Hay tantas cenas que no son más que una taza de chocolate caliente... ¡Pobres hígados!

Ana de Mendoza no solo hizo oídos sordos al sermón sino que se sirvió más.

—No os sienta bien ese tono de moralista —advirtió con fastidio.

—Lo del chocolate no es todo; los indios se están vengando también con el tabaco, que hace estragos entre nosotros y...

—Chocolate y tabaco me parecen cosas maravillosas —lo interrumpió—. Y, encima, hay en aquellas tierras plantas medicinales de tanta virtud que ya se están sembrando en Aranjuez y Sevilla.

—Algunas son usadas por las nativas de allí para abortar.

—Eso sería también de gran alivio para nosotras, que nos pasamos media vida preñadas y asustadas con el peligro de muerte que encierran los partos.

—El rey va a prohibir esas hierbas.

—Se nota que no es mujer. Parece mentira que no se acuerde de la muerte de Isabel Valois poco después de dar a luz una niña a los cinco meses de embarazo, ni de la de María de Portugal tras el nacimiento del príncipe Carlos y las terribles sangrías con que la martirizaron y las fiebres y la pulmonía. La pobre tenía dieciocho años y llevaba casada solo veinte meses.

—El rey no ha tenido suerte con sus esposas ni con los herederos.

Ana de Mendoza no lo escuchaba, sus pensamientos seguían otro curso y dijo:

—Si hubiese contado con esas plantas, os aseguro que no hubiera dado a luz diez veces. ¡Qué va!

—Ruy Gómez tendría que haber contratado indios además de hortelanos moriscos.

—Estoy segura de que va a ser de gran provecho cultivar esas hierbas medicinales de las Indias. A ver si usáis vuestra influencia y me facilitáis semillas.

—El año pasado regresó un médico de cámara, Francisco Hernández, con plantas jóvenes, muchas semillas e ilustraciones detalladas de hojas y flores.

—Pues quiero de todo.

—Muy bien, muy bien. Veo que os atrae la botica..., y quizá la brujería.

—Dejaos de bobadas.

—Veremos en qué acaban esos inventos. El Rey Hipócrita permite que se cultive la coca para que los mineros de Potosí extraigan más plata, aunque ya se diga que hay algo de diabólico en esas hierbas. —Blandió el dedo con zumba—. Ved cómo su majestad no tiene inconveniente en favorecer tales cosas si hacen que los indios trabajen con poca hambre.

—Esas pobres gentes tenían ya sus costumbres desde hace siglos, y no veo por qué Felipe deba meterse también en lo que toman o dejan de tomar. Bastante nos fastidia a los que vivimos en Castilla..., dejemos que los de allá vivan a su aire si encima nos mandan más plata, que buena falta nos hace.

—El rey es hombre de ideas fijas: en la fábrica de El Escorial hay buenas tabernas junto a fraguas, talleres y tabernáculos... El vino da fuerza a los albañiles de San Lorenzo el Real como la coca a los mineros de Potosí.

—Si Felipe fuera tan listo en todo como en esos negocios...

—Si lo fuese, nuestras empresas no serían lo que son, y no me gustaría nada tener que pasar con mis sueldos. —Antonio Pérez ensombreció la mirada y se puso a contar con los dedos—. Doscientos mil maravedises anuales como secretario de Estado, ciento cincuenta mil más en espera de que el rey me haga otra merced, cien mil maravedises por ser secretario de Castilla y los beneficios de arcediano de Alarcón y la renta de la maestredatía de Leche. —Puso los ojos en el techo—. Gasto más de diez mil ducados al año y hay que juntar casi cuatrocientos maravedises para igualar el valor de uno de esos ducados envilecidos que hoy son los escudos de oro.

—No os quejéis —exclamó Ana de Mendoza con no poco desprecio.

—Cómo no voy a suspirar, si todos esos dineros no pueden ni compararse siquiera con las rentas de casas como las de Medina Sidonia, Osuna, Medina de Rioseco, Alba, Infantado y Benavente.

—Podríais añadir a vuestra lista de notables mi casa, la de Pastrana.

Ahora fue Antonio quien la miró con desdén:

—Princesa, andáis muy lejos de las seis primeras fortunas. —Puso cara de sabelotodo—. Todas ellas están por encima de los ciento veinte mil ducados de renta, y la de vuestra casa no llega a la mitad de la de los Medina Sidonia. Si no fuese por las empresas que llevamos adelante, tendríais que vivir de otra manera.

—Y vos no podríais soñar siquiera en ser el dueño de *La Casilla*.

—El tráfico de favores es el mejor de los negocios, no hay que mirar al cielo para ver si amenaza lluvia ni hacer de trotamundos para vender sedas y paños... —la observó con malicia—, aunque se supone que los nobles debéis manteneros al margen de actividades lucrativas, ¿verdad, princesa?

—Vuestros admirados Medina Sidonia se están hartando de poner sus buenos escudos en una empresa tan lucrativa como es el comercio con las Indias, y los Ponce de León aunque sean duques de Arcos, marqueses de Zahara y condes de Marchena, hacen otro tanto.

—Siempre hay quien está por encima de los usos y costumbres.

Ella con cinismo:

—¿Cuánto cobramos por colocar al virrey de Milán?

—Más de quinientos escudos de oro.

—No está mal.

—En Italia hemos hecho mejores negocios: hemos llegado a multiplicar por diez y por veinte esos escudos por ayudar a recibir las mercedes de Felipe.

—Mientras él se quedaba con la mitad de las propinas, ¿verdad?

—¡Y tan verdad! Si hasta se han registrado en los libros de la cámara real tras otorgarse las investiduras. Le gusta que también se escriban estas cosas... y no creo que sea buena idea, ¡no hay que dar armas a los enemigos que pueden acechar en el futuro!

Ana de Mendoza sonrió con amplitud:

—Sin duda, el mejor negocio ha sido Alejandro Farnesio y los porcentajes que nos envía.

El secretario de Estado permaneció en silencio por unos instantes y acabó por decir con voz queda:

—Lo más provechoso no es eso. Nada puede compararse con todo lo que hemos sacado de Flandes. —Con sarcasmo—: Parece mentira que el rey no se dé cuenta de que el enemigo lo sabe todo antes de que los correos lleguen a don Juan..., suponiendo que no sean saqueados por los rebeldes.

La princesa de Éboli vació en su taza lo poco que quedaba en la chocolatera y preguntó:

—¿No teméis que algún día se apague nuestra buena estrella?

—En cuanto caiga muerto Escobedo, el rey será cómplice del asesinato que consintió..., y en principio nosotros estaremos a salvo de su humor cambiante.

—No os falta osadía. Si la cosa sale bien, tendréis el Estado en vuestras...

—Este rey es imprevisible —la interrumpió—. Mientras esté vivo habrá riesgo.

OceanofPDF.com

CRISTÓBAL AVEYRO dejó atrás las obras de El Escorial. «¿En qué negocio andará metido ese rey que tan poco disfruta de su trono...? Ese rey que se ha convertido en el enemigo jurado de Isabel de Inglaterra», y cabalgó aún media hora hasta llegar a distinguir las lámparas de aceite que iluminaban la entrada de un caserón de muchos cuerpos, *La Serranía*. Cuando el portugués cruzó la puerta cochera que se abría al patio se dijo con alivio: «¡Menos mal!, apenas se ve nada...»

Lo estaba esperando un mozo de la caballeriza que olía a estiércol y se acercó para ayudarlo a apearse. Tan pronto como pisó el suelo notó en las sienes la presión de todo el cansancio del viaje, «mañana es día de Pascua. Mañana debe morir el rey. Mañana o nunca».

Aveyro se encaminaba al zaguán cuando aparecieron Diego de Rojas y su hermana, Margarita, la dueña de la casa. Aquellos Rojas procedían de un linaje tan noble como arruinado y la solución a los avatares de la fortuna, o de su mala fortuna, se había encarnado en uno de los segovianos que estaban progresando por su arte en dirigir un par de cientos de esquiladores, cardadores, afinadores de lana, tejedores y tintoreros, además del comercio de sus propios paños. El declive de Burgos había dado más alas aún a esos mercaderes-fabricantes que se beneficiaban ahora de todo el suministro de lana fina que podían desear.

La Serranía en tiempos había pertenecido a los Rojas, y tan pronto como volvió a ponerse a la venta con sus pinares, tierras de labranza y alijar, Margarita convenció a su esposo para que la comprara, «será para mí una reconquista...; como volver a la época de mis padres, de mis abuelos».

Allí solían pasar la Semana Santa, y ella aprovechaba el lento discurrir del tiempo para pensar en devolver a la mansión el lustre que recordaba en las claridades de la infancia, «¡hay que emprender tantas reformas!» Su marido, José Cobos, la dejaba hacer y ponía sus caudales a la disposición de

aquella mujer frágil de carnes blanquísimas y ojos oscuros como el ala del cuervo.

El hombre disfrutaba a su manera de los pocos días que pasaba en el campo: se encerraba en un pequeño salón y permanecía muchas horas sentado a su escritorio de cajonería con tallas platerescas poniendo ruedas a los sueños de fabricar más y más paños malvas, negros y segovias mientras ella recorría las estancias con su hermano, «¿os acordáis de la tarde que nos escondimos en este granero? ¿Del día que asustamos a las monjas? ¿De los cangrejos del río? ¿De la culebra...? ¡No nombréis a la bicha, que trae mala suerte!»

Margarita salió a recibir a Cristóbal Aveyro con manto, el aire cortaba. Una vez se metieron en la casa ella preguntó por el viaje, y luego:

—José está con sus cosas, ya sabéis, siempre tiene ideas para comprar más telares y vender paño.

Iba vestida de una primavera de flores que tiraban a malva, el verdugado le afinaba el talle. Los chapines de seis capas de corcho le levantaban el cuerpo del suelo y parecía que no fuese tan menuda como era.

Su hermano, Diego de Rojas, no se perdía una coma. Callaba y estiraba el pescuezo. Era tan flaco y anguloso que su perfil parecía el de una ave zancuda.

Cristóbal Aveyro y la señora de la casa subieron por una escalera angosta precedidos de criado y candelabro, y se introdujeron en el sanctasanctórum en que Cobos andaba metido en cálculos de las piezas de paño de su próximo envío al Nuevo Mundo. El hombre estaba anotando cifras cerca del fuego y el calor de las llamas le había arrebolado el rostro.

—Me alegro de veros, Cristóbal —dijo en cuanto entraron.

Era calvo como un cebollón. Tenía edad de ser padre de Margarita y un brillo en los ojos que no casaba con su flaccidez de carnes. El colete de gamuza que llevaba se veía muy rozado.

—Bueno, os dejo —anunció ella—. Voy a espabilar la cocina..., que nuestro huésped debe de estar hambriento.

El episodio del ventero que ahora yacía en el fondo del pozo pasó por la imaginación de Aveyro, y notó un vacío en el estómago.

—Traigo hambre atrasada.

—Voy a ocuparme de los guisos. —Hizo un mohín—. Que si no me ven, se duermen.

Una vez a solas, el portugués se sentó en un sillón de tijera mudéjar y apoyó los talones en el canto del hogar. Cobos cerró bien la puerta y se acercó a una arca granadina.

—¿Un poco de vino?

—¡Por cierto, sí!

¡Qué buen caldo escanció el segoviano en copas de cristal guarnecido de cuero, vino de San Martín de Valdeiglesias!

—Es bueno el vino del santo —exclamó el recién llegado.

—No hay mejor blanco que este. ¡Quia!

El portugués vació su copa de dos tragos y Cobos volvió a llenársela.

—¿Cuándo se hará lo que sin duda tiene que hacerse? —preguntó acercándole la boca desdentada al oído.

Cristóbal permaneció en silencio, imaginó al ciego con el anillo del veneno, se vio a sí mismo dándole instrucciones con acento francés, pensó en los últimos estertores del «rey de mirada que mata», y repuso con voz hueca:

—Mañana.

José Cobos pensaba regresar a Segovia el lunes de Pascua, pero ahora decidió otra cosa:

—Voy a marcharme en cuanto amanezca..., que tengo que dar instrucciones a Wentworth.

Y para sus adentros: «Conviene estar a muchas leguas cuando... ¡Menuda se va a armar en El Escorial!»

—¿Quedará alguien de confianza en la casa?

—El hermano de mi mujer es tan inútil que no despierta sospechas. Se pasa la vida soñando en la grandeza perdida de su casa.

—Bien. Mañana por la mañana iré a ver a mi ciego para asegurarme de que todo camina por el camino trazado. Más tarde regresaré a *La Serranía* y permaneceré escondido unos días aquí hasta que amaine la tormenta que se formará tras la muerte y enterramiento del rey.

—Si todo sale bien.

Aveyro apretó los dientes y luego exclamó:

—¡Tiene que salir bien!

—Mucho podemos ganar... —Carraspeó y dijo—: Tan pronto como volváis a esta casa debéis ocultaros en el granero del ala sur. Allí estaréis a vuestro gusto.

Aveyro fijó la mirada en la copa. Luego rompió a secretear:

—Vos sois la cabeza de la red en Castilla, y es voluntad de Isabel de Inglaterra que sepáis adónde va a llevarnos tan señalado suceso.

Las orejas del segoviano enrojecieron, los ojillos le ardían de pura curiosidad.

—Decidme —soltó con impaciencia.

—Felipe II ha echado por tierra una y otra vez el gran proyecto de matrimonio entre don Juan de Austria y la reina...

—¿María de Escocia?

—No. Ese casamiento podría ser la ruina de Isabel de Inglaterra y quizá de su reino. Me refiero a cosas más grandes y provechosas.

—¿En qué matrimonio estáis pensando?...

—En el del hermano de Felipe II con la mismísima Isabel de Inglaterra... Matrimonio que solo será posible si el Demonio de Mediodía está por fin en su sepulcro.

—¿Está adelantada esa empresa?

Aveyro sonrió con sonrisa de conejo.

—Don Juan ha pedido un retrato de la reina a un embajador y ha llegado a asegurar que estaba dispuesto a ir a besarle las manos.

Cobos se pasó los dedos por la calva y preguntó:

—¿Qué ocurrirá en los Países Bajos?

—El príncipe de Orange, que al parecer teme más que nadie el casamiento de don Juan con María de Escocia, apoya tales planes y está dispuesto a aceptar al hermano de Felipe II como señor de los Países Bajos tan pronto como otorgue concesiones en materia de religión, privilegios, gobierno y administración de justicia.

—¿Las otorgará?

—Están pactadas. Hasta Su Santidad desea ver ese matrimonio que daría un respiro a los fieles católicos de Inglaterra.

—Isabel no permitirá que vuelva el catolicismo a su reino.

—Pero sí puede consentir alguna libertad de conciencia para complacer a don Juan de Austria.

El pañero segoviano cerró los ojos y se puso a reflexionar en silencio. Parecía que se hubiese quedado dormido en su asiento y acabó por decir:

—Muerto el perro, muerta la rabia, ¿no es eso? Desaparece Felipe y también la fuerza que impide llegar a un trono a don Juan..., y al parecer se resuelven todos los problemas como por arte de magia: Orange contento y paz en los Países Bajos, Su Santidad encantado y buenas nuevas para los católicos ingleses —hablaba con una ironía no exenta de acidez—, Isabel de Inglaterra se casa con el galán más famoso. ¡Qué buena cosecha puede traer la muerte de un hombre...!

Se preguntó para sí mismo: «¿Qué pasaría si yo muriese? ¿Quién se alegraría? —Le cruzó una sombra por el rostro y se fue a otra cosa—: No creo que Isabel de Inglaterra piense en casarse con ese conquistador arrogante. No. No lo creo..., hay tantas cosas en contra de esa solución que parece fácil...»

—¿Qué os preocupa? —inquirió Aveyro.

José Cobos se calló lo que pensaba y disparó:

—¿Qué ocurrirá si falla el plan?

El fuego de la chimenea iba perdiendo fuerza, el rescoldo daba una luz tibia y anaranjada. Cristóbal Aveyro susurró:

—Si fracasamos y encima se descubre lo del veneno...

Dejó la frase en el aire, y juntó las manos como si rogase a alguna fuerza de la naturaleza que alejara tal contingencia.

—¿Qué pasará?

—En El Escorial prenderán al sumiller de cava que va a dejar caer el veneno, y ese hombre, bajo el peor de los tormentos, podrá hablar solo del ciego y de gentes de nuestra red que no me conocen ni os conocen. —Puso cara de «no hay más remedio»—. En otras palabras, perderemos a lo sumo los peones que he mantenido aislados para evitar que llegado el caso nos comprometan. Alguno de ellos entró con los católicos ingleses que el duque de Alba...

El segoviano clavó los ojos en Aveyro:

—Hay más, ¿verdad?

—Si el atentado fracasa, no sufriremos gran daño. Si el rey sale de esta..., entonces le haremos creer que el atentado ha sido cosa de don Juan de Austria. Si no podemos matar al Demonio de Mediodía, hay que conseguir por lo menos que se enfrente con su hermano.

—¿Cómo lograréis que Felipe muerda el anzuelo?

—Espías dobles llevarán la nueva al embajador español en París...

—¿A Vargas Mexía?

—Sí. Este Mexía avisará en seguida a Felipe. Ha pasado tantas veces, y...

—¿Y bien?

—Con Felipe vivo no cabe pensar en la boda inglesa, pero sí en envenenar su relación con su hermano. Haremos llegar a Mexía noticia de cada carta y cada presente que don Juan reciba de Isabel de Inglaterra hasta provocar la ruptura o quién sabe si algo peor.

—Tenéis muy, pero que muy meditado el fracaso del plan.

—Cuando se trata de matar a un rey hay que calcularlo todo, ¿no os parece?

—Ahora debemos pensar solamente en una cosa: que no salga vivo de esta. —Le apoyó la mano en el brazo—. Es solo un hombre. Si queréis triunfar, vedlo como un cuerpo canoso y avejentado que no resistirá el veneno. Al parecer, está enfermo de gota y otras cosas.

—¿Lo odiáis?

—Amén de los contratos de suministro de paño que puedo ganar si triunfamos, me aterra el futuro con Felipe.

—El futuro... ¿de quién?

—El de mi familia. El de mis telares, tejedores... El de este reino. —Negó con los ojillos—. La nobleza de estas tierras no solo es dueña de casi todo, sino que encima considera un desprestigio ser mercader o cualquier empresa que se aleje de la caza y la ociosa vida cortesana. —Observó a Cristóbal Aveyro con tristeza—: Muy al contrario de los nobles ingleses que ven los negocios como algo dignísimo y están volcando sus caudales en eso. Tan prudentes señores van a traer gran prosperidad; por eso lucho por el triunfo de la fe y la política de Isabel de Inglaterra.

—Me parece que os mueven más las cosas de este mundo que la religión.

—Lo uno ayuda a lo otro.

—Hay males que se están extendiendo por todos los reinos por igual: el crecimiento de la población, los emigrantes y vagabundos que apenas tienen qué comer, el aumento de los precios... Me temo que ni Isabel de Inglaterra ha dado con el remedio para esas legiones de pobres que buscan trabajo y no lo encuentran, aunque están dispuestos a ganar bien poco.

El pañero se puso a hablar como un maestro de primeras letras:

—Con Felipe iremos de calamidad en calamidad, no es capaz de gobernar ni los dineros del reino. Ha llegado a la bancarrota y a tener que buscar una mala componenda con los mercaderes-banqueros. ¿Dónde acabaría si se me ocurriera de repente dejar de pagar a todo el mundo? ¡Qué pronto me echarían de Segovia y del negocio de paños! —Se retrepó en el asiento—. El rey piensa más en la otra vida que en esta. —Suspiró—. Si yo gobernara, ¡ay...! Es verdad que los precios van hacia arriba, pero también lo es que los empuja el río de plata que nos está llegando de las Indias y que muy bien podría ponerse a trabajar en cosas útiles y no en pagar guerras y más guerras en los Países Bajos y el Mediterráneo... Es cierto que la población crece, ¡muy bien! Se necesita más de todo y es bueno para industriales y comerciantes, para los que hacemos paños... Por añadidura aguardan a las puertas de nuestras casas cuantos brazos podemos desear, quieren ganarse la vida..., y yo emplear a los que pueda a medida que lo mío se vaya haciendo grande.

—Si hay que dar de comer a más bocas, más comida saldrá de las tierras de los nobles y más dineros entrarán en sus arcas.

El segoviano se acodó sobre los brazos de su asiento:

—La parte del león se la llevan las manos que aparecen por el camino y hacen que la fruta, por ejemplo, ande por las nubes cuando por fin llega a las calles de Madrid.

Aveyro tensó los labios:

—Volvamos al plan: no solo hay que matar al rey, sino dañar luego su fama. Podéis quemar a un hombre y esparcir sus cenizas, pero si le queda fama, será peor aun que vivo.

—¿Qué proponéis?

El portugués extrajo un documento que llevaba oculto en el jubón.

—El rey ha contratado a alquimistas y trabajan en El Escorial. En cuanto muera, hay que hacer correr la noticia.

—¿Conocéis sus nombres?

—Alguno. —Le tendió el documento—. Lo hemos sacado del mismísimo Santo Oficio.

Cobos se puso a devorarlo. Rezaba:

CENSURA DE LOS LIBROS CONFISCADOS
A SALVADOR CALVETE:

Por mandato de V. S. he visto y leído y cualificado los cuadernos y papeles que van con este y lo que siento salvo meliori iudicio (a quien me subiecto) es lo siguiente...

Aveyro le hizo un guiño:

—Vamos a atacar con sus propias armas. Con las censuras de los inquisidores, ¿qué os parece?

—Muy propio. La cosa hará daño.

—Vedlo vos mismo.

Le señaló dos párrafos:

El cuaderno grande que se intitula, de esta manera Experiencias diversas de Medicina y Cirugía, tiene entre sus recetas en la última hoja del cuadernillo tercero que está cosido en él, la doctrina siguiente: el hombre fue criado de 8 sustancias, la 1.ª de los astros, de primera materia, la 2.ª del agua del mar, la 3.ª de las piedras de la tierra, la 4.ª de las nubes del cielo, la 5.ª de los vientos, la 6.ª del Sol, 7.ª de la Luna, 8.ª por la obra divina de Dios de formarlo a su semejanza y soplar en su cara influencia de vida.

Esta doctrina o receta es errónea y herética porque expresamente contradice a la Santa Escritura que Genes 2 ail. formavit igitur dominus deus hominem de limo terre atque ad eo la tierra sola es la materia sustancial de la formación del hombre y aunque esta formación del hombre se entiende en cuanto al cuerpo solamente no se puede afirmar que cuanto al ánima fue criado de alguna materia qui anima ex nihilo fuit casata y decir que la crio Dios de su sustancia como este miserable reo en su libro lo insinúa es error y herejía...

Aveyro se puso a leer en voz alta la lista de objetos, libros, cuadernos y papeles del inventario de cuanto le fue confiscado a Calvete:

—Ved que tenía unas cuendas para curar, una piedra redonda que parecía de alabastro y también piedras preciosas; los libros *Amicus medicorum magistri* y *Cronografía y repertorio de los tiempos*, el cuaderno *Virtudes y propiedades de la 5.ª esencia*...

—Y un papel sobre *La plática química*, y este que empieza con *Comentari Vitrioli*. —Con gesto de complacencia—: Y este otro, *Il rigimento de la peste*.

—¿Sabrá curarla?

El segoviano se encogió de hombros.

—¿Cómo logró salir ese hombre, que quizá es un gran sabio, de las fauces de los incultos e histéricos inquisidores?

Cristóbal Aveyro le mostró otra hoja.

—Ved qué bien escapó de la quema. Leed estas líneas.

Cobos lo hizo bisbiseando y recorriéndolas con el dedo. Decían:

... y aunque es condición de herejes entre cosas ciertas y verdaderas ingerir errores y herejías para disimular su malicia, tengo sospecha que este miserable reo no le consta ni sabe ni entiende que esta doctrina es contraria y repugnante a la fe católica y siendo así ni es hereje ni como tal puede ser condenado porque no tiene pertinencia en el error que es la última y sustancial diferencia que constituye al hereje.

—Así logró el rey salvar a Calvete, y ahora lo tiene trabajando sobre asuntos de filosofía natural y metales. Al parecer andan a vueltas con la Tabla Esmeraldina de Hermes y la *Lapis Philosophorum*.

José Cobos dudó por unos instantes, parpadeó con intensidad y finalmente resolvió preguntar:

—¿Cómo sabéis todo esto?

—Nuestra red de inteligencia es poderosa.

—Si soy la cabeza de lo que hacemos en Castilla, debería estar al corriente de quién nos ayuda.

—Hay cosas que nadie puede saber..., ni siquiera vos —dijo en un tono casi inaudible—, pero os aseguro que la persona que nos ha dado estos documentos anda en lo más alto.

—¿Por qué traiciona a su rey?

—Me lo he preguntado tantas veces, pero lo que importa es que contamos con estos papeles y con alguien que...

Se interrumpió como si temiese hablar de más.

—¿Nos ha ayudado a preparar lo del bocado que va a acabar mañana con Felipe?

—Sí... y no. Nos ha dicho cosas del protocolo, de las costumbres del rey, pero no va a ensuciarse las manos. No podemos arriesgarnos a perder ese triunfo.

—Supongo que no conoce al sumiller de cava ni a vuestro ciego...

—Ni a nadie que pueda salir luego a relucir, ¡por supuesto!

Cobos se puso en pie y, de espaldas al portugués, insistió:

—Creo que es un error que os guardéis esa carta para vos. Yo soy quien permanece al frente de la red de Castilla todo el año, quien debe decidir lo mejor en cada momento, y me estáis ocultando una de nuestras mejores armas. Es como si cortaseis una pata a vuestro caballo.

—No porfiéis. Es una orden que viene de la reina de Inglaterra.

—Así sea, pero puede costarnos muy caro.

Aveyro se levantó y le entregó los documentos.

—Guardadlos en arca de doble fondo o en algún hueco de la pared. — Lo tomó por los brazos—. Ved que confío en vos hasta donde se me permite.

El segoviano entornó los ojos con una mezcla de agrado y escepticismo.

—No los encontrará ni el mismísimo diablo.

Se equivocaba.

OceanofPDF.com

EL EXACTO CEREMONIAL del auto de fe se iba cumpliendo en la plaza Mayor de Valladolid. En la cima del anfiteatro el Gran Inquisidor, vestido de púrpura, no se perdía detalle desde su *rostrum* bajo dosel. Lo acompañaban miembros de los Consejos de la Inquisición, Castilla y aun Hacienda, Cruzada y Guerra.

El que gobernaba el Santo Oficio estaba sentado a más altura que la tribuna del propio rey y pensaba: «Es un gran consuelo ver cómo el pueblo odia al pecado y a los herejes... Hemos tenido que trasladarlos de noche y a escondidas para evitar que los matasen antes de tiempo; hasta los niños están inflamados de la santa ira contra esos miserables reos y querían atacarlos también. —Ahora observó a Felipe II—. El rey puede estar tranquilo: de momento la semilla luterana solo ha contaminado a unos pocos falsos místicos y humanistas desviados... y a alguno de los señores del reino, con los que hay que ser especialmente rigurosos para evitar que den mal ejemplo. Por suerte su majestad comprende todas estas cosas gracias a su prudencia, y la verdadera fe está a salvo. —Puso los ojos en el suelo para recordar las palabras del rey—: *Confío en que el auto de fe pondrá remedio a tan grave mal como estaba sembrado*. Nuestro Señor no permita que nos llegue el azote que ha emponzoñado a Francia y Alemania».

El lector de las sentencias seguía ocupándose de herejes que habían logrado escapar. Sus palabras sonaban como maldiciones, como la expulsión definitiva de su pasado, de su futuro:

—Y el dicho fiscal compareció ante nos y presentó una acusación contra el susodicho en que, en efecto, dijo que siendo cristianamente bautizado y gozando de las gracias y privilegios que los fieles y católicos cristianos suelen y deben gozar, con poco temor de Dios Nuestro Señor, gran cargo de su conciencia, condenación de su alma y escándalo del

pueblo cristiano, como ingrato a tanto bien recibido, había hereticado y apostatado de él y de su Santa Iglesia Católica, dicho y hecho en muchas cosas, apartándose de la verdadera creencia de ella, pasándose a la tan falsa y depravada herejía luterana...

Tan pronto como se terminó con acusaciones y sentencia, «relajado en estatua», el monigote grotesco que representaba al hereje fue introducido en una de las jaulas de un andamio. El público seguía la ceremonia con excitación *in crescendo*; ya se aproximaban las sentencias de muerte que sí iban a ser ejecutadas antes de la medianoche.

—Veréis qué cara pone la condenada al fuego cuando la metan en esa jaula —soltó la mesonera abriendo mucho los ojos.

—Mientras no se arrugue, y nos quedemos sin verla arder viva —repuso una voz aflautada desde atrás—. Es lo que tiene el marear demasiado al toro..., que a veces es peor.

—Ya salió el aguafiestas.

Cristóbal Aveyro había perdido de vista a Wentworth, que se acababa de escurrir por entre el gentío de los aledaños de la plaza Mayor. Ahora los ojos del portugués estaban clavados en el fraile que había escuchado cuanto quiso confesar el condenado al garrote con el tono entrecortado del miedo.

El clérigo trataba de decir algo a uno de los miembros del santo tribunal, pero sus esfuerzos habían recibido por respuesta solo un leve gesto de «no puedo levantarme en tan solemne momento, hablaremos más tarde».

El rey se notaba fatigado, «y no suele sucederme; tengo mucha costumbre de pasar horas y horas en mi escritorio». Desentrañar el qué, el quién y el porqué del intento de envenenamiento que sufrió el día de Pascua lo había llegado a obsesionar y las machaconas referencias a los herejes que estaba oyendo lo llevaron a Oxford: «Cuando me casé con María Tudor... su hermanastra, la hoy Isabel de Inglaterra, que ha tratado de matarme, estaba encerrada en el castillo de Woodstock por lo del levantamiento de Thomas Wyatt. —Pensó en los veintiún años de la Isabel de entonces, en la sensualidad de su mirada azul—. Todo lo que hoy me está ocurriendo por culpa de ella y lo que quizá tenga aún que pasar debe de ser el castigo que me manda Nuestro Señor por nuestros amores a espaldas de mi católica y fiel esposa, la que reinaba en aquellos tiempos en Inglaterra».

—Y que era tanta la afición que a los herejes tenía y tan excesivo el odio a los buenos fieles...

El inquisidor gritaba al límite de su voz.

Felipe estaba recordando que fue él mismo quien abogó por la hereje Isabel. Y su avejentada y fea segunda esposa no solo consintió en liberarla sino que la admitió en su palacio de Hampton Court.

«¡Qué difícil es a veces ser príncipe! Y pensar que mi propio confesor, Francisco Fresneda, fue quien convenció a la pobre María para que a las puertas de la muerte accediera a legar el trono de Inglaterra a la hereje Isabel. ¡Lo que costó que María aceptase ser sucedida por la hija de Ana Bolena! Por la hija de la concubina de su padre Enrique VIII. —Cerró los ojos y negó imperceptiblemente—: No iba a permitir que Inglaterra cayese bajo la influencia de los franceses... Tal alianza, ¡Dios mío!, quizá hubiese sido a la larga la peor cosa para la fe verdadera, y por eso ayudé a que la hereje Isabel alcanzase el trono. A veces hay que escribir recto con renglones torcidos. —Su expresión era la de quien se está justificando ante su señor—. Por esto impedí que el Parlamento declarase a Isabel hija ilegítima; tal cosa la hubiese incapacitado más tarde para suceder a María y..., ¡ay!»

—¡Ay de los que flaqueen en su amor a la Santa Iglesia Católica! —bramaba el padre de la fe en la lectura de una nueva sentencia—. Y, con el deseo que tenía de que todos viviesen en sus errores y herejías, hablando con cautela y astucia, había dicho que tenía miedo que Dios quisiera pasar la religión cristiana a Inglaterra o a Flandes, o a otras partes donde estaban los herejes, porque en lo natural y gobierno político excedían mucho a los españoles; y que cuando usan bien de la ley natural, ayudándose con la sobrenatural, sabiendo y entendiendo...

El Gran Inquisidor seguía las palabras de su subordinado como si tuviese que sancionar más tarde no solo la forma de declamar las sentencias, sino el celo de quienes las habían redactado.

«No ha sido prudente eso de que *en lo natural y gobierno político excedían mucho a los españoles*... Esas cosas pueden ser mal interpretadas por la gente o por el rey. No, no había necesidad... En lo sucesivo habrá que hilar delgado. —Juntó las manos como si fuese a orar—. Es del mayor

interés que el fervor vaya aumentando a medida que avanza el auto de fe. Recuerdo muy bien lo que sucedió cuando se quemó vivo al hereje luterano Antonio de Herrezuelo; el público andaba tan enardecido que ya cerca de su final fue apedreado y le atravesaron las tripas con una alabarda... —Con mueca de contrariedad—: Ese tenía la cabeza dura, o quizá fuese obra del diablo, pero no se retractó de sus errores ni una pizca».

La referencia a Inglaterra y Flandes hizo que la tela de araña de aquella ceremonia del miedo se rasgara en la mente de Cristóbal Aveyro. El espía logró escapar por unos momentos de la atmósfera que lo había atrapado desde que vio aparecer a los reos en procesión, «anoche me llegó aviso de que este pobre condenado a muerte no había roto el silencio sobre sus correligionarios y solamente se había retractado para morir con menor sufrimiento. Pero el auto de fe le ha quebrado el ánimo. —En otra jaula estaban introduciendo un nuevo monigote—. José Cobos debe de andar esperando a Wentworth y lo ayudará a salir a escape... Espero que pronto llegue a Flandes; nuestros amigos lo acogerán y podrá establecerse como mercader. —Se acarició con morosidad la barba—. En Valladolid solo Wentworth puede comprometer a Cobos..., y comprometerme a mí. Los compañeros de ese pobre desgraciado que va a acabar hoy mismo en el garrote ni nos han visto ni saben que existimos. Ni el tormento ni el miedo a la hoguera pueden hacer que hablen de lo que ignoran».

Las sentencias de los que iban a ser relajados en estatua empezaban ya a impacientar a un público que en gran parte deseaba escuchar por fin las de los tres condenados a muerte que estaban en el andamio de los pecadores.

La voz del fraile había perdido fuerza, parecía que rezara una letanía:

—Y que descubriendo mejor su ponzoña y mal ánimo, preciándose de su mala vida y de lo que tenía en el corazón, había dicho: al cabo traigo la fe; parece que duerme Dios en estos mis negocios, y si no hiciese milagro en ellos, estaría cerca de perder la fe; tentando con esto a Dios y pidiéndole milagros...

En la cumbre del anfiteatro el Gran Inquisidor pensaba: «Con los autos de fe hemos ahogado el brote de luteranismo... Hemos logrado que los castellanos vean tal herejía como cosa del extranjero y eso no se tolera por estas tierras, ¡gracias a Dios!... Ahora, la secuela que convendrá vigilar con

cuidado es ese dichoso misticismo de Teresa de Ávila, y el peligro que encierra la oración individual y el querer tratar a solas con Dios... Aunque esa mujer ha logrado embaucar a su majestad y..., por ahí sí veo peligro, ¡y grande!... Si ha escrito cosas tan licenciosas como: *Bésame el Señor con el beso de su boca*. Yo veo mucho iluminismo en ella, ¡muchísimo!»

La mesonera que se encontraba cerca de Aveyro exclamó:

—Tengo hambre. Con el madrugón que me he dado para llegar a la tribuna, no he comido más que un poco de costrada. ¡Tendría que haberme traído un buen bizcocho!

—Aún falta mucho. Cuando prendan las hogueras ya será oscuro.

—Mientras los llevan al quemadero, dará tiempo de ir a buscar un poco de pan y queso.

En una pausa, entre sentencia y sentencia, el inquisidor por fin atendió al clérigo que lo aguardaba para contarle la confesión del condenado al garrote del cabello claro. El miembro del santo tribunal descendió del anfiteatro con mucha dignidad y lo escuchó sin perderse palabra.

Cristóbal Aveyro se dijo: «Espero que Cobos y Wentworth estén saliendo ya de Valladolid. —Notó que el corazón se le aceleraba—. ¿Será mejor que me vaya... o quizá quedarme quieto y no llamar la atención?»

Un viejales de orejas de soplillo tendió un ajo a la mujer:

—Tened y acordaos de esta merced el día que acuda a vuestra casa.

—¿Hay en el mundo mujer más agradecida que yo?

Lo peló y se puso a roerlo.

El espía de Inglaterra imaginó el itinerario de Wentworth: «Primero irá a la casa que tiene Cobos cerca de El Escorial, *La Serranía*..., luego llegará a Lisboa y de allí a Amberes por mar... —Con amargura—: Tengo que reconocer que la escenificación del auto de fe ha logrado dismantelar nuestra red de inteligencia en plaza tan importante. Habrá que empezar otra vez, y ¡qué difícil será!»

El Gran Inquisidor se inclinó hacia delante y cerró los ojillos sin pestañas. Una idea le acababa de brotar: «Ha llegado a mis oídos que hay un cierto sabor de herejía en El Escorial. Al parecer, la huella del erasmismo está inspirando a más de uno y... eso sí podría ser un nuevo semillero de enemigos de la fe verdadera. Están tan cerca del iluminismo

los seguidores de Erasmo. —Contrajo los músculos del rostro—. Hay quien ha llegado a decir en El Escorial que pasear el Santísimo Sacramento en procesión solemne es cosa ridícula... Se empieza por estas cosas y no se sabe dónde se puede acabar..., aunque es asunto delicado remover aguas tan próximas a su majestad, ¡vaya empresa difícil! —Ahora le vino a la imaginación el recuerdo del proceso contra una mujer bien emparentada—. Esa defendía la doctrina de Erasmo, el cristianismo interior, el meditar sobre la Pasión, y criticaba la religión ceremonial. Recuerdo que venció la tortura de las cuerdas y del agua sin decir nada... Luego tuvo que abjurar *de levi* y asistir a misa sosteniendo una vela por haber puesto trabas a la justicia y alentado a los herejes. Habrá que tener la mano más dura con esa gente... ¡Mucho más dura!»

En la tribuna real Felipe II, rodeado por su familia y la nobleza más rancia, continuaba pensando en Isabel de Inglaterra: «Cómo se burlaba de mi esposa, decía que tan estricta católica ella, y sin embargo había tenido un preceptor, Luis Vives, con el padre quemado vivo por la Inquisición y la madre en estatua junto a sus huesos y calavera... Un preceptor que por cierto era amigo de Erasmo y el erasmismo fraternal... —En medio de la grave liturgia que presidía se vio en el lecho con Isabel—. ¡Qué manos más delicadas! ¡Qué carnes! —Notó un calorcillo de vanidad—. En algún aviso de mis espías me ha llegado que ella conserva en la mesilla de noche un retrato mío... Bueno, del que fui cuando era un buen mozo... Y no se quiso casar con Manuel Filiberto de Saboya ni con nadie con esa cantilena del no valgo para casada... Quizá esté aún enamorada de mí, y ya se sabe que tal sentimiento no se encuentra a gran distancia del odio... Eso explicaría todas las maldades que no duda en llevar adelante contra mi reino y mi persona. ¡Cómo se enfureció cuando supo de mis planes de casamiento con Isabel Valois...! Y seguramente no fue solo por lo que representaba de alianza con los franceses».

Tan pronto como el miembro del santo tribunal acabó de escuchar las palabras entrecortadas del fraile, llamó a unos familiares de la Inquisición y les dio instrucciones.

«No cabe duda —se dijo Aveyro—. Ese desgraciado les ha dado nombres, y el muy estúpido no va a salvarse del garrote. Agustín de Cazalla

en los últimos momentos se asustó tanto que trató de convencer a los que le acompañaban para que abjurasen del luteranismo..., y sin embargo fue ejecutado».

Antonio Pérez se fijó en que Ana de Mendoza andaba apretándose el parche contra el pómulos. «Le da expresión de vieja, ¿qué le estará rondando por la mente?... Debe de cavilar en sus disputas con Alba».

La princesa de Éboli se mordía los labios y estaba muy rígida. El sol comenzaba a calentar y el secretario de Estado olisqueó uno de los guantes que sostenía con la mano izquierda. «¡Qué alivio el perfume del ámbar de la gamuza! En cuanto hace un poco de calor los viejos nobles apestan a corral... Bueno, peor que a corral: a sudor rancio pervertido por las malas esencias... ¡Qué asco! Tener un rey sin olfato es lamentable, y pensar que el hombre encima es pulcrísimo con barba y ropas. —La caída del tono del clérigo que leía las penas le llevó a decirse—: Se nota que a su majestad no le gustan las comedias. ¡Cuántos errores se están cometiendo en esta representación! El de más bulto, olvidarse de que los espectadores quieren participar, y si no hay varones condenados al fuego, se quedan sin quemar barbas antes de prender las hogueras. El lector tendría que conocer el oficio de representar comedias; con los muchos maravedises que cuesta un auto de fe...; habría que sacarle más jugo. Nos pasa con todo: tenemos grandes cosas en la mano y no acertamos a ordenarlas para que nos aprovechen».

La mirada del rey tropezó ahora con la muchacha que iba a ser quemada viva y se dijo: «Con este escarmiento me parece que va a sanar la llaga de Valladolid. La peor de las cosas que puede llegar a sucedernos es que se dañe la unidad de nuestra fe, de la única y verdadera. Si se agrieta, se agrieta el Estado».

ANTONIO PÉREZ SE ENCONTRABA AÚN en el palacio de Pastrana y tendió a la princesa de Éboli un billete escrito de mano de su majestad.

—Quiero que veáis uno de los papeles que conservo por si las cosas se tuercen —anunció repantigado en el mejor sillón de aquel gabinete que olía a fuego de roble—. He puesto a buen recaudo otros con notas en que el Rey Hipócrita autoriza matar a Escobedo. Ahí podéis ver el estilo que gasta.

Ana de Mendoza estaba de pie junto a su escritorio y se puso a descifrar aquella caligrafía difícil:

He leído estas cartas que me enviasteis y las abrí con el tiento que me avisasteis, y, con todo, me da cuidado que no sé cómo se pueden cerrar bien. Buenas cosas hay en ellas...

—¡Vaya, con que Felipe se dedica a abrir las cartas de los demás! —exclamó.

—Cree que tiene derecho a todo.

—Pero luego se siente culpable de casi todo. Ved lo que sigue:

... No las pude leer ayer ni abrí el pliego hasta esta mañana que he estado solo y las he leído sin estar delante nadie, muy a mi placer; y fue muy bien avisarme ayer que habían de venir. Yo os las vuelvo, vedlo y cerradlas con tiento lo mejor que podáis y enviádmelas para que vea la cerradura antes que se den.

—Al rey le gusta estar solo, comer solo, pasear solo —observó Pérez.

—Una cosa es que no le agrade andar rodeado de gente y otra muy distinta que no quiera ser visto mientras curioseas en las cartas de los demás.

—Con aire socarrón—: Por cierto, parece que os necesita hasta para que le ayudéis a cerrarlas. Es tan inútil en esas cosas como en el lecho. —Ahogó una carcajada—. Cuando aún vivía Isabel Valois solía acercarse muy tarde a la alcoba de la reina, y al encontrarla dormida respiraba aliviado y pensaba

que ya había cumplido con su obligación. Si trataba así a la única esposa que ha querido de veras, imaginad su vida con las otras, ¡imaginad!

—Fuisteis muy buena amiga de Isabel Valois, ¿verdad?

—Sí. Paseábamos a caballo, reíamos, charlábamos. Su camarera mayor era la duquesa de Alba, y la reina buscaba mi compañía para huir de la cara de palo de esa dama.

—¿Cómo os trató el rey cuando...? ¿Fue un amante frío con vos?

—No, no. Quizá me necesitaba entonces para asomarse al exterior de palacio, no sé. Felipe ha necesitado siempre apoyos. Confió en mi esposo para gobernar España, ahora tiene a su Antonio Pérez...

—Ese carácter del rey es de mucho provecho para nuestros negocios. No deberíais quejaros, que puede traernos mala suerte.

—¡Tenéis razón! ¡Tenéis razón! —admitió con sorna.

Y extrajo de un escondrijo disimulado en el escritorio una lista de apodos y cifras.

—Parecéis el Consejo de Hacienda —dijo el secretario de Estado.

—Son las cuentas de nuestra empresa. Como podéis ver, he puesto motes a nuestros patrocinados. —Recorrió la lista con la uña—. A Requesens lo he bautizado con el nombre de *langostino*.

—Gracias a nuestra intercesión el *langostino* fue nombrado capitán general de las galeras.

—Y luego le conseguimos lo de Milán.

—¿A quién llamáis *lechuza*? —preguntó el secretario de Estado tras echar el ojo a la lista—. Me agrada pájaro tan conveniente para nuestras bolsas.

—Pensad un poco y lo adivinaréis.

—No caigo, no.

—Nuestra lechuza de oro no es otro que Francisco de Médicis.

—¡Ah! Claro. —Se dio un golpe en la frente—. ¿Y el *asno*?, ¿y el *cabestro*?

—Esas son bestias de plata..., de momento: Pedro de Padilla y Alonso de Sande.

Pérez sonrió al adivinar quién se escondía bajo el *gallo*.

—No sé si le gustaría ese título a don Juan de Austria.

—Le encantaría. Quiere ser el rey de todas las gallinas del mundo.

—Hasta en eso es distinto de su hermano. —Y preguntó—: El *blanco* es Andrea Doria, ¿verdad?

—Verdad, y el *negro*, Alejandro Farnesio.

—El *morado* debe de ser el cardenal de Toledo.

—El mismo.

—No es mala cosa convertir en buenos escudos de oro de veintidós quilates las mercedes que otorga su majestad gracias a mis buenos oficios.

—Y también a que os presento a no pocos de quienes necesitan de vuestro arte para navegar entre los cambios de humor de Felipe.

—Por supuesto, tanto monta... —Se puso en pie y aseguró—: Si todo sale como espero, vamos a subir los derechos. No moveremos un dedo por menos de cinco mil escudos de oro.

—Muy justo —afirmó la Éboli, y volvió a ocultar la lista.

Pérez se sirvió vino de Burguillos y ahora se sentó en el sillón de incrustaciones de hueso que reflejaban el brillo anaranjado de la lumbre. En tono punzante:

—¿Os enseñó Teresa de Ávila a echar cuentas y hacer inventarios?

—No me recordéis esa mala época.

—Hizo inventariar todos los regalos que le hicisteis, ¿no?

—Se nota que esa monja tiene sangre judía. —Miró a Pérez con una sombra de desprecio, «como la vuestra»—. Lleva las cuentas de todo lo que entra y sale de cada convento como si fuese un mercader, y encima las manda firmar por clavera y subpriora. Hay muchas descendientes de conversos entre las que toman ese hábito.

El «tiene sangre judía» golpeó al secretario de Estado, una pedrada en la frente. Le dolió, lo aturdió y en seguida sacó las uñas, «la *Tuerta* quiere recordarme que, según malas lenguas, desciendo de los Pérez de Ariza, conversos condenados por la Inquisición..., apóstatas».

Y pronunció muy quedo:

—¿Le censuráis que administre bien?

—Le censuro que trate de ocultar su origen, que con el cuento de la humildad busque la protección de los poderosos para conseguir fundaciones

en sus tierras: los duques de Alba, María de Acuña, Luisa de la Cerda... Que haya embaucado al mismísimo Felipe.

—Es tan difícil que consigan un pequeño cargo siquiera los de origen converso —afirmó el secretario de Estado con amargura—. Me parece bien que se arrime a buenos árboles, si no...

«He tenido que enredar tanto la madeja de los Pérez en mi provecho... Los Pérez de Monreal, los Pérez del Cuende y Pérez García de Ariza —prosiguió para sus adentros—. Qué extraña es la vida... He tenido que hacer tantas cosas para alejar de mí la sombra marrana de los Pérez y, sin embargo, mi padre fue Ruy Gómez, el mismísimo príncipe de Éboli, el que estuvo casado con esta mujer».

—¿Y qué me decís de sus ansias de hacerse con novicias que donen a los conventos buenas dotes? —preguntó Ana de Mendoza.

—Sin dinero no se gana ninguna guerra. Teresa de Ávila tendría que instruir a su majestad en esas cosas.

—Viene de familia de mercaderes marranos. Aparte del dinero de los grandes señores también lo acepta de los suyos y niega el hábito a las analfabetas para alejar de los conventos a las campesinas cristianas viejas y llenarlos de gentes de su propia raza.

La Éboli insistía en atacar a los de origen judío, aun sabiendo que aquello hería a Pérez y mucho.

—Vuestro esposo ayudó siempre a Teresa —dijo él.

—Ella supo adularlo para conseguir cuanto se le antojó. Y como pago a tantas bondades, sus monjas carmelitas dejaron y desampararon la casa y el monasterio que fundamos Ruy y yo cerca de este palacio. ¡Qué ingrata es esa mujer!, y pensar que fundamos también el convento del Carmen para frailes.

—Se dice que queríais mandar en las cosas del convento y dabais muchos enojos a la fundadora.

—Esa es íntima de la duquesa de Alba, y debió de dejarse influir por la esposa del gran adversario de nuestro partido.

Antonio Pérez se complació en irritarla:

—Lo que de veras molestó a Teresa de Ávila fue que dieseis a leer el manuscrito de su *Libro de la vida* a vuestros criados, que se mofasen del

contenido y sobre todo que llegase a manos de los inquisidores.

—No tuve la culpa de que el Santo Oficio sospechase del libro.

—¿Olvidáis que dispongo de una bonísima red de espías? —Endureció el gesto—. Según me dijeron, fuisteis vos quien la denunció después de que las monjas abandonasen el convento de Pastrana.

La princesa permanecía de pie y se apoyaba con una mano en el escritorio. Con la otra apuntó a Pérez:

—Y si fuese así, ¿qué? ¿Sabéis lo que dijo la Inquisición de Sevilla de ese libro?

—La de Madrid dictaminó a favor.

—En Sevilla no tiene tan buenos padrinos y el Santo Oficio dijo allí que hay en su *Vida* embustes, doctrina supersticiosa y parecida a la de los alumbrados. —Blandió el dedo—. Es una alumbrada, ni más ni menos que una alumbrada como los que ya aparecieron en tiempos por estas tierras: María y su hermano Juan de Cazalla, fray Francisco Ortiz...

—Pero Quiroga, el inquisidor mayor, leyó por fin el libro y no encontró error alguno.

—Claro, su sobrina está en uno de esos dichosos conventos.

Pérez vació la copa y se sirvió un poco más. Luego declaró con solemnidad:

—Cómo me gusta lo que escribe esa monja.

Ana de Mendoza se encendió:

—¿Qué os gusta tanto?

—Que escribe como habla.

—Dice que le ha inspirado Dios cosas que había leído antes en párrafos de fray Luis de Granada, por ejemplo. Y la muy pícara asegura que es el propio Dios quien escribe con su pluma.

Antonio Pérez se encogió de hombros.

—Poco me importa si lo escribe ella, Dios o el Diablo. Lo que cuenta es la vida de sus páginas, su talento para valerse de la naturaleza en sus imágenes.

—Sus obras parecen sermones. Tiene estilo de predicador y de los pesados: cuando se le mete una cosa en la cabeza la repite, la asedia. Vueltas y más vueltas, y dale.

—Se vuelca en lo que hace. Se nota que lo siente. ¡Qué diminutivos usa! Son tan, tan...

—Me estoy enfadando con vos. ¿Cómo un doctor puede alabar a una mujer que escribe con grandísimos paréntesis? Si te pierdes intentando ver qué quiere decir. Si solo usa puntos y rayas y no sabe dividir las palabras. ¿Y os extraña que se rían de su *Vida*?

—Vos, que sois cristiana vieja, apreciaréis sin duda su complacencia en hablar de la humanidad y Pasión de Cristo.

—Ese amor de la de Ávila por Nuestro Señor más parece profano que espiritual... Y eso es cosa también del Santo Oficio.

—Me gusta la sensualidad con que escribe.

—A veces más que escritos de una monja lo suyo parece licencioso.

—¡Quién fue a hablar!

La Éboli atropellándose:

—Que escribe como habla tampoco es cierto. Usa expresiones de campesina para que no se note su origen de conversa, pero... Ningún castellano viejo usa *jarretar* como ella lo hace. —Parpadeó con el único ojo y con furia—: Nadie usa *ansí*.

—Al leer a Teresa de Ávila veo en la imaginación las cosas que escribe. Me agradan sus comparaciones, su *tal cosa es como si*...

—Ni una de sus famosas comparaciones es nueva. Compara las obras de Dios con oro y piedras preciosas, las suyas con monedas... Ved hasta en esto su alma de judía.

—Teresa de Ávila escribe sin echar mano de artificios y afeites. Habla de sus sentimientos, de su interior. —La miró con hostilidad—. Si no hubiese sido por vos, la Inquisición no habría buscado faltas al libro durante años.

—No conocéis a esa mujer. En cuanto enviudé, hice mi profesión y quise vivir el resto de mi vida en el convento de Pastrana, pero Teresa no dejó de ponerme chinas hasta que por fin logró convencer al rey para que me ordenase abandonar hábito y convento.

—Vamos, vamos, princesa. Os empeñasteis en hacer profesar también a un par de sirvientas y quisisteis alojaros en habitaciones apartadas que daban a la calle para recibir visitas a vuestro antojo.

—Seguís la moda, tan de la nobleza de hoy, de alabar a esa mujer de visiones y embelecos, ¿verdad?

La expresión de la Éboli había ganado altivez.

—Su majestad la apoya en todo —aseguró Pérez.

—Si no fuese por tan alto valedor, quizá habría acabado en un auto de fe con el sambenito. Quizá hubiese catado el fuego.

Llamaron a la puerta con impaciencia y la princesa fue a abrir. Renqueaba ligeramente como si le doliesen las caderas.

Desde su sillón Pérez oyó una voz de mujer madura con acento andaluz:

—La pequeñina tiene malos sueños y quiere veros, princesa. —Y la urgió—: Os llama y os llama, y no quiere dormirse.

—¿Hace mucho que se ha despertado?

—Un buen rato.

—¿Llora?

—Está hecha una Magdalena.

—Esperad un momento.

Ana de Mendoza entró de nuevo en su gabinete y cerró la puerta.

Pérez le dijo:

—Lo he oído todo.

—Voy con Ana. La pobrecita tiene a veces pesadillas y conmigo se le pasan.

Antes de cubrirse el secretario de Estado tomó el diamante que llevaba en el gorro adornado con plumas.

—Tened. Es regalo que casa con estas horas vividas a calzón quitado.

Ella lo prendió en el vestido con aire de agradecimiento.

—Voy a ver a mi pequeña. El mayordomo os acompañará.

La princesa se encaminó al dormitorio de su hija y, no bien entró, la niña se echó en sus brazos.

—Me persiguen hombres malos. Hombres sin ojos que quieren matarme. Hombres feos —dijo sollozando.

Su madre la arrulló y le fue dando palmaditas en la espalda.

—Mamá está contigo y nada malo puede pasarte. —La que era princesa de Éboli y duquesa de Pastrana se sintió por unos momentos la mujer más desamparada del mundo y tuvo que contenerse para no romper a llorar—.

No temas, pequeñina, que mamá te protegerá y te dará todo lo que puedas desear. Te casaré con un duque o quizá con un rey, y tu boda será la más grande que se haya visto nunca en Castilla. Tendrás jardines con estanques y riachuelos para pescar y todos en la Corte querrán ser amigos tuyos. En tu palacio habrá mucha alegría, fiestas y bailes. Y no hará frío, como en los aposentos del rey. Vestirás sedas, oro...

«Como en época de Isabel Valois —se dijo—. Como habría sido la vida en la Corte si Felipe se hubiese casado conmigo».

OceanofPDF.com

JOSÉ COBOS enrolló con cuidado los documentos que probaban que uno de los alquimistas de El Escorial había estado en la nómina de los que el Santo Oficio consideraba sospechosos de herejía, se encaramó al respaldo del sitial de cajón esculpido, «hay que reconocer que Margarita sabe hacer regalos; este asiento de hace un par de siglos me encanta», y los ocultó en el hueco disimulado con mucha destreza en una viga.

—No tengo secretos para vos —dijo con cierto retintín—. Es uno de los escondrijos más seguros que podáis imaginar.

—¿Lo conoce alguien más? —preguntó Cristóbal Aveyro.

—Ni siquiera mi esposa, y no es cosa fácil que se le escape alguna de las reformas de la casa. Tuve que inventarme el capricho de poner en mi gabinete artesonado de Segovia. —Una vez guardados los papeles devolvió la tapa a su lugar, pasó los dedos por encima y con satisfacción—: No se nota.

Descendió apoyándose en la pared. Aveyro lo ayudó a saltar al suelo, «parece que vaya a caerse, ¡claro, se pasa la vida sentado!», y le dijo:

—Espero disponer pronto de otros papeles que demuestran que nada más y nada menos que Arias Montano, el actual director de la Real Biblioteca de El Escorial, tuvo relación con una secta espiritualista en Flandes, la Familia del Amor, *Familia Charitatis* o algo así..., y ahora, delante de las propias barbas del rey, está formando un grupo familista con algunos de los monjes de esa mole de granito en que tanto le gusta encerrarse a su majestad.

Pronunció las últimas palabras con mueca de asco.

—¿No había sido este Arias Montano hombre de confianza del duque de Alba en Flandes? —inquirió Cobos.

—Bueno, sí, lo había sido —titubeó—. Pero... pero luego Arias Montano cambió de opinión al percatarse de la crueldad de las represalias

del gobernador de hierro.

El segoviano lo observó con recelo y acabó por soltar:

—¿Es Alba nuestro informador en la cumbre?

—Ya os he dicho que no voy a daros la menor traza sobre este negocio.

—Y con aire tajante—: Por favor, no os obstinéis.

Cobos escanció más vino en las copas.

—No llego a entender al rey por más que lo intento. Es el gran defensor del catolicismo y se rodea de alquimistas y familistas, quiere construir un gran imperio y no es capaz de pagar los sueldos de sus tropas de Flandes, se ha casado ya tres veces y aún no ha sido capaz de asegurar la descendencia, y...

—Y no os preocupéis más de él. Brindo por ese otro vino que va a beber mañana por última vez.

Levantaron las copas y las vaciaron de un solo trago.

«El duque de Alba siempre se ha negado a atacar a los ingleses; es suyo el *paz con Inglaterra y guerra con toda la Tierra* —saltó en la mente de José Cobos—. Y es cosa bien extraña en quien ha sido partidario una y otra vez de soluciones a sangre y fuego».

Negó con el índice y dejó caer:

—Hay algo en lo que habéis dicho antes que no me casa.

Cristóbal Aveyro lanzó una mirada atravesada al hombrecillo que tenía delante. «A veces quiere pasarse de listo».

—Decidme —repuso con sequedad.

—No veo la boda de don Juan de Austria con Isabel de Inglaterra, ni con Felipe vivo ni con Felipe muerto.

—A ver, ¿por qué?

—Si Felipe muere, Isabel de Inglaterra, a través de su aliado, Orange, se entenderá a las mil maravillas con el hombre que se hará dueño de la situación y que quizá sea ya vuestro informador de la más alta calidad.

—¿En quién estáis pensando?

—En Antonio Pérez.

Aveyro permaneció callado sin parpadear, como si pusiese en orden sus argumentos, y tras aclararse la voz:

—No creo que la reina de Inglaterra se conforme con actuar a través de vía tan insegura.

—Tengo más razones para dudar de esa boda...

Iba a enumerarlas cuando apareció su esposa.

—Ya han puesto la mesa —dijo— y la cena se enfría...

Aveyro cambió la expresión. Con buen humor:

—Me muero de hambre. Luego, con la panza llena, podemos seguir con nuestras cosas, ¿no os parece?

Margarita les indicó:

—Pasad al comedor y sentaos junto al fuego.

Y se quedó rezagada.

Un criado abría la fila de tres y alumbraba. Cobos lo seguía, «Isabel de Inglaterra debe de andar fingiendo lo de querer casarse con ese botarate engreído que es Juan de Austria, la muy tuna debe de hacerlo para provocar a Felipe, ¡seguro!... Pero, pero..., ¿por qué le habrá hecho creer a Aveyro lo del casamiento? —Ya estaban cerca de la escalera cuando les llegó aroma de viandas, y las intrigas palaciegas dejaron paso a un—: ¡Cómo se cocina en esta casa! Menos mal que mi mujer va perdiendo la mala costumbre de mortificarse y mortificarnos en Semana Santa. ¡Lo que me cuesta irle arrancando la mugre de las tradiciones de su familia de muertos de hambre! Muertos de hambre y encima orgullosos de su nombre y de todas las tierras que han ido perdiendo a lo largo de los años. Muchos, muchos años, eso sí... que rancios lo son. Si no fuese por mí..., ¡ay! —La nobleza arruinada de su esposa lo llevó a preguntarse—: ¿Y si Isabel de Inglaterra hubiese prometido un título a Aveyro..., si tenía éxito en el atentado contra el rey? Sí, claro, ahora encaja todo: la esposa de Aveyro es toledana y debe de andar suspirando por un título de Castilla..., y qué mejor forma de poner la nobleza castellana al alcance de su mano que la boda de la reina que les debe favor tan grande con Juan de Austria».

El portugués cerraba la fila y sus pensamientos iban por otros caminos: «Hay que conseguir más documentos de la Inquisición. Al parecer otros de los alquimistas de El Escorial han sido procesados por herejes y han escapado gracias a la mano de hombres próximos al rey... Hay que destruir la fama del Rey Católico... Hay que probar además que Arias Montano está

influyendo en los jerónimos y en particular en fray José de Sigüenza. Hay que demostrar que El Escorial no es más que una gran manzana podrida, y de ahí a decir que Felipe II es... O mejor, muchísimo mejor: era, era, eraeraera, era... un farsante..., no hay mucha distancia, ¡quia!»

El criado y José Cobos ya habían salido de la escalera, pero Aveyro aún se encontraba en la oscuridad de los últimos peldaños cuando se entreabrió una puerta y una mano lo agarró.

OceanofPDF.com

FELIPE II, apoyado en un muro de El Escorial, volvió a retorcerse de dolor. Su aullido esta vez rebotó en el granito como el de quien acaba de ser traspasado.

Los gentileshombres lo llevaron a sus aposentos y avisaron en seguida al batallón de cuarenta personas que cuidaban de la salud de la familia real. Los labios violáceos del monarca le caían como pasas.

Francisco Poza y Pedro Muñoz, protomédicos y médicos de cámara, examinaron con aire severo a su majestad que ahora yacía bajo el dosel grana.

—¿Es veneno? —les había preguntado no bien llegaron a la alcoba.

Tras explorarlo se retiraron a deliberar y Poza, que llevaba solo seis años en el puesto, permaneció en silencio esperando el juicio de su colega, antiguo consejero de la Inquisición.

—El rey no parece estar envenenado —dijo Muñoz y añadió con cautela —: No se aprecian tóxicos conocidos. —Como si hablara para sus adentros —: Cuanto come es examinado por nosotros..., y vigilamos el equilibrio de sus alimentos. —Cada vez hablaba más quedo—. Probamos también su agua y vino antes de que beba... No, no creo que se trate de alguna ponzoña.

—¿Cuál es vuestra opinión?

—Que tiene fuego en el hígado. —Lo miró con expresión interrogativa

—: ¿Y la vuestra?

—Quizá el bazo...

—Encima padece de gota, y el estreñimiento es cosa crónica en él. —Frunció el entrecejo—. No podemos arriesgarnos, y, aunque no parezca un envenenamiento, hay que lavarle bien las tripas. Con su majestad no podemos correr riesgos.

Pedro Muñoz conocía los males de Felipe desde hacía veinticuatro años y su buen criterio tenía fama en la Corte, pero respetaba las opiniones de su colega, catedrático de Alcalá y traductor de Hipócrates. Abocinó la boca:

—¿Qué remedio proponéis?

Poza pidió papel y pluma, y escribió una receta para la botica de El Escorial:

Remedio para el bazo:

Coged la hierba que se llama Berbena y tomad las hojas bien picadas, más tomad una clara de huevo fresco bien deshecho y haced un emplasto y aplicadlo al bazo en pañuelos delgados.

—Le aprovechará —dijo Muñoz, y ahora fue él quien se dispuso a escribir—. Ved lo que a mi parecer tendría que hacerse además de darle hepática:

Para el fuego del hígado:

Tomad agua Rossada, manteca de puerco, sebo de vela; con todo esto en proporción haced un ungüento y lo aplicáis donde sale.

Purga:

Tomad la Sebullada verde y ponedla a hervir en olla nueva en nueve escudillas de agua y que vengan a la mitad después; coladla y dádsela a beber en una escudilla y dentro de una hora le hará operación. Se toma en ayunas y si hay necesidad a todas horas.

«Para el envenenamiento lo mejor es tomar artemisa, la madre de todas las hierbas —se dijo—. Hay quien asegura que sus virtudes vienen de la estrella que los astrónomos llaman Angol. —Y se puso a recordar las propiedades de la planta—. La primera virtud es que cocida en vino aprovecha a las madres y quebranta las piedras de las vejigas; la segunda es la de los venenos; la tercera consiste en que si dieres a beber el zumo de la artemisa envuelto con fino vino a la mujer que estuviere de parto, la hará parir luego. Los polvos de esta maravillosa hierba bebidos con un trago de vino blanco quitan el cansancio y ayudan a recobrar el buen ánimo...»

Jugueteó con la pluma como si no se atreviera a escribir lo que le danzaba en la cabeza. Por fin resolvió: «Si su majestad ha sido envenenado

con alguna ponzoña desconocida, esto le hará echar el veneno del cuerpo». Y escribió:

Para el cuerpo humano:

Dadle a beber el zumo de la Artemisa con vino en ayunas.

Ya amanecía cuando Felipe, tras las purgas, enemas y emplastos que le habían traído en albarellos de cerámica de Talavera decorada con leones rampantes, comenzaba a notar la paz que sigue a las batallas con galenos y boticarios.

Tan pronto como supuso que su hija Isabel Clara Eugenia había despertado la hizo llamar, «quiero que me busque las últimas cartas del duque de Alba. Aunque los médicos digan que lo de anoche no fue un envenenamiento..., ¿qué saben ellos de los licores que usan los venecianos o de las plantas venenosas de las Indias? —Pinzó los dedos sobre la colcha color vino—. Alba no es hombre de hablar por hablar y sus últimas palabras sonaron como una amenaza... Pero no puedo confiar a nadie esta sospecha sobre tan alto señor, ni siquiera a Antonio Pérez. —Se incorporó ligeramente—. Alba no sabe fingir y quizá yo pueda leer entre sus líneas la intención de hacerme matar...»

La infanta entró en la alcoba del rey casi de puntillas y, en cuanto vio asomar el rostro apergaminado y ceniciento de «mi querido padre» por detrás del tapiz flamenco que colgaba del dosel, se llevó la mano a la boca: «¡Dios mío! Que no le pase nada. Que no se me muera como mi madre..., que en gloria esté».

Felipe mandó salir de sus habitaciones a médicos y ayudantes, y sonrió a la hija que tanto le recordaba a Isabel Valois:

—He pasado mala noche, y me gustaría que trabajásemos juntos con unos documentos.

—¿Estáis enfermo? —le preguntó Isabel Clara Eugenia.

—He tenido unos calambres en el vientre, pero ya me encuentro bien. Descansaré un rato en la cama y luego me levantaré para celebrar el día de Pascua. —Sonrió y le mostró la mala dentadura, «a pesar de limpiármela con polvos por la mañana y por la noche»—. No le digáis a la reina que me habéis visto algo quebrado, que falta poco para el parto y no quiero darle

ninguna preocupación. Necesita mucha paz en tan graves momentos, ¡mucha!

La infanta se sentó en el lecho y sin decir nada le cogió la mano. Felipe notó que el tiempo se detenía. «Ah..., si hubiese vivido su madre. Isabel, Isabel...»

La mente del monarca se quedó en blanco. Luego volvió a las cartas del duque de Alba y se las pidió a su hija. Acostumbraba trabajar en la cama y al poco rato estaba metido entre papeles como si anduviese en el escritorio de la alcoba contigua. Leyendo y releendo, haciendo anotaciones al margen, empezó a mejorar de expresión.

Ahora pasaba por tamiz la copia de una carta del duque de Alba a don Juan de Austria que había caído en manos de hombres de una red de inteligencia de Antonio Pérez. «Si no fuera por este secretario de Estado que lo tiene todo en la cabeza, cuántas cosas se me escaparían y cuántos negocios dejaría de proveer con el buen juicio que da solo el considerar al detalle y sin prisa los flecos y dobleces. ¡Qué desazón me da no poder hablarle de mis sospechas acerca del duque! Pero, no. Es imposible... Pérez anda inclinado hacia el partido de Éboli, que es enemigo jurado del de Alba...»

El papel decía:

Ilustrísimo y excelentísimo señor: Con el correo que partió de aquí los días pasados, escribí a v. e. lo que verá por el duplicado que va con esta, en caso que la otra no haya llegado, y agora, por lo que S. M. escribe, entenderá v. e. la resolución que ha tomado y el cuidado que tiene de la provisión que, cierto, es el mismo que para su propio hijo, y aunque para esto no haya necesidad que nadie lo solicite, todavía, si fuere necesario hacer alguna diligencia, v. e. sea cierto que yo no me descuidaré de ello. Es de gran importancia al servicio de Dios, de S. M. y de toda la Cristiandad el ocupar Portofarina y Biserta, si se puede, que aunque v. e. lo tiene entendido mejor que nadie, yo no quiero dejar de decirle el servicio tan grande que hará a Dios y a S. M. en hacerlo, asegurando a v. e. que, si este negocio se hace, que la pérdida de La Goleta no solamente habrá hecho daño, antes provecho muy grande, pues habrá abierto a S. M. los ojos para quitar al enemigo el ocupar aquel puerto...

El rey escribió al margen «Esto es mucho decir» y pensó: «Me irrita la forma en que Alba presenta las cosas, su empeño en abrimme los ojos en todo como si necesitase para bien gobernar un mentor a usanza de los

tiempos de mi padre... o un lazarillo. Cree que vive en otra época y, lo más peligroso, no se da cuenta de que es ya un anciano».

Siguió devorando la carta y volvió a chocar con las líneas que «mejor explican la forma de ser de este duque»:

... y esto se podría ahora hacer, señor, en caso que haya agua suficiente para la gente y v. e. se asegure que de aquí a que el mundo se acabe, reconocerá de mano de v. e. el mayor beneficio que nunca recibió la Cristiandad y que por él será v. e. estimado y respetado para siempre, y yo, como vasallo y criado de su padre y v. e. y hermano de v. e. y el mayor servidor que tiene v. e. en el mundo...

«Aún está en tiempos de mi padre. —Entre dientes repitió con sarcasmo—: *Como vasallo y criado de...* Y luego le suelta a mi hermanastro que es *el mayor servidor que tiene*. —Farfulló en un gruñido—: ¡Este Alba...!»

La infanta se alisó una arruga inexistente de la falda, y lo miró con el rabillo del ojo, «vuelve a ser él, menos mal».

OceanofPDF.com

CRISTÓBAL AVEYRO se sobresaltó al notar en el brazo la presión de una mano.

Luego, en un murmullo:

—Soy yo..., Margarita.

Cobos se dio cuenta de que no se oían los pasos del portugués y se volvió:

—¡Eh! ¿Andáis aún en la escalera?

Aveyro fue a responder, pero Margarita de Rojas le puso los dedos sobre los labios, y luego le dio un beso húmedo.

El pañero ordenó al sirviente:

—Vuelve atrás y alumbrá bien, que hemos perdido a nuestro huésped.

Aveyro trató de escapar del abrazo, «si Cobos nos descubre, puede irse al garete la mayor empresa de este siglo», pero ella no solo no lo dejó desasirse, sino que volvió a besarlo a favor de la oscuridad. Ya se acercaba el resplandor vacilante del candelabro cuando Margarita de Rojas lo soltó por fin y desapareció por la puerta falsa.

—Aquí estoy —exclamó Aveyro e improvisó—: Se me ha enganchado la roseta de la media en un clavo y no acertaba a...

—Conviene andar con mucho tiento, que estamos con reformas por todas partes.

Cenaron junto al fuego de un hogar que tenía la altura de un hombre. Margarita había pasado tanto frío antes de casarse que hizo construir grandes chimeneas para matar uno de sus fantasmas de la infancia. «También Isabel Valois se quejaba del frío que pasaba en Castilla», acostumbraba repetirse.

Tras probar apenas los postres, Diego de Rojas y su hermana se levantaron de la mesa y dejaron a solas a Cobos y su huésped.

Cristóbal Aveyro tenía en la mano un puñado de pasas y orejones.

—¡Ah!, de qué buena mesa disfrutáis en vuestra casa —exclamó.

El segoviano repuso masticando un buñuelo de viento:

—Margarita me da buena vida.

«Por lo visto, vuestros cuernos no son de los dolorosos», se dijo Aveyro y quiso halagarlo:

—Tenéis paz en vuestra casa, buenas empresas en Segovia. Estáis al frente de una red de inteligencia de gran provecho para Isabel de Inglaterra y eso va a daros nuevos contratos de suministro de paños... Sois, en suma, un hombre afortunado.

—Lo seré si logramos acabar con Felipe.

—Ya faltan pocas horas.

Cobos paseó la mirada por las ligaduras de hierro forjado del bufete, por el armario de sacristía de talla plateresca y muchos cajones, «lo que me ha costado convencer a mi mujer de que el mueble es ideal para guardar los manteles»; por la arquimesa mudéjar. Y engarfió los dedos en los brazos del sillón:

—Antes decía que dudo de las intenciones de boda de Isabel de Inglaterra con Juan de Austria.

Aveyro puso mueca de fastidio y se dispuso a escucharle:

—Sed breve, que quiero retirarme a descansar. Mañana conviene tener los ojos muy abiertos.

«No le gusta que le diga estas cosas, pero...», pensó el segoviano. Y aceleró el flujo de sus palabras:

—El Parlamento inglés no vería con buenos ojos esa boda con un extranjero y católico por añadidura... Aún se acuerdan de toda la gente que mandó a la hoguera la católica María Tudor...

—María Tudor..., la segunda esposa de Felipe. —Y con tono despectivo—: La que llaman ahora *Bloody Mary*.

—Los enemigos ingleses del catolicismo son muy ricos e Isabel los necesita. Recordad que la reina rechazó la proposición de boda del Demonio de Mediodía cuando enviudó de *Bloody Mary*. —Cerró los ojos y repitió de memoria las palabras de Isabel—: *No puedo casarme con este Rey porque me juzga hereje y muestra más amor a la Iglesia que a mí como mujer...* También la del archiduque Carlos después de hacerle saber que no

le permitiría oír misa ni siquiera en sus habitaciones... Entonces, decidme cómo Isabel de Inglaterra va a tomar en serio a Juan de Austria.

—Pueden darse otras circunstancias. Cuando ella supo que Felipe iba a casarse con Isabel Valois... y, ante la perspectiva de alianza entre franceses y españoles, cambió de opinión y dijo que aceptaría un matrimonio con él hasta si se le exigiera instaurar otra vez el catolicismo.

El fuego iluminaba el mantel de hilo crudo. Cobos repuso:

—La reina de Inglaterra ha manifestado muchas veces que no quiere casarse; prefiere reírse de los pretendientes que le mandan carísimos regalos y mantener a Robert Dudley en un aposento junto a su propia cámara real. —Se sonrió—. A ella le gusta elegir a sus amantes, que por cierto no han sido pocos, y no está dispuesta a llevar una vida de casada.

—¿Cómo andáis al corriente de tantas cosas de la Corte inglesa?

—Los católicos que prefirieron marcharse de la isla saben mucho de lo que allí ocurre, y en mi calidad de espía debo enterarme de cuantas noticias les llegan. Ser pañero me abre puertas y nadie sospecha de mí.

—¿Por qué os obstináis en hacerme ver la dificultad de la boda inglesa de Juan de Austria?

—Porque estamos en vísperas de acometer un atentado que puede cambiar el mundo, y me parece peligroso que mi superior dé por cierto lo que quizá no lo sea... No debemos apoyar los pies ni mucho menos la mente en falso. —Adelantó la quijada—. Vos sabéis muy bien que los príncipes tienden a mentir tantas veces como lo creen necesario, pero es obligación nuestra conocerlos y llegar a captar el sentido de sus actos.

—Si la reina de Inglaterra no piensa en casarse con Juan de Austria, ¿entonces...?

Cobos se levantó para atizar el fuego:

—No temáis. Vuestra entrada en la nobleza es segura, si lo de mañana tiene éxito. Quizá no sea un título castellano, pero no son los únicos del ancho mundo.

«Si es tan astuto para todo, debe de andar al corriente de que me acuesto con su mujer —pensó Cristóbal Aveyro alarmado—. Aunque ella tiene fama de cabal y Cobos quizá no sospeche nada... ¡Ojalá!»

Y quiso saber:

—Según vos, ¿por qué han dado la orden de ejecutar a Felipe?

—Con su insegura descendencia lo más probable es que, una vez muerto, gobierne Antonio Pérez a través del cabeza hueca de Juan de Austria, ¿podéis imaginar algo mejor para que Inglaterra se convierta en la primera potencia?

—Es una posibilidad.

—Veo tan fácil comprar la voluntad de Pérez. Os lo digo yo, que entiendo de conciencias de mercaderes. Ese secretario de Estado se vende a Orange por dinero, ni más ni menos que por esa ilusión metálica que acuñan los príncipes... Sin un rey atento a las cartas, investiduras, billetes, cuentas... ¡Qué fácil será llevar el desgobierno a España!

El portugués no tardó en excusarse. «Perdonad, estoy rendido». José Cobos se quedó ante las llamas de la chimenea.

Margarita vino a sentarse muy cerca de él:

—Es tarde ya...

Su esposo, sin dejar de contemplar el fuego, dijo con voz apagada:

—Al alba regresaremos a Segovia.

—¿Algún negocio que no puede esperar?

—Sí... Ya sabéis que Aveyro es uno de los grandes mercaderes y me ha traído bonísimas noticias. —Parecía que fuese a decirle la verdad—: Un nuevo contrato de aprovisionamiento de paño que me obliga a cambiar con urgencia tantas cosas...

—Habrá que hacer los preparativos del viaje ahora mismo. —Se incorporó—. Voy a avisar a los criados para que no se metan en cama.

—Ssssí. Luego venid, que tenemos que hablar.

Ella lo miró con una chispa de inquietud y salió a buen paso.

No tardó en volver, «¿qué querrá decirme? ¿Se habrá enterado de algo?»; se sentó a sus pies, muy cerca de la lumbre.

—Margarita —musitó él—, Aveyro es un comerciante muy rico y su familia está en todas las grandes plazas: Amberes, Sevilla, Lisboa, Barcelona... —Habla despacio—. Pero, pero... son judíos portugueses, es decir ¡judíos! y...

—¿El Santo Oficio...? —preguntó abriendo mucho los ojos de largas pestañas, ojos de almendra.

—No..., no temáis. Nada se ha torcido aún, pero conviene ser precavidos. —Y se dispuso a soltarle lo que había inventado—: Cristóbal Aveyro debe permanecer unos días cerca de la Corte y esperar a que se resuelva el enredo de papeles que tuvo con una cédula. He pensado que sería bueno para nuestras empresas darle hospitalidad en esta casa. Pero...

Se le ahogó la voz.

—¿Pero...? —lo animó a seguir su mujer con impaciencia.

—Pero es judío y no quiero que se diga por ahí que unos cristianos viejos como nosotros —la miró con intención—, emparentados con la nobleza por vuestra parte, tienen en casa a un miembro de una conocida familia de judíos.

—¿Qué habéis pensado?

Sabía que su esposo acostumbraba plantear los problemas cuando contaba por lo menos con una solución.

—Que se esconda en ese granero que está reformado y no tiene goteras. Allí podemos llevarle cama y mesa, y con buenas mantas no tendrá frío por la noche, ¡quia! Si da el sol todo el día y está mejor que muchas habitaciones. Ya vamos cara al buen tiempo.

—¿Quién lo atenderá? —preguntó intentando contenerse.

—Solo puede hacerlo alguien de mucha confianza. Nadie debe saber que se encuentra aquí.

—¿En quién habéis pensado?

—En vuestro hermano, Diego.

Margarita se estrujó las manos y negó con la mirada.

—Diego es un buen muchacho, pero no está maduro aún para cosa tan delicada.

—Habrá que confiar en él.

—Hay que dejar que el tiempo lo curta un poco.

—¿Veis otra solución?

Ella no dejó que asomara la sonrisa que brotaba en sus adentros. «Si le propongo quedarme sola, puede sospechar... Es mejor que le diga que...»

Y con aire resignado:

—Tendré que quedarme a ayudar a mi hermano. Esto le servirá para aprender a salir adelante en empresas de compromiso y le será de

provecho... Quizá pueda entrar algún día en vuestros negocios.

«Quizá tenga razón. Quizá sea más seguro que ella cuide de todo... Ese puede cometer sinrazones que luego cuestan caras», se dijo Cobos y tras cavilar:

—De acuerdo, puede que sea lo mejor.

Margarita propuso con gravedad:

—Si queréis agasajar a Aveyro, mejor será que mi hermano se instale con él en el pabellón de caza que acabamos de levantar. Está amueblado y hay un par de buenas chimeneas. —Lo apuntó con el índice—. Diego advertirá a todo el mundo que no quiere ser molestado... Sus rarezas son bien conocidas y nadie se atreverá a acercarse.

La mirada del pañero se iluminó con luces distintas:

—No sabía de vuestro talento para esta clase de negocios... ¡Ah!, otra cosa: Aveyro tiene mucho que hacer mañana, temprano, y no volverá para encerrarse hasta cerca de mediodía.

—Mejor, nos dará tiempo de limpiar.

«Y ponerle esas sábanas tan finas», prosiguió para sí misma.

Cobos le cogió las manos.

—Algún día quizá consiga un título nobiliario para vos.

Margarita repuso con escepticismo:

—En Castilla no se hace nobles a los pañeros.

—¿Y si no fuese un título castellano?

—No es lo mismo —dijo como si no la pudiese entender ni a ella le importara.

Se levantó apoyándose en las flacas rodillas de su marido y empezó a dar órdenes a los criados y a su hermano:

—Diego, encárgate de que pongan todas las provisiones para el viaje. Vino, queso, salchichones, pasas, nueces, cecinas...

Era ya muy tarde. Margarita de Rojas no había logrado conciliar el sueño y, «por si me oye», susurró al pañero, que dormía encogido a su lado:

—Voy a echar el ojo a lo que tenéis que llevaros a Segovia.

Cobos no dijo ni pío. Ella se escurrió de la cama muy despacito y se encaminó a la habitación de Aveyro.

LAS PALABRAS DEL FRAILE que leía las sentencias del auto de fe en la plaza Mayor de Valladolid volvían a sonar como una amenaza. Eran el preámbulo de las penas capitales que iban a ser ejecutadas aquel mismo día.

—José López, pastor, natural de Medina de Rioseco. —Elevó más aún el tono—: Engañado del demonio cometió un acto de bestialidad con una yegua. Hubo emisión en el cuerpo de la bestia. Fue cogido por dos testigos mientras la conocía carnalmente. Condenado a ser relajado en estatua.

«Nos seguimos equivocando —pensaba Antonio Pérez—. Con tantos quemados en estatua puede parecer fácil escapar. No..., no. Este no es el camino si queremos que nos teman de una punta a otra de nuestro imperio».

Su sillón se encontraba junto al de otro secretario de Estado, Mateo Vázquez. Eran muy distintos de aspecto y carácter, pero tenían en común la habilidad de mover hilos a la sombra de su majestad.

El lector anunció la última ejecución en efígie:

—Fray Vicente de Mesa, natural de Argel, cometió muchos actos de sodomía...

Mateo Vázquez miró las medias de seda de su vecino con sonrisa acusadora y apenas disimulada, «si confesaran los pajes que han sido *pacientes* vuestros...» Era clérigo, puritano a la manera de aquella Corte, tosco, achaparrado, tenaz, aceitoso y su empeño principal consistía en apartar del despacho del rey al hombre «demasiado afectado, demasiado listo, demasiado perfumado» que tenía a su derecha.

El «natural de Argel» hizo que Antonio Pérez se dijera:

«¡Vaya, de la tierra del moro servil! —Mateo Vázquez había nacido allí mientras su madre sufría cautiverio tras caer en manos de los corsarios—. Este *Mateíco* no sabe que el rey me dejó leer la carta que el muy soplón le mandó denunciándome a mí y también a la princesa de Éboli».

Ella lo llamaba sin el menor recato el «perro moro que el rey tiene a su servicio».

Felipe II jugaba con los dos secretarios de Estado como mejor le convenía. La pugna entre tan encumbrados personajes se había convertido en la comidilla de Madrid y ocultaba cosas más graves que el rey no deseaba airear.

Mateo Vázquez contaba con un sinfín de espías y confidentes, y corría a comunicar a su majestad desde chismes a las cosas de enjundia que le llegaban. Entre sus amigos los había de peso, como el conde de Barajas, *los Toledo*, el conde de Chinchón.

Observó a la princesa de Éboli, que miraba a los miembros del santo tribunal con hastío y recordó una de las consideraciones que él solía escribir en el breviario:

«Procurad que no venga a negociar, en presencia, mujer de buen parecer ni moza, porque es objeto deleitable, dice Aristóteles, que mueve mucho y es causa de alterar la justicia; y si necesariamente hubiere de venir, sea delante de muchos, y con breves razones. —Cerró los ojos—. A este Pérez le hace tanto daño lo de la princesa viuda...»

Los familiares de la Inquisición introdujeron el último monigote en una jaula para escarnio del prófugo, y en seguida el lector de las sentencias nombró al que había denunciado a sus hermanos de fe en el andamio de los pecadores. Pronto empezó con sus culpas:

—Y dijo que tenía certidumbre de su salvación y de estar perdonado por Dios por los méritos de la Pasión de Jesucristo, y porque él ya tenía a Jesucristo recibido por la fe, y que llamaba a esto vestirse de Jesucristo, porque ya estaban hechos miembros de Cristo y eran hermanos suyos e hijos del Padre por su redención...

«Ese tiene que pronunciar el nombre de Cristo cada cuatro palabras —observó Pérez para sus adentros—. Dime de qué blasonas... Debe de ser de la madera de Mateo Vázquez, que no deja de hablar de sus virtudes de clérigo chupacirios y sin embargo acepta cuatrocientos ducados de la casa Farnesio como pago de sus mercedes. Que también yo tengo quien me cuenta sus andanzas de intrigante venal, ¡también!»

La mesonera, enardecida en su asiento de la tribuna, soltó:

—Hace años había quince palos con sus escaleras y argollas. Era el día de la fiesta de la Santísima Trinidad y quince fueron quemados... Aquello sí fue un auto, pero todo se va perdiendo.

Cristóbal Aveyro quería permanecer en Valladolid hasta que «esa pobre chica se consuma en la hoguera», aunque tenía el presentimiento de que le acechaba el largo brazo del Santo Oficio. «Tengo que quedarme hasta el final, que mañana se contarán cosas bien distintas en Toro y Segovia, y el romance que llegue a Sevilla poco tendrá que ver con los hechos... Isabel de Inglaterra pedirá detalles menudos y... —Eché el cuerpo hacia delante y se lamentó—: Wentworth ya no podrá volver, y algunos de sus peones, los luteranos, me temo que acaben...»

El pensamiento se le desvaneció.

—Algunos de los presos serán buenos galeotes —se oyó por detrás del portugués.

—Esos remeros no costarán mucho al rey.

—Buena forma de hacer navegar nuestras galeras, a brazo de hereje.

Unos cuantos se sonrieron mientras el lector seguía con la sentencia:

—Este miserable reo dijo también que de Lutero tenía grande estimación y era santísimo, que se puso a todos los trabajos del mundo por decir la verdad; que no había más de dos sacramentos, el bautismo y la comunión; que en esto de la comunión no estaba Cristo del arte que acá tenían, porque no estaba Dios atado que después de consagrado no pudiese salir de allí; que idolatraban adorándole, porque no adoraban sino al pan; y que adorar el crucifijo era idolatría...

«Ese Mateo Vázquez me ha declarado la guerra —cavilaba Pérez—. Esa serpiente que va diciendo por ahí que los hombres se quieren volver demonios no cesa de atacarme usando a sus amigos y en particular a *los hermanos gobernadores del mundo y vidas, a los Toledo...* Y pensar que en tiempos estuvo en nuestro partido de los Éboli, si llegó a ser arcediano de la colegiata de Pastrana. Pero luego..., luego el rey lo llamó a su lado y se convirtió en su archisecretario».

—Y este miserable reo dijo también que después de venido Cristo y hecha la Redención nos había librado de toda servidumbre, de ayunar y hacer voto de castidad y otras obras por obligación; que las religiosas

hacían mil sacrilegios en los conventos; que lo peor de todo era decir misa, porque sacrificaban a Cristo por dineros... —La granizada de acusaciones concluyó con la pena—: Relajado en persona.

OceanofPDF.com

MARGARITA DE ROJAS entreabrió la puerta de la habitación de Aveyro procurando no hacerla chirriar y lo distinguió en la penumbra de la amanecida que ya se anunciaba. «Parece una estatua yacente», se dijo con orgullo.

Se coló en el dormitorio, se acercó a la cabecera del lecho y venció el impulso que la inclinaba a abrazarlo, besarlo. Allí descansaba la imagen que le danzaba en la mente coloreada según sus gustos y necesidades.

Retrocedió, apoyó la espalda en la pared y trató de beberse lo que percibía con todos los sentidos. Cuando oyó pasos el cielo comenzaba a volverse blanco y evanescente.

Las pisadas se acercaron al dormitorio y pasaron de largo. Ella permaneció inmóvil hasta que decidió marcharse de puntillas. Lo hizo después de asomar la cabeza. En la penumbra del fondo del corredor le salió al encuentro su hermano.

—¿No descansáis, Margarita? —le preguntó con voz muy tierna.

Ella se sobresaltó al verlo, pero lo disimuló en tono regañón:

—Hay tanto que hacer...

—Puedo calentaros un poco de leche. En los fogones aún debe de haber rescoldo.

—Será mejor que volváis a la cama.

Diego descendió a la cocina. Margarita, envuelta en un manto, lo siguió. Se sentó a una mesa larga y dejó que le sirviese un cuenco humeante.

—¿Un poco de bizcocho? —preguntó él.

—No... Con algo caliente me basta.

Diego la observó con curiosidad:

—¿Por qué se va vuestro esposo con tantas prisas?

—Ya os lo dije ayer. Y si no, os lo digo ahora: hay que tejer muchas piezas de paño, ¡muchas!

—¡Vaya! —exclamó con ironía—. Cada vez será más y vivirá menos.

Margarita aprovechó que estaban a solas para decirle que iban a alojar a Aveyro en el pabellón de caza «y no debe saberlo nadie».

Cuando su hermana terminó de contarle los planes, o la parte que quiso, Diego observó:

—Espero que le guste jugar a los dados, que el hueso de muerto es buen compañero de encierros. —Se encogió de hombros—. Si no, echaremos alguna partida de treinta.

—¿Podéis ser cabal por una sola vez?

Se le quebraron las cejas.

Él puso gesto de exagerada dignidad y engoló la voz algo aflautada:

—Seréis servida como sin duda merecéis. —Le hizo un guiño y con cara de pillastre—: Supongo que entre mis obligaciones está la de cerrar los ojos en cuanto vos aparezcáis, ¿no?

Ella se sonrió:

—Nada de cerrarlos, Diego. Pondréis pies en polvorosa, que no quiero testigos.

—Somos socios desde hace mucho...

Dejó las palabras en el aire y se dispuso a avivar el fuego de la chimenea de la recocina con piñas y ramitas de pino; luego añadió un par de troncos de roble.

—Tenéis razón —suspiró ella—. Hemos pasado por tantas cosas... Nuestros padres nos dejaron mucha honra, pero ni un real.

Diego llenó otro cuenco de cerámica azul y blanca de Talavera y se puso a beber la leche como si fuesen a quitársela. Hizo una pausa y en tono histriónico:

—Pero el mal sueño ha acabado bien: la princesa ha encontrado su palacio y hasta tiene amores secretos con un caballero que quizá sea un cruzado.

Margarita le advirtió:

—Estas cosas no se dicen.

—Os las digo con voz de confesión y a solas, no temáis. —Le hizo un guiño—. Recordad que cuando ibais a bañaros al torrente, y jugabais a los

partos con la del molino, yo me quedaba de guardia y nunca os sorprendió nadie.

El rostro de la hermana mayor se arreboló un punto.

Diego se acercó a la lumbre, tostó pan y lo untó con ajo.

—¡Los ajos! —exclamó Margarita—. Mi marido dice que son buenos para el corazón y siempre me olvido de ponérselos en las provisiones de viaje. Al pobre hombre no le dejo comerlos cuando está en casa para que no apeste, pero cuando sale a los caminos..., ¡que disfrute!

—Quizá quiera tomarlos por ver si recupera lo que tiene que tener un varón.

Ella sonrió con tristeza, pero también con ironía:

—No es tan mala cosa acostarse con un hombre mayor, por lo menos duermes tranquila. —Frunció los labios—: Del lecho de un hombre no siempre te levantas satisfecha...

—¿Preferís la del molino a vuestro caballero portugués?

—No.

Y sin añadir una coma se puso en pie y salió de la cocina. «Una mujer nunca te decepciona ni te puede dejar preñada. En cambio yacer con un hombre puede ser un fastidio y encima una sentencia de muerte si el parto va mal... —pensaba mientras subía por la escalera, y se le iluminó el rostro—: Cristóbal es distinto: sabe siempre lo que hay que hacer y puedes abandonarte».

Cuando ya llegaba al dormitorio recordó los juegos del convento en que aprendió gramática y artes: «Si el Santo Oficio llega a enterarse de las curas que nos hacíamos detrás del altar, quizá Juana y yo hubiésemos acabado con el sambenito en un auto de fe».

Diego echó mano de un buen vino de Toro y se puso a devorar la tostada. No bien apareció una sirvienta de boca renegrada le cortó pernil.

Él vació la copa de un trago y se dijo: «Hay que celebrar la partida del marido de mi hermana... Cuando el gato se va, los ratones bailan».

La claridad cobre y carmesí del sol asomaba por detrás del monte de pino cuando José Cobos salió de la casa montado en un caballo con aire de rocín. Lo precedían un par de mulas con cofres, cajas, sombreros; detrás llevaba media docena de criados. El pañero tenía prisa por acercarse a

Segovia. «Tan pronto como se den cuenta de que el rey ha sido envenenado, van a cortar estos caminos».

OceanofPDF.com

EL HERMANO DE MARGARITA acompañó a Cristóbal Aveyro a las cuadras y le aconsejó con zumba:

—Si vais a hacer méritos a El Escorial, perderéis por lo menos vuestro tiempo. ¡No hay quien cobre las deudas!

«El segoviano les ha contado un bonito embuste... Bonito, y sobre todo convincente —se dijo el portugués—. Hasta ese sabe lo que cuesta que te pague Felipe el Moroso». Y suspiró:

—Hay que intentarlo. Es dinero de mi familia y eso es sagrado.

—Os deseo suerte en tan desigual batalla.

Aveyro se despidió con un:

—Estaré de regreso a mediodía. Esperadme en el camino, que quiero que me ayudéis a entrar en la casa sin que nadie me vea.

—Id con Dios y ¡paciencia!

El portugués espoleó su montura y pronto galopaba como si tratase de escapar del atentado que aún no se había cometido.

«¿Le habrá ocurrido algo al ciego? ¿Habrá sabido ocultar el anillo? —Se fue preguntando—. Sí. Sí, sí, sísisí... Lo harán bien, tienen razones de peso. La sobrina del ciego fue quemada viva por luterana... El sumiller de cava es hijo de uno de los jardineros flamencos que Felipe contrató para que le plantaran macizos de flores... ¡Vaya forma de introducir en la Corte espías que han recibido órdenes durante años del que ahora mismo está en Londres por si la cosa sale mal y...! —Puso la mirada en las alturas—. A Cobos no lo conocen, y a mí solo el ciego..., aunque con deje francés. La cosa parece segura. Sí, sísisí... El ciego es hombre en quien confía nuestro sumiller de cava, según el último aviso de Inglaterra. Todo saldrá bien, bien. Bienbienbien...»

Ya se encontraba cerca de El Escorial cuando oyó el tañido de campanas, «qué buena idea haber elegido el día de Pascua. Con lo que le

gustan a Felipe las iglesias y sacristías, debe de andar entre frailes... y sus devociones pueden hacer que se descuide».

«Prefiero el *anello della morte* a cualquier otro... Le das la mano a tu enemigo y, ¡zas!, una ligera punzada y adiós —se dijo al descabalar—. Pero no se puede usar contra un rey. No, nonono... Creo que nuestro plan es mejor».

Aguardó al ciego con impaciencia contenida. No tardó en ver cómo se acercaba guiándose con el bastón. Iba a recibir el pan de los ciegos que se daba a diario en El Escorial, y entre las ropas jubiladas escondía el anillo con el licor venenoso.

Aveyro le dio el santo y seña:

—Las cintas están tejidas.

El ciego se puso a palparle la mano, el brazo. Lo olisqueó.

—¿Qué haría más el mayor talento del mundo? —susurró por fin.

Se ocultaron en un recodo que quedaba al final de un callejón y Cristóbal Aveyro inquirió:

—¿Todo listo?

—El sumiller se mueve por El Escorial como pez en el agua. Vendrá a la capilla de los pobres mientras nos dan la comida y... —Se le acercó mucho—. Y le entregaré el anillo.

«¡Qué mal le huele el aliento!», pensó el portugués, y en una exclamación ahogada:

—Entonces, manos a la obra.

—Si el veneno es seguro, no escapará.

—Es licor de solimán y arsénico.

El ciego adelantó el cráneo pelado.

—Los médicos de cámara probarán la bebida antes que se sirva al rey, y luego el sumiller de cava dejará caer en su copa algo más que vino.

Hundió las manos en las ropas y acarició la esmeralda del anillo mientras inclinaba la cabeza hacia delante como si quisiera incrustarse la barba en el pecho.

«No haber visto nunca al verdugo de Felipe es lo más seguro para mí, pero no me gusta dejar tal cosa en manos de un desconocido..., aunque goce de buen nombre en Inglaterra. —Aveyro pensó en José Cobos—.

Comprendo que el pañero aceptase a regañadientes que le ocultara el nombre de...» Tomó al ciego por el hombro y dijo lo que creyó iba a enardecerlo:

—Hoy vamos a hacer justicia. Acordaos de los mártires de las hogueras de la Inquisición.

Acertaba. El rostro del ciego se contrajo y con voz rota:

—Aún oigo los gritos de la pobre niña. Me despiertan de noche... —Se interrumpió—. Decidme, ¿estáis también aquí para defender nuestra fe?

—El primer enemigo de nuestra fe es este rey que vais a ajusticiar.

«Si prefiere que yo sea luterano, que lo crea así —dijo para sí mismo—. No conviene turbarlo en estos momentos».

OceanofPDF.com

EL REY PERMANECÍA AÚN en el lecho y su hija continuaba pasándole cartas del duque de Alba que lo encendían, «ya me aconsejó Enrique VIII de Inglaterra que anduviese con el ojo muy abierto para prevenir las insubordinaciones que nacen de la insolencia de los Grandes de España... Me lo advirtió cuando yo era todavía príncipe... Enrique fue uno de mis grandes enemigos, pero del enemigo el consejo».

Había hecho varias anotaciones al margen de una larguísima carta que el duque le había enviado desde Viretón el 2 de enero de 1574, y antes de volver a tamizar los párrafos que juzgaba más reveladores se dijo: «Mi padre me advirtió de los peligros que representaban para la Corona los señores feudales..., y este Alba es el más pertinaz en aferrarse a sus antiguos privilegios y despreciar a los hombres que tienen que gobernar en el futuro por sus méritos y dominio de las letras y los negocios del Estado... Es muy triste, pero no solo los judíos y moriscos son enemigos de nuestra tan necesaria unidad, sino los nobles intransigentes, como este duque». Y leyó:

S. C. R. M.: Con un correo de mercaderes, que partió de Bruselas a los 7 del pasado, escribí a V. M. cómo había dejado el Gobierno de los Estados a los 29 de noviembre y que quedaba aderezado para partirme... —Se saltó varias líneas y se dijo «¡aquí!»—. Vine a Namur, donde me cargó una indisposición que me detuvo hasta el 27, que partí; voy mi camino, aunque muy despacio, porque ni en el tiempo, ni los caminos, ni la salud, me dan lugar a diligencia. —«Ya hace años que tiene la salud quebrada y..., pero su heredero Fadrique será peor que él: es arrogante, vanidoso y sin cultura... Su boda quizá sea el asunto que haya hecho pensar al duque en envenenarme». Leyó más abajo—:... he respondido a cuanto V. M. me ha mandado, excepto a lo del perdón general y Consejo de Troubles, que de ambas a dos cosas trataré en esta carta.

El rey pensó: «Antes de aconsejarme el perdón general se muere. Cuando se le mete una cosa en la cabeza tiene que realizarla. Si se ha empeñado en

llevar adelante el casamiento de su hijo Fadrique y me ve como un obstáculo para que su familia siga engrandeciéndose con esa boda, entonces...» Dio una palmada sobre la cama e Isabel Clara Eugenia le sonrió con aquella media sonrisa tan suya. Su majestad la miró encandilado y se saltó muchos párrafos hasta llegar a las líneas:

... que el perdón será de ningún efecto y que habrá V. M. hecho una obra tan grande, como es un perdón general, sin que de ello se saque ningún fruto para lo que se pretende, antes daño grande para poder venir a la quietud que V. M., muy razonablemente ha de desear, por no ver la destrucción de sus vasallos. —«Este Alba no perdona..., y encima cree conocer siempre mis pensamientos y deseos», pensó con el ceño fruncido—. El contentamiento que dicen dará en todos los Estados, yo no lo niego —«ni os importa», escupió—, sino que de diez partes de la gente de ellos a las nueve y media será contentamientos, porque desean desautorizar a V. M.; los que son herejes, por su herejía; los que no lo son, para tener a V. M. en tutela, que es lo que ellos pretenden.

Su majestad dejó la lectura y la infanta le preguntó:

—¿Iréis a comer con los frailes al refectorio?

—Claro que sí —afirmó procurando dar un toque animoso a la voz—. Los más viejos esperan deleitarse con los platos de nuestra mesa y bien lo merecen.

Pensó en los actos de piedad que se habían celebrado en El Escorial durante toda la semana y ahora vio en la imaginación a su esposa, «la reina, aunque muy preñada, celebró también este año el mandato y lavó los pies de doce personas el día de Jueves Santo en el capítulo principal que gracias a Nuestro Señor está terminado ya. Los doce apóstoles la ayudarán en el trance que se le avecina... Mientras yo lavaba los pies o otros doce en el capítulo de prestado no dejé de rogar por ello».

Antes de salir de sus aposentos el rey tomó la poción de hepática que le administró Pedro Muñoz, «¡qué sabor tan acre, qué olor más malo!»; puso a buen recaudo las cartas y billetes que tenía sobre el escritorio, un pergamino manuscrito con el *Traslado de la bula concedida por Gregorio XIII permitiendo tener y leer en el monasterio de San Lorenzo un Biblia en letra vulgar*; colocó en la estantería un libro encuadernado con piel, *Obras de música para tecla, arpa y vihuela de Antonio Cabezón, recopiladas y puestas en cifra por Hernando de Cabezón, su hijo*.

Y volvió al duque de Alba: «Es el mayordomo mayor de mi casa y hace y deshace... ¡Qué fácil le resultaría ordenar a uno, entre el millar largo de miembros de mi séquito, que me envenenara! Aunque elijo personalmente a todos ellos, es imposible saber si obedecen a otro señor».

Pasó al lado norte del *mango de la parrilla* de El Escorial, y llegó a las habitaciones de su esposa escoltado por los gentileshombres y un médico de cámara que lo aguardó fuera. La reina se encontraba en un sillón fraileroy tapizado de rojo en compañía de unas damas; los monteros le daban escolta.

«Está muy pálida, y ¡qué ojeras tiene! —Recordó la última misa que oyó con Isabel Valois mientras ella agonizaba, cómo la amortajaron vestida con el hábito de los franciscanos, y con alarma—: Eso ocurrió en el año 1568 y ahora estamos en el 78... ¿Me perseguirá el número ocho? Tendré que consultarlo en el *Picatrix*... —Apretó los dientes arrepentido—: No, ese y otros libros de magia no dicen la verdad... Aunque Herrera es un gran matemático y arquitecto, y sí cree en magia y astrología...»

Pidió que lo dejaran a solas con su mujer, y tiernamente:

—He pensado mucho en lo que se acerca, y estoy convencido de los méritos de parir acostada. Hay quien defiende el dar a luz en una de esas sillas hechas a propósito, pero no creo en tales artilugios. —Hablabay como un buen padre a la que no solo era su esposa y sobrina sino que en tiempos había pensado en casar con su propio hijo don Carlos—. Nací de parto complicado; mi madre sufrió mucho, más de doce horas de dolores, y os digo que el velo con que le taparon la cara la ayudó a vencer la prueba sin gritar delante del emperador y lo más granado de la nobleza.

La reina, Ana de Austria, lo escuchabay con los ojos muy abiertos y un rictus mitad de respeto, mitad de temor. Tenía la piel tan pálida que se le veían las venillas en sienes y párpados. El cabello recogido hacia atrás parecía más que rubio, descolorido.

—Se hará lo que dispongáis —dijo como si pronunciase «amén» y paseó la mirada por los árboles genealógicos de la casa reinante que adornaban las paredes junto a retratos del monarca y su familia.

Felipe observó el contenido de una canastilla y cogió a su cuarta esposa de la mano.

—La fruta puede daros ardores en el vientre. —Blandió el índice como si se refiriera a un asunto de Estado—: Ya sabéis de mi prevención contra fruta, verduras, pescado y esa mala costumbre de traer hielo de los pozos de la sierra del Guadarrama. Todas esas cosas son malas para la salud, y en vuestro estado...

El azul talaverano del alto zócalo daba irisaciones moradas a la piel de la reina. Las recomendaciones de galeno que estaba escuchando le hicieron acordarse de Isabel Clara Eugenia:

—Hoy la infanta ha vuelto a sangrar por la nariz, y me preocupa que le suceda con tanta frecuencia. No sé, no sé...

—No os preocupéis. Cuando le llegue la primera menstruación dejará de ocurrirle. —El rey alegró el gesto y anunció—: Me voy al refectorio de los frailes, que ya deben de esperarme para celebrar el almuerzo de Pascua. Esta tarde volveré a visitaros.

Dejó atrás los aposentos de la reina, la guardia de monteros, y se metió en un pasillo estrecho y curvo escoltado por gentileshombres de la casa. Allí volvió a asaltarle:

«Por la noche se cierran las puertas de El Escorial y la guardia de palacio entrega las llaves al mayordomo mayor que se convierte en quien decide si deben abrirse o no en caso de urgencia... Estamos en sus manos, en el fondo somos sus prisioneros. El mayordomo mayor no es otro que el duque de Alba..., y si quisiera matarme...»

El sumiller de cava había vertido ya el vino del rey en media docena de jarras de cerámica de Talavera adornadas con el león rampante. Estaban dispuestas en línea sobre la mesa prioral del refectorio de los frailes, «los médicos de cámara no tardarán en venir a probarlo».

Con la boca torcida aguardaba el momento de dejar caer el veneno en la copa de Felipe II. Apenas podía contener la impaciencia y de vez en cuando acariciaba el anillo de la esmeralda que escondía el licor de arsénico y solimán.

MIENTRAS GALOPABA de regreso a *La Serranía* Cristóbal Aveyro iba imaginando «lo que debe de ocurrir en El Escorial».

Las herraduras del caballo levantaban polvo y más polvo mientras dejaba atrás yermos, pedregales, secanos, masas de pino.

«Ahora el ciego debe de estar en la capilla de los pobres...» «Ahora debe de darle el anillo al sumiller». «¿Cómo debe de ser ese sumiller de cava?» «Si es hijo de un jardinero flamenco, debe de ser rubio... Con lo que gustan los cabellos claros en esta Corte, debe de tener la puerta abierta de los aposentos de más de una dama».

Cruzó un pinar y el aroma del bosque lo envolvió, «algún día viviré en el campo... En las tierras del título que quizá consiga con lo que está pasando ahora mismo». «El verdugo debe de tener ya el anillo..., no creo que lo del pan de los ciegos dure mucho». «¿En qué dedo se lo pondrá?» «Si es hombre de manos grandes, en el meñique... Pero, no. El sumiller de cava del rey debe de tener manos delicadas... Entonces, en el anular». «Y la esmeralda disimula muy bien la cavidad del veneno... Nadie lo notará. No, nonono...»

Un par de veces le pareció que lo seguían, pero no quiso creerlo, «deben de ser imaginaciones... Estoy muy excitado. Veo sombras donde no las hay... Nadie puede sospechar lo que está a punto de suceder. ¡Nadie!»

El regreso se le hizo más corto, y se cruzó solo con labradores. «Tengo que deshacerme del caballo —se dijo con pesadumbre—. ¡No hay más remedio! Si los mozos de las caballerizas lo ven en *La Serranía*, sospecharán y...»

Ahora en voz alta:

—Adiós, maniblanco, voy a echarte de menos.

Diego de Rojas lo esperaba tumbado junto al camino y, tan pronto como lo vio aproximarse, se levantó y le hizo señas.

—Parecéis alma que lleva el diablo —le gritó—. ¿Siempre galopáis de ese modo? Pobre bestia, si no puede casi respirar.

Aveyro lo miró con desdén. «¿Qué sabrá ese de caballos?» Sin apearse:

—A las monturas les pasa lo que a las personas: unas necesitan campo para correr y otras paja para holgar.

—¿En qué grupo me ponéis?

El portugués descabalgó y repuso:

—No os conozco lo suficiente. Vos sabréis qué hacéis y qué dejáis de hacer.

Diego entrecerró los ojos y fingió ponerse en trance de profunda meditación:

—De momento estoy pensando en cómo introducirlos en casa sin que nadie os huela. —Sonrió mostrándole todos los dientes, dientes marfileños—. En primer lugar dejaremos el caballo amarrado a un árbol.

Le señaló un pino grueso que se encontraba detrás de unos arbustos.

—¿Qué haréis con el animal?

—Mientras os guío hasta el pabellón de caza lo dejaremos descansar de la carrera, ¡que por poco revienta! Luego podemos venderlo... o pedir que nos lo guarden en algún lado mientras estáis en *La Serranía*... —En tono punzante—: También puedo decir que habéis sido devorado por los lobos y ha aparecido en el monte.

El portugués apretó los labios y dio un par de palmadas en las ancas de «mi maniblanco».

—Será mejor venderlo —decidió. «No quiero dejar cosas en el aire que luego puedan comprometerme»—. Procurad que lo compre quien sepa cuidarlo... y se lo lleve lejos.

Dieron un rodeo y se colaron en *La Serranía* por unas cuadras que no se usaban. Fueron pasando de un cuerpo a otro hasta que entraron por la puerta falsa en uno de muros de piedra y gran salón guarnecido con cabezas de jabalíes, venados, águilas.

Se encerraron allí y Diego mostró al portugués los dormitorios:

—El mejor es para vos. —En tono picante—: Que necesitaréis más cama.

—Algún día os cortarán la lengua —repuso con buen humor.

—No hace falta. Sabe el trivium y quatrivium, y nunca dice lo que no debe.

Ardía un fuego brioso en el hogar.

—Veo la mano de vuestra hermana —dijo el portugués.

—En su casa encontraréis las chimeneas encendidas hasta bien entrada la primavera.

—Su marido debe de ser afortunado.

—Dios da nueces a quien no tiene dientes —repuso con amargura y abrió las puertas de un armario mudéjar de celosías—. Margarita ha hecho construir este cuerpo para venirse a leer a solas.

Los trofeos de caza sirven solo para dar nombre al pabellón.

—¿Qué lee ahora? —inquirió el portugués.

Diego señaló las estanterías.

—Ved sus libros. —Fue tomando los volúmenes—: El *Amadís de Gaula*, el *Palmerín de Oliva*...

—Veo que le siguen gustando las historias de caballeros heroicos con virtudes de otras épocas.

—En los libros de caballerías también hay sentimientos y amor lascivo.

—Y encantamientos y gigantes...

—Teresa de Ávila los lee.

—Entonces...

Aveyro se encogió de hombros, siguió curioseando y se puso a hojear un volumen muy gastado.

—Lo ha leído no sé cuántas veces —aseguró Diego de Rojas.

—Es harina de otro costal —dijo Aveyro—. Es mi libro favorito. Aunque nací en Coimbra, mi abuela era de Alba de Tormes y he encontrado ahí tantas de las cosas que me contaba. —Se vio a sí mismo en brazos de aquella mujer de piel de melocotón, y con ternura—: Ella nunca me mintió.

Tenía en las manos un ejemplar de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* impreso en Burgos por Juan de Junta en el año 1554.

—Pues yo me quedo con los de mucha fantasía: los pastoriles, el *Amadís*...

—Prefiero el estilo grosero y las cosas de veras.

El hermano de Margarita se sentó ante la lumbre y el resplandor de las llamas le acentuó el rostro descarnado, la nuez prominente.

—¿Sabéis que Juan de Valdés afirmó haber leído todos los libros de caballerías?

El portugués echó un tronco al fuego y ahora la claridad le dio en la barba oscura y recortada:

—Solo me importa lo que leo yo y lo que me gusta a mí. Lo que hagan los demás, para ellos.

—Allá vos.

Aveyro volvió a examinar los volúmenes del armario y fue apartando títulos hasta que exclamó:

—¡Vaya!, la *Tragicomedia de Calisto y Melibea y de la puta vieja Celestina...*, la edición de Sevilla. —Devolvió el libro a su sitio—. Estos días va a sobrarme tiempo. Podré leer, podré reflexionar...

«Ya falta poco para que el sumiller ponga el veneno en el vino del rey... Ya falta poco para que el mundo cambie».

La expresión de Aveyro se crispó y las venillas de las sienes se le hicieron más azules.

Los ojos se le quedaron inmóviles, iris y retina se confundían en un solo disco bruno.

Diego señaló una arca de herrajes dorados.

—Ahí tenéis algo de comida y buen vino para entreteneros.

El portugués seguía pensando en El Escorial y en el anillo de la esmeralda, y apenas si lo escuchó. Permaneció en silencio unos minutos y luego quiso huir de sus cavilaciones.

—¿Dónde soléis vivir? —le preguntó como si no lo supiese.

—En casa de mi hermana... Bueno, de Margarita y Cobos. Vivimos en Segovia y pasamos temporadas aquí, en *La Serranía*. —Hizo chasquear la lengua—. Aunque suelo escaparme a Madrid... Me encantan las calles llenas de vendedoras de naranjas, rosquillas... De andorras y lechuzas de medio ojo. ¿Conocéis los burdeles de la calle de la Primavera?

—Mal lugar es ese. Si no andáis con mucho tiento, podéis perder algo más que vuestros maravedises, y encima pueden pegaros el mal francés.

Diego se acercó a la puerta falsa.

—Hablando de perder... Voy por vuestro caballo, que lo hemos dejado cerca del camino y alguien puede llevárselo.

—¿Cuándo pensáis venderlo?

—Esta misma tarde. Hay una casa de postas a no mucha distancia de aquí.

Tan pronto como el judío portugués se quedó solo, los pensamientos se le insubordinaron. Se sentó, se puso en pie, se sentó de nuevo. La pierna izquierda le bailaba con un tembleque furioso.

Ahora cruzaba el salón: «Mis abuelos salieron a escape de Castilla tras las quemas de conversos... Familias enteras murieron en la pira... Torquemada fue un monstruo, Diego de Deza siguió sus pasos... ¡Cuánta crueldad...! ¡Cuánta estupidez! Al expulsarnos, al obligarnos a huir de una Inquisición recelosa de nuestras conversiones, se quedaron sin mercaderes, sastres, médicos, especieros, sederos...»

Le vino a la mente el texto de las *Instrucciones* de Torquemada para los condenados por el Santo Oficio:

... los hijos y nietos de tales condenados no tengan ni usen oficios públicos, ni oficios, ni honras, ni sean promovidos a sacras órdenes, ni sean Juezes, Alcaldes, Alcaides, Alguaciles, Regidores, Mercaderes, ni Notarios, Escrivanos públicos, ni Abogados, Procuradores, Secretarios, Contadores, Chancilleres, Tesoreros, Médicos, Cirujanos, Sangradores, Boticarios, ni Corredores, Cambiadores, Fieles, Cogedores, ni Arrendadores de rentas algunas...

Los judeoconversos se sabían aquellas líneas del documento publicado en Sevilla hacía casi un siglo como si fuesen las peores maldiciones. Aveyro apoyó una mano en la pared: «¡Qué fría está la piedra...! —Se puso a mordisquearse el labio inferior—: Mis hermanos se van de este reino no solo con sus oficios sino con el secreto de las cureñas de la artillería de campaña... En cambio, Venecia nos acoge y allí vestimos como los cristianos, llevamos el sombrero púrpura. Y Venecia se enriquece gracias a nuestros negocios, gracias a gentes como los *Diego Rodrighes* y *Rui Loppes*, a los que están empezando a comerciar con el azúcar...»

Pronto volvió al atentado, «ahora Felipe debe de estar a punto de comer...» «¿Habría comenzado ya?» «¿Tendrá el vino envenenado en la mesa?» «¿Cómo será su copa?» «¿Qué estará haciendo el sumiller?» «¿Se

pondrá amarillo?» «¿Verde?» «¿Habrá notado alguien que ha añadido veneno al vino? Al vino, vinovinovi...»

Abrió el arca bruscamente y llenó la copa hasta el borde con un caldo de Madrigal. Bebió y bebió. «Si esto sale bien, conseguiré un título nobiliario..., quizá de Castilla. El sueño de mis padres, de mis abuelos; el sueño de mi esposa. Aunque si no es cierto que Isabel de Inglaterra vaya a casarse con don Juan de Austria, ¡qué difícil será conseguirlo!»

La imagen del ciego le irrumpió en la mente, «del mismo modo que he enardecido a ese pobre hombre con el recuerdo de su sobrina en la hoguera... Del mismo modo que le he hecho creer que somos correligionarios, pueden haberme soltado lo de la boda inglesa de don Juan solo para ponerme en la boca la golosina de mi futuro título castellano... Para enardecirme también y asegurar el buen éxito del atentado... ¡Solo para eso!»

Cristóbal Aveyro se dejó caer sobre un escaño de roble con tallas platerescas que se apoyaba en la pared, junto a la chimenea. «El mismísimo Fernando el Católico descendía por el lado materno de la familia Henríquez, familia de hebreos... —Plegó las comisuras de los labios como si pensase “qué extraña es la vida”—. ¡Cuánta nobleza de Aragón y Castilla lleva nuestra sangre! ¿Entonces...?»

El vino le encendía los pómulos. «En cuanto han llegado tiempos de escasez, hemos sido siempre el chivo expiatorio. Pasó en Inglaterra hace tres siglos, en Francia y Alemania hace dos, aquí en época de los Reyes Católicos...»

Margarita se introdujo en el pabellón sin hacer ruido y lo encontró con la frente apoyada en las manos.

—¿Estáis a gusto? —quiso saber.

—Se está bien en vuestros dominios, y el fuego invita a pensar en muchas cosas.

—¿Os ha sido de provecho acercaros a El Escorial?

—El tiempo lo dirá.

—El tiempo, el tiempo... Todo se eterniza en esta Corte.

—Habláis como vuestro esposo.

Con tono de reproche:

—Hace mucho que no os veo.

—Mi oficio de mercader me lleva de una parte a otra.

—Somos tan distintos... He echado tantas raíces que he crecido hacia adentro. —Y prosiguió para sí misma: «Solo puedo hablar a mis anchas con Diego..., y no siempre y no de todo». Se acarició el cabello peinado hacia atrás—: ¿Tardará en regresar mi hermano?

—No creo.

—Me ha dicho esta mañana que iba a ocuparse de vuestra montura.

—Eso está haciendo.

Margarita bajó la cabeza una chispa y se le nubló la mirada:

—Me quiere mucho, pero no hay quien le haga emprender negocios de provecho.

—¿Por qué no ayuda a vuestro marido en lo de los paños?

—No confían el uno en el otro..., y a Diego le gusta entrar y salir a su aire sin tener que hacer cada día lo mismo. Es devoto de San Trago. Le tiran mucho las tabernas y las mujeres que también adornan sus puertas con ramos.

«¿Habrá bebido ya el vino? ¿Habrá muerto el rey...? ¿Se habrán dado cuenta del bocado? —se preguntaba Aveyro una y otra vez—. ¿Cuándo dirán que el rey ha muerto? ¿Descubrirán que ha sido envenenado? ¿Torturarán al sumiller? ¿Y al ciego? ¿Qué confesarán en el tormento...? Nunca se sabe si hay algo que... Aunque, ¡no! El ciego me cree un luterano francés y el sumiller y sus amigos no me conocen. Pero...»

Rompió a trasudar y Margarita lo observó con inquietud, «¡qué raro! Nunca lo había visto así». Ella, como si no se diese cuenta de nada, dijo:

—Debéis de andar hambriento. Voy a pedir a los criados que me pongan la mesa aquí. Ocultaos en el dormitorio.

Y salió acariciando una cajita redonda de plata que llevaba colgada del cuello.

El portugués sonrió al ver el gesto, pero en seguida se enredó en la maraña de sus pensamientos de tornillo, «voy a enviar al hermano de Margarita a El Escorial con cualquier excusa para ver si se entera de algo... Cobos tardará aún en poder mandarme algún aviso».

Antes de encerrarse en el dormitorio echó mano de *La vida de Lazarillo de Tormes*. Se hundió en la cama sin quitarse las botas y abrió el libro por una página cualquiera:

—Mirá, si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar; mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí; y me hace Dios con ella mil mercedes...

Lo dejó en la mesilla de noche y notó un sabor metálico en la lengua, «si Cobos descubriese que su mujer y yo...» «¿Cuándo me llegará su aviso de lo ocurrido en El Escorial...?» «Quizá podría yo tratar de hablar con quien se mueve en los círculos del rey y luego nos avisa de todo, pero...» «Pero, ¡no! ¡Qué locura! Precisamente ahora me conviene estar lejos de quien nos ha dado la mejor información que hemos tenido jamás...» «Si, como espero, el rey muere, será muy peligroso acercarme a uno de los grandes personajes de la Corte... Está infestada de espías: espías de Venecia, de Su Santidad, de Orange, de los partidos que se reparten el poder en este reino...»

Volvió a abrir el libro. Tenía el estómago vacío y se fijó en las líneas:

Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran; que me parece a mí que, aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.

Solamente había una horca de cebollas...

La ristra de cebollas lo llevó al aliento del ciego, «¡apesta!», y se lo imaginó desnudo y torturado por el Santo Oficio: «¿Qué le obligarán a confesar en el potro a la primera vuelta de cuerdas?, ¿a la segunda?, ¿a la tercera...?» «¿Y si conoce a alguno de los luteranos de nuestra red?» «Por ahí podrían llegar a descubrirnos...»

El dormitorio tenía balcón con barandilla de forja y Aveyro, sin moverse de la cama, observó la fábrica de *La Serranía*, «¡qué diferencia entre los muros de piedra de los nuevos pabellones y las paredes mal alineadas de su noble y arruinada familia!»

El portugués se quedó inmóvil con los ojos clavados en el techo: «Si el potro, la toca y la garrucha hacen que el ciego o el sumiller confiesen algo que pueda comprometerlos, aunque no se me ocurre qué... Una vez muerto el Demonio de Mediodía, a la reina de Inglaterra le parecerá precio muy bajo perder al pañero y quizá la pobre Margarita, que la Inquisición suele condenar a familias enteras... En la de Luis Vives murieron quemados su abuelo materno, dos tíos-abuelos, su padre, dos tíos, dos primos...»

Elevó las piernas, se dio impulso y se puso en pie de un salto: «Si muere Felipe, ¿qué le importará a Inglaterra que yo acabe en...?»

Oyó ruido en el salón, «deben de ser los criados con mesa y viandas».

Mientras los médicos de cámara probaban el vino, el prior recibía al rey en la sala de la Trinidad y lo conducía hasta el patio cubierto, al lado mismo del refectorio de los frailes.

Las palabras de Felipe apenas se elevaban por sobre el rumor del agua de la fuente de jaspe rojizo cuando aparecieron los príncipes de Alemania con sirvientes que llevaban los regalos para los clérigos.

Su majestad cruzó la puerta de nogal y entró en la gran sala de bóveda y paredes enlucidas de blanco con mesas alargadas junto a los frisos de cerámica de Talavera que hacían las veces de respaldo de los bancos.

En el refectorio bullía un tutilimundi de frailes, gentileshombres de la casa y servidores listos para cumplir con sus obligaciones de ujier de la sala de la vianda, cerveceros, valet servant, sausier, sumiller de panetería. El sumiller de cava andaba al acecho, «ya se acerca el momento».

Felipe II distinguió entre los monjes a fray José de Sigüenza y se dirigió a él con mucha consideración:

—¿Cómo anda vuestro libro de *La fundación del Monasterio de El Escorial*?

—Por el discurso undécimo, majestad.

Era hombre de rostro huesudo y mirada interrogativa. De los que tienen el ¿porqué? a flor de labios.

—¿Vais contando cómo avanza la fábrica de la iglesia?

—He escrito sobre los andamios y tablados que se apoyan en grúas montadas sobre otras de dos ruedas para llegar más alto.

El cronista del monasterio y de la Orden Jerónima se extendió en detalles menudos sobre dichos y hechos de albañiles, pizarreros, herreros, bordadores.

El rey lo escuchaba como si estuviese recibiendo el parte de un asunto de Estado.

El sumiller de cava pensó una vez más en cada uno de los actos que «me tienen que llevar a ajusticiar a la Araña Negra».

Antes de dirigirse a la mesa prioral, su majestad recomendó:

—Fray José, tened buen cuidado en describir los particulares adornos de la fábrica, que a veces estas cosas dicen mucho de nuestras intenciones y conviene que todos las entiendan.

El sumiller de cava notó una extraña paz no bien el rey se encaminó hacia el extremo de la mesa prioral en que se encontraba. Su majestad le sonrió levemente al pasar a su lado, «¡qué rubio es este muchacho que cuida de mis vinos! Cada día se parece más a su padre, uno de los mejores jardineros que jamás he tenido... Por fin disfrutamos de cuadros y flores en los jardines de los palacios de este reino».

Felipe hizo sentar a su derecha a los dos príncipes y se puso a contemplar el refectorio con deleite. Aquella era su obra, allí no había intervenido ni el genio de su padre, el emperador; ni los éxitos de armas de su hermanastro, Juan de Austria; ni la mano de hierro de Alba. Al evocar el nombre del duque notó un poco de zozobra, pero recuperó el sosiego tras recorrer con la mirada los púlpitos de piedra berroqueña, lunetos, fajas resaltadas. Cerró los ojos e imaginó su obra concluida y a vista de pájaro. Se fue elevando y en su reinado quedaba impresa aquella gigantesca parrilla, «torres, patios, crujías y chapiteles forman el instrumento con que fue martirizado san Lorenzo».

Comenzaron a servir manjares en la vajilla que solía usar la comunidad. Jarras, platos y cuencos llevaban el león rampante, y al rey le pusieron los del prior.

Por orden de su majestad, muchos de los guisos fueron enviados a los monjes que los esperaban relamiéndose en sus mesas de tablas de nogal

apoyadas sobre columnas de piedra. El ir y venir de los servidores daba al refectorio un aire escénico.

El sumiller de cava, con los ojos inmóviles, aprovechó el momento de confusión —cosa difícil de ver en los banquetes de aquella Corte— y se acercó a su majestad para escanciarle vino de Medina del Campo. A fin de conseguir los instantes de distracción que necesitaba, el espía dejó caer unas gotitas por la parte exterior de la copa.

Se comió unas palabras de excusa y se apresuró a tomar un paño blanco. Mientras limpiaba el cristal con una mano, escondía que con la otra estaba vertiendo el licor de arsénico y solimán.

—Su majestad tenga a bien perdonar mi torpeza —rogó de nuevo.

Felipe ni se fijó en la maniobra del sumiller de cava; estaba pendiente de «las caras de satisfacción de mis buenos frailes, han andado con tanta diligencia en todos los oficios divinos de esta Semana Santa».

El rey no quería comer casi nada. «Entre los calambres que he tenido en el vientre y los remedios de los galenos...» Pero pensó que un poco de vino le sentaría bien. Tomó la copa y se la llevó a los labios.

OceanofPDF.com

TRAS UNOS MINUTOS de silencio se oyeron pasos menudos y se abrió la puerta del dormitorio en que se ocultaba Cristóbal Aveyro.

Era Margarita. Llevaba su mejor vestido, el de terciopelo liso y carmesí. Las hombreras y el verdugado en forma de embudo que le ahuecaba la falda larga hacían que el talle pareciese demasiado estrecho, irreal. El sombrero albanés le cubría el moño en que se le torcía el cabello.

—La mesa está puesta —anunció—. No me gusta almorzar sin Diego el día de Pascua, pero se está retrasando y los guisos van a enfriarse...

El portugués perdió el apetito tan pronto como se llevó la comida a la boca. Solo tomó un poco de lechal.

—Me recuerda nuestra Pascua del cordero, la celebramos el 14 de marzo.

Aunque habían servido varios asados, ella comió del mismo plato que su huésped y bebió también Madrigal aunque a sorbitos.

—Celebráis la huida de Egipto, ¿verdad?

—La comida que la antecedió —repuso Aveyro con palabras huecas.

Estaba en otra parte. «¿Habrán cortado los caminos?» «¿Es por eso que no puede regresar el hermano de Margarita?» «Si han descubierto que el rey ha sido envenenado..., ¿acusarán al pobre Diego de algo?» «No, ¡no! ¡Qué tontería! No van a acusar al primero que encuentren».

Ella se pasó los dedos por el canto del ala plana del sombrero:

—¿Practicáis todavía vuestras viejas costumbres?

Aveyro trató de pronunciar con zumba:

—¿Sois un inquisidor?

Pero le salió un exabrupto.

Ella, que lo notaba muy excitado, respondió algo dolida:

—Ya no sé qué soy.

El portugués endulzó el tono, y como si le contase un cuento:

—Mis abuelos tuvieron que convertirse, pero continuaron practicando en secreto nuestra religión, y no les fue fácil. Los inquisidores cazaban a quienes no comían carne de cerdo, a quienes cambiaban las sábanas y se mudaban de ropa en sábado; y los torturaban hasta que... —Balbució—: Por eso huyeron a Coimbra. Una hermana de mi abuelo fue torturada porque la sorprendieron lavando un cadáver.

Ella, mirándole sin verle, soltó:

—Nos conocemos desde hace cuatro años y nos hemos visto cinco veces.

—¿Y bien? —preguntó él, «¿qué queréis decirme, ahora?»

—Nunca me habíais contado tales cosas.

—Quizá sea porque celebráis vuestra Pascua y estamos comiendo lechal.

—Hoy os consume una angustia que no acierto a adivinar.

—Los sufrimientos de mis antepasados me encienden. —Y trató de tapar lo que lo obsesionaba con otros asuntos—: Muchos conversos siguieron quitando la grasa de la carne...

—¿Está a vuestro gusto? —preguntó ella señalando el plato.

—Muy bien —respondió por cortesía—. No os preocupéis por mí, no soy un estricto cumplidor de reglas. Pero los conversos que ponían un mantel blanco el Sabbath, mantenían la luz apagada desde la víspera; los que continuaban recitando los Salmos de David...

Se abrió la puerta y entró Diego.

—¡Qué bien se está aquí! —Lanzó la gorra milanese por los aires y fue a caer sobre un bargueño de tradición gótica—. El viento corta. Este año la primavera se hace esperar.

—Llegáis muy tarde —dijo Margarita con aspereza.

—He tenido que hablar mucho para cerrar un buen trato con esos rufianes de la casa de postas, y traigo el gaznate seco. —Se sirvió vino y bebió un buen trago—. Esta leche es una delicia. ¡Pura delicia!

—¿Cómo están los caminos? —preguntó el portugués casi sin mover los labios.

—Acabo de hacer un buen negocio con vuestro caballo y ¿me preguntáis por los caminos?

—¿Qué negocio ha sido ese? —inquirió ella con desconfianza.

—Lo he cambiado por la mejor yegua que habéis visto en la vida.

—¡¿Cómo estaban los caminos?! —exclamó Aveyro.

—Llenos de polvo y guijarros.

El portugués respiró hondo, y dijo:

—Estábamos inquietos. Hoy día pasan tantas cosas... ¡Nunca se sabe!

Diego se sirvió más vino y se sentó en el escaño de roble, muy cerca de la lumbre. Tomó una pechuga de pollo castrado y bien cebado, y con la boca llena:

—Prefiero el capón de leche al lechal.

—¿No habéis visto nada que os haya extrañado? —insistió Aveyro tentándose los labios.

—¿Me tenía que extrañar algo?

—¿Había tropas? ¿Gentes armadas?

—Nada de eso. Los héroes y dragones no han llegado aún. —Vació la copa y sonrió—: Quizá mañana.

«No se habrán dado cuenta de que el rey ha muerto de un bocado —se dijo el portugués—. Quizá esté agonizando. Quizá los médicos de cámara crean que sufre un cólico. Es lo que debería pasar si todo sale bien, aunque...»

Como acostumbraba, Margarita había hecho poner la mesa delante del fuego con mantel de hilo crudo y las viandas en fuentes. Su hermano dio buena cuenta de la pechuga y se sirvió una ubre de ternera asada.

—Tengo más hambre que vosotros dos juntos —aseguró con entusiasmo.

«No. No es buena idea enviar a ese majadero a curiosear a El Escorial —se dijo el portugués—. No se dará cuenta de nada y puede comprometerme... No, ¡no! Tendré que esperar a que me llegue el aviso de Cobos. Pero ¿cuándo?»

—¿No coméis nada más? —le preguntó Diego.

Negó con la vista, «quizá mañana me llegue el aviso. El pañero sabe hacer las cosas y los hombres de su red se enterarán en seguida de la muerte del rey».

Diego comió de prisa y pronto se levantó llevándose una torta de hojaldre:

—Esta ginebrada me la comeré para merendar. —Se agenció también un buen vino de Yepes y con picardía—: Ya me voy... Ya me voy, que tengo empresas de provecho que atender.

«¿Y si pidiese a Margarita que se llegase a El Escorial con cualquier excusa? —se preguntó Aveyro no bien se quedaron solos—. Pero... ¿con qué excusa? No es fácil. ¡Qué va! Y Cobos podría enfurecerse. No, no es buena idea...»

El olor almizclado de la piel de ella reforzaba el de la esencia de rosas con que se había perfumado y le daba mayor sensualidad. Acercó su sillón de jamuga al del portugués y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Nunca habláis de vuestra esposa —susurró.

—Forma parte de una de mis vidas, la de Amberes.

—¿Están bien vuestros hijos?

—Crecen demasiado de prisa. Cada vez que vuelvo a casa me parecen distintos. Paso gran parte de mi tiempo embarcado o en los caminos; a veces creo que mi oficio es el más ruin.

—Yo nunca podré tenerlos. Trato a Diego como si lo fuera, y eso debe de perjudicarlo. Es un niño grande y mal criado.

—Os doy la razón —dijo sin aclarar si se refería a lo de tener hijos, lo de su hermano, o las dos cosas.

—Ella es castellana, ¿verdad?

—Sí. Ya os lo he contado más de una vez.

—Os veo muy..., muy inquieto, y pienso que la razón quizá esté en vuestra familia.

Él hizo oídos sordos.

—Creo que ya os he hablado alguna vez de la época en que la conocí en Italia, pero... —Se encogió de hombros—. Era la hija mayor de uno de los letrados castellanos que estaban en el reino de Nápoles haciendo méritos para ganarse un puesto en Sevilla y más tarde pasar a Valladolid, la antesala de la gloria de los funcionarios. Sus padres tenían en mucho la limpieza de sangre y al principio se resistieron a una boda que, según decían, iba a

arruinarles la carrera, pero luego comprendieron que el oro también da calidad y ahora viven como príncipes en mi casa de Amberes.

—¡Italia! —exclamó como si pronunciase un nombre sagrado—. Italia..., ¿por qué os marchasteis de allí?

—Soy uno más de una familia de mercaderes, y voy a donde conviene...

«En aquella época me gané la confianza de la red de inteligencia de Isabel de Inglaterra, y los míos comenzaron a lograr contratos de suministro a marina y ejército —se dijo—, amén de ventajas con los impuestos... Pero nunca, ¡nunca!, hemos conseguido entrar en la nobleza. No soy ni siquiera hidalgo. Aunque..., si ha tenido éxito el atentado de El Escorial, quizá esté en capilla de convertirme en uno de los nobles de...»

Ella seguía jugueteando con el sombrero, ahora con las plumas del adorno de atrás.

—Pero... os encanta Italia, ¿no?

—Me gusta mucho, y es tierra segura para los de mi sangre. —Frunció los labios—. Italia y Alemania tienen para nosotros la ventaja de andar muy divididas, y eso nos conviene: si hay un desastre en Génova y se nos expulsa como culpables de la desgracia, Milán o Verona nos acogerán...

—¿Le gusta Amberes a vuestra esposa?

—Prefiere el Mediodía. —El gesto se le ablandó—. Puede que acabemos en Italia. El negocio de la pimienta que va hacia allí se está haciendo muy grande... y también el del azúcar. Aunque...

Se interrumpió y para sí mismo: «Si don Juan de Austria se casa con Isabel de Inglaterra, quizá nos establezcamos en Nápoles... O incluso más cerca de esta Corte, si nos dan un título castellano. —Adelantó la barbilla—. La boda inglesa puede celebrarse. Sí, ¡puede celebrarse!, aunque el pañero le vea tantas pegas... Ese le saca defectos a todo».

—Os encontráis junto a mí, pero estáis ausente —afirmó ella algo decepcionada y separó su sillón.

—Estas cosas obligan a discurrir —repuso él en tono de excusa y se apresuró a tomar el hilo de lo que estaba diciendo—: ¿Sabéis qué es la *ropa de judíos*?

—No creo..., ¡no!

—Es el nombre que dan los piratas españoles y malteses a los botines que consiguen abordando a las naves que transportan nuestras mercancías. —Extendió las manos—. Como veis, nos atacan incluso en la mar, y ese es el lado malo del comercio hacia Italia.

—Es indigno —afirmó Margarita.

Cuando se excitaba parecía que la nariz se le afilase.

—Es nuestro sino.

—¿Hay que andar siempre cazando a judíos o moriscos?

—O brujas..., como se hace en otros reinos. —La apuntó con el dedo—. Es la forma que tienen nuestros príncipes de gobernar: creando el terror colectivo desde el Estado para conseguir la ciega obediencia que solo puede darse bajo el imperio del miedo; no se trata solo de castigar en los autos de fe, hay que hacerlo de un modo que asuste y haga que lo visto corra y se hinche.

—¿No hay solución?

Él negó con la cabeza, «si ha muerto Felipe, quizá podamos llegar a un acuerdo con los rebeldes flamencos y aliarnos para comerciar por todo el Mediterráneo». Y preguntó:

—¿Qué se os ocurre?

Ella hizo un mohín, se desabrochó la cadena de la cajita de plata que llevaba colgada del cuello y la dejó en la mesa. Luego se sentó sobre una alfombra.

—¿Sabéis que vais vestido como los graves personajes que rodean al rey?... —Le fue señalando prendas—. Ese sombrero de tronco de cono de fieltro negro, ese jubón negro, ese calzón... negro. —Se echó a reír a carcajadas y le rozó el apéndice que había sustituido a la bragueta en los usos y costumbres de aquellos años—. Esa pancera tan abultada y rellena de estopa o algo mejor...

—¡De las mejores criadillas! —se oyó desde la puerta falsa. Era Diego y apareció con un cesto de fruta—: He pensado que tendríais sed, y ¿qué mejor que una buena manzana?

Cristóbal Aveyro se levantó y fue a su encuentro.

—¡Sois un truhán! Estabais mirándonos, ¿verdad?

Margarita vio el brillo amenazador de los ojos del portugués y ordenó:

—¡Dejadlo! No tiene malicia.

Aveyro se detuvo.

—La vida os dará la estocada que tendríais que recibir ahora mismo. —
Tocó el puño de la daga que llevaba al cinto, y se dirigió a Margarita—:
Taparle los yerros no va a ayudarlo.

Ella atravesó a su hermano con la mirada y Diego se marchó tras decir:

—Me pasa por ser demasiado obsequioso con unos desagradecidos
como vosotros...

No bien se quedaron a solas, Aveyro escupió:

—Cualquier día os dará un disgusto.

Ella con los ojos entornados:

—¿Qué le reprocháis? ¿Que me quiera como un loco? ¿Que sea capaz
de decirme cuanto le cruza por la mente...? Es algo que no podéis
comprender, ¿verdad?

—Vais a hacer de él un majadero.

—Y vos, ¿qué sois? —Parpadeó varias veces y se respondió: «Uno que
va vestido como la tropa de aduladores de su peor enemigo: el rey que
mandaría a todos los hebreos a la hoguera». Lo miró con furia—. No vais
vestido de verde como en la Corte francesa, ni con el traje de papagayo de
los soldados, ¡no! Vais a usanza de los cuervos de El Escorial.

—Suelo entrar en las modas del lugar en que me encuentro.

Mentía, llevaba siempre las ropas enlutadas de los caballeros de la Corte
de Felipe II.

Margarita se comió una manzana y luego se puso delante del espejo que
se escondía en el interior de un escritorio italiano de tallas renacentistas.
Fue extrayendo afeites de los cajones y dándose cera en los labios, julepe en
manos y cuello, polvos de Guadix en las mejillas.

Se quitó el sombrero, se soltó la melena que llevaba recogida con cintas
y pequeños ganchos. Luego se acercó a la mesa y abrió la cajita de plata.

En el interior había una vejiga de carnero enrollada con mucho cuidado.

—Tenemos que ayudar a la naturaleza para que se cumpla mi destino de
madre sin hijos —declaró como si aquellas palabras abriesen un rito tantas
veces reformado en sus soledades.

EL REY IBA YA A BEBER el vino envenenado cuando notó una sombra de calambre en el vientre, y se dijo: «Mejor será no tomar nada, que no quiero sufrir otra vez esos acometimientos tan dolorosos».

El sumiller de cava no perdía de vista la copa de su majestad y pensaba «bebe, bebe, Felipe. ¡Bebe de una vez!», pero no solo no lo hizo sino que ordenó con un gesto a uno de los criados que la retirase, «la mejor manera de no caer en la tentación es mantenerla a distancia».

Mientras se la llevaban parecía que los ojos del sumiller fueran a salirse de las órbitas, «si me muevo de la mesa del rey pueden llegar a sospechar, pero si alguno de los galopines de la cocina se bebe ese vino... —Estuvo a punto de ausentarse para derramar el contenido de la copa, pero recordó las instrucciones que había recibido y cerró los ojos por unos instantes—. La regla de oro consiste en actuar, pase lo que pase, como si nunca hubiese existido el veneno en mi anillo».

Cuando sirvió al prior, la mano le temblaba ligeramente, «si alguien bebe de esa copa... Aunque mucho peor será que me delate y se descubra lo que hoy no ha podido suceder, pero quizá otro día...»

Felipe II contemplaba a sus jerónimos, «hay que hacer la obra de Dios», y se fue de una cosa a otra: «Menos mal que actuamos con firmeza contra los luteranos cuando lo de los brotes de Valladolid y Sevilla hará ahora veinte años... Siempre favoreceré las cosas del Santo Oficio, siempre. Si no llega a ser por los autos de fe, quizá los herejes hubiesen logrado abrir brecha en estos reinos. A veces hay que actuar con mucha resolución, que los de Valladolid eran gentes principales y podían haber arrastrado a muchos con su mal ejemplo en el año... 1558. —Se encogió un punto—. Aquel año perdí a mi segunda esposa, María, y acababa en ocho... Como el 68 en que no solo murió mi muy querida Isabel sino mi hijo don Carlos, y encima Guillermo de Orange invadió los Países Bajos, y los moriscos se

levantaron en el reino de Granada. Quizá sí haya algo detrás de los números... Quizá la magia pueda decirnos cosas que de otro modo... Quizá Herrera tenga razón en reconstruir en El Escorial el templo mágico de Salomón».

El sumiller de cava se había puesto muy pálido, parecía una figura de alabastro junto al rey. Fue a escanciar vino, pero asió la jarra con tan mala fortuna que rozó una copa y se estrelló contra el suelo.

El estrépito del cristal hizo que el rey se preguntase: «¿Qué me acechará este año... 1578? ¿Qué le ocurrirá a la reina Ana en el parto que se avecina? ¿Cómo acabará lo de Escobedo? —Negó imperceptiblemente con la cabeza—. No me gusta ajusticiarlo sin proceso, pero a veces el príncipe tiene que... Ya me ocurrió con el barón Montigny. Y ahora..., ¡ahora!, Escobedo se ha convertido en el espíritu del mal que aconseja los mayores desatinos a mi hermanastro con la única ambición de conseguir dinero y por añadidura hidalguía. Lo del negocio de Inglaterra es intolerable... ¿y qué decir del proyecto de jubilarme por viejo y ponerse a gobernar ellos dos?»

El rey tenía buena memoria y recordó las líneas que tanto lo habían enfurecido de una carta de Escobedo que acabó sobre la mesa de su escritorio: «... *convendría que él...*, es decir, yo..., *tuviera en quien descargar; y que, habiendo visto con la sagacidad, prudencia y cordura con que..., mi hermanastro..., gobierna en estos negocios, parece que es sujeto en quien cabe este lugar...*»

Tan pronto como la copa de su majestad llegó a la cocina con el vino envenenado cayó en manos de un pastelero.

—¡A la salud del rey! —exclamó tras vaciar la mitad de un trago.

—No seáis avaricioso —protestó un aguador. Y se bebió la otra mitad—. Este vino no es de los mejores, tiene un gusto raro.

MARGARITA Y EL ESPÍA portugués durmieron más de media hora tras haber recorrido con golosa morosidad un ritual de sexo que acabó en resurrección simultánea de sensaciones.

Ahora se encontraban acurrucados con la mejilla del uno sobre la del otro, hundidos en la blandísima cama.

Él despertó sobresaltado. «¡¿Habrá muerto ya Felipe?! ¿Estará agonizando? ¿Habremos fallado...? ¡Qué angustia la de no saber! ¿Cuánto tardará en llegar el aviso de Cobos...? —Rozó el pubis de Margarita—. El aviso de... su marido».

Notó el aroma de esencia de rosas y almizcle de la mujer que descansaba junto a él, «todo el cuerpo le huele a afeites. Debe de lavarse añadiéndose ungüentos... ¿Por qué no reconocemos de una vez que el baño de los moriscos es la mejor y más placentera de las limpiezas?» Imaginó el agua tibia frente a la chimenea del salón y susurró al oído de Margarita:

—¿Os habéis bañado alguna vez?

—¿Qué decís? —le respondió con voz adormecida.

—¿Os gusta bañaros?

—Cuando era más joven lo hacía en el río... «... y desnuda con aquella chica del molino y... —continuó para sí misma—. Aquella agua me cambiaba el cuerpo, era como un beso en la boca».

—¿Os bañáis ahora?

—El año pasado me puse muy enferma, aquí en esta casa, y el médico mandó que me metieran en una tina de...

—¿Está aún en *La Serranía*? —la interrumpió.

—En un granero.

El portugués saltó de la cama.

—¿Por qué no la mandáis traer? Podríais pedir que la llenen de agua y luego no costaría mucho calentar cazuelas en el hogar hasta tenerla casi

quemando.

—No os mováis del dormitorio, que no quiero que nadie os vea.

Margarita de Rojas mandó colocar en aquel pabellón de caza una tina de duelas de roble y vaciar en ella los baldes con el agua que iba calentándose hasta hervir en los fogones de la cocina. Se habían visto ya «muchas de las rarezas de ella y su hermano», y la cosa no extrañó a los sirvientes. Una cocinera objetaría luego: «Dice que tiene fiebre, pero con dos docenas de caracoles picados con manteca también se curaría, ¡y sin bañarse!, que no es de cristianos viejos meterse en el agua como las ranas».

No bien Cristóbal Aveyro pudo salir del dormitorio, «no hay moros en la costa», y se percató de que la tina echaba vaho:

—Solo hará falta mantener el baño muy..., muy caliente. —Se quitó la sábana con que se cubría y se sentó en el fondo de la gran vasija. El líquido claro y humeante le llegaba a las orejas—. ¡Qué bien se está aquí dentro! Casi te quema, ¡qué delicia!

«Debe de serlo», supuso Diego, que los observaba desde un ventanillo de la parte de atrás.

El atentado volvió a irrumpir en la mente del portugués: «¿Habrás muerto el rey...? Tiene que haber muerto, es un hombre como los demás y el arsénico y... Ahora va a comenzar de veras mi trabajo. Ahora hay que destruir su fama de Rey Católico. Ahora hay que divulgar lo de los alquimistas y familistas que mantiene a su lado en El Escorial... Ahora hay que convertirlo en el Rey Brujo».

Ella se repantigó en un sillón.

—Qué gran momento este.

—No opinarían lo mismo los de la Inquisición. —Se rio a carcajadas nerviosas, crispadas—. Imaginad, yo, un judío converso, bañándome desnudo como si fuese un moro delante de la mujer de un castellano viejo.

Margarita señaló la lumbre.

—¡A la hoguera!

—Somos de un mundo que quizá sea posible si...

Se quedó callado y volvió a lo que lo obsesionaba.

La mujer del pañero se puso en pie.

—Voy a enseñaros algo que acabaría de hacer felices a los inquisidores.

—Y luego os ponéis en remojo, ¿eh?, que no podéis imaginar lo bien que se está aquí.

—Primero ved esto.

—Si os empeñáis...

Ella se dirigió al escritorio en que guardaba los afeites. Separó el espejo y aparecieron unos libros.

—La mayor parte, prohibidos —afirmó con voz retadora.

—¿A ver?

Se acercó a la tina en que el portugués jugueteaba con el agua caliente. Llevaba un libro de Erasmo en cada mano:

—¿Cuál preferís? ¿Los *Coloquios* o la *Lingua*?

—¿Sois erasmista? —inquirió él.

—Curiosa más bien.

—¿Cómo los habéis conseguido?

—No confesaré ni en el potro —declaró ella sonriendo.

Sonrisa provocativa, ancha, brillante. Dio media vuelta y fue por otros. Esta vez le mostró el *Enchiridion* y el *Modus orandi* del mismo autor.

—Erasmo ha convertido el libro en arma poderosa... Se han hecho tantas impresiones y reimpressiones en latín y en lengua vulgar... —dijo Aveyro.

Y puso cara de vinagre, «no esperaba que tuviera ese polvorín», pero se mantuvo callado mientras ella devolvía los textos a su sitio y tomaba otros.

—Ved lo más divertido que se puede leer en estos tiempos —aseguró mostrándole el *Tizón de la nobleza de España*—. Ahí se demuestra que casi todos los nobles tienen antepasados judíos.

—Ya lo decía el *Libro verde de Aragón*.

—Este es mucho mejor que el *libro verde*. Lo escribió el cardenal Mendoza.

—¿Sabéis por qué?

—Pues... no.

—Fue una venganza porque rechazaron a miembros de su familia en una orden militar.

—Veo que sabéis muchas cosas.

—Soy converso —se apresuró a soltar—, y me preocupa la hipocresía con que se tratan los negocios de lo que ha dado en llamarse limpieza de sangre.

En la otra mano Margarita llevaba la versión de Santes Pagnino de la *Biblia de Vatablo*, completada por el impresor Robert Estienne de París.

Aveyro la observó con desinterés y se sumergió del todo dejando escapar gruesas burbujas de aire.

Ella le mostró luego el opúsculo *Carta a D. Felipe II y la Imagen del Antecristo* traducido por Ochino.

—¿Lo conocéis?

—He oído hablar de él. —Con alarma se dijo: «Los inquisidores encarcelaron a *Julianillo* en Triana por distribuirlo... ¿será luterana la mujer de Cobos? Pero, no. El pañero me lo habría advertido». Se remojó la cabeza y repuso—: ¿No es el que lleva el grabado del Papa y el...?

Margarita asintió con un gesto y le mostró la imagen del Papa de rodillas ante el Diablo.

—¡Vaya estampa!

—Venga, dejaos ya de libros y venid al baño.

—Antes quiero mostraros un *Catecismo*, traducción del de Calvino, que fue mandado en paquetes lacrados a nobles de Castilla.

—No conocía tan peculiares procedimientos... ¡Vaya un regalo envenenado!

El «envenenado» lo llevó al anillo de la esmeralda y permaneció lejos de allí hasta que Margarita se acercó con nuevos volúmenes.

—Ved el *Sumario breve de doctrina cristiana* de Juan Pérez.

—¿Dónde fue impreso? —preguntó, y salió del agua.

—En Venecia, por Juan Philadelpho —dijo tras pasar la vista por las primeras páginas.

Mientras se secaba Aveyro aseguró:

—No había oído nada de eso.

Mentía. Estaba al corriente incluso de la identidad del tal Philadelpho: Jean Crespin de Ginebra, que no Venecia, «está bien que me crea algo erudito, que es bueno para acrecentar sus ansias carnales... Pero no

demasiado, que es malo para ocultarle mi oficio de espía de Isabel de Inglaterra».

Mientras ella se desnudaba, el portugués llenó con agua de la tina una cazuela y la puso sobre la lumbre. Margarita se metió en el baño *in púribus* entre ohes de deleite:

—Está templada aún. ¡Qué gusto!

—Ahora que os tengo a mi merced. —Aveyro se le acercó con gesto irónico—. Y podría sumergiros hasta arrancaros una confesión... Es el momento de escuchar la historia de cómo han llegado esos libros a vuestras manos. —Puso cara de juez y engoló la voz—: Esos herejes mudos que ocultáis detrás de un espejo... de vanidades.

—¿Vais a someterme a la toca? —repuso con zumba mientras se pasaba la mano con parsimonia por el cabello.

—Si es preciso, sí; os daré el tormento del agua.

Ahora se acarició el pecho.

—¡Qué miedo me dais!

El portugués se acercó a la chimenea.

—Aún falta un poco para que hierva el agua. —Señaló la cazuela como si se le acabara de ocurrir una gran idea—: Ved ahí una nueva tortura. Imaginad que os la echo por encima.

—¡Estoy aterrada! —exclamó riéndose, y luego anunció—: Está bien, está bien. Confesaré, señor inquisidor.

Diego de Rojas había abierto un poco el ventanillo y no se perdía coma de lo que hablaban el portugués y su hermana.

—Tomaré nota de cuanto declaréis —advirtió Cristóbal Aveyro otra vez envuelto en la sábana.

—No veo pluma ni...

—Lo escribiré en la mente.

Ella apoyó la espalda en la pared de la tina. Se le borró el gesto histriónico y le brotó otro de amargura:

—Una amiga mía me los dio.

—¿Por qué?

—Enfermó, y antes de morir...

—¿Era luterana?

—Hija de una seguidora de los alumbrados.

—¡Ahora entiendo...!

—¿Qué entendéis?

—El sabor de Erasmo que tiene vuestra biblioteca en la sombra.

—Desde luego, desde luego, más de la mitad de los libros de detrás del espejo son obras tuyas.

—No me extraña, si hasta el evangelio anticereemonial de los alumbrados bebe de esa fuente. Y uno de los volúmenes que me habéis mostrado, *El Enchiridion* en lengua vulgar, es lo primero que buscan los inquisidores en casa de los sospechosos de seguir esa doctrina.

—Me dijo que su madre lo tenía en la mesilla de noche.

Él tomó el volumen y leyó en voz alta:

—Traducción del arcediano de Alcor, Alonso Fernández de Madrid. — Luego lo cerró y se puso a recordar—: Al parecer molestaba a algún dominico que en *El Enchiridion* se dudara del fuego del purgatorio.

—Debía de molestar a los que esperan pasar por allí.

—En el Edicto de Toledo condenaron a los alumbrados por blasfemos, herejes...; por tener sabor luterano...

—Me parecéis un mercader demasiado versado en estas cosas.

«¡Cuidado, Cristóbal! —se advirtió—. No vayamos a mostrarle más naipes de los necesarios... Se nota que la conjura me trae de cabeza... No estoy midiendo bien mis palabras, ¿no!» Y se puso a argumentar:

—Los conversos tenemos que andar con mucho cuidado en materia de herejías e inquisidores, que el auto de fe es cosa de temer, y el Santo Oficio es amigo de procesar a gentes de dinero para quedarse con sus fortunas. — Permaneció callado unos instantes y pronunció como una jaculatoria—: No es por erudición, no. Es por instinto de conservación.

—La madre de mi amiga era viuda y no tenía mucho, pero se lo quitaron todo. Luego fue torturada y...

—¿Estaba también con los alumbrados vuestra amiga?

—No... Llegaba al éxtasis de otro modo...

Se interrumpió con los ojos perdidos en el fuego.

—¿Cómo llegaba?

—Conmigo.

Las llamas eran muy vivas y el agua comenzó a hervir. El portugués se acercó a Margarita de Rojas con la cazuela y la vació muy despacio en la tina.

—No os quiero quemar —musitó. No bien hubo vertido todo el líquido bullente—: ¿Llegabais con ella a lo mismo que...?

—No queráis penetrar en las moradas que guardo para mí misma.

Él hizo uno de esos gestos de contrariedad que se pretenden disimular con la chanza:

—El padre de los alumbrados es un franciscano de ascendencia judía. Como podéis ver, nosotros sí somos la sal de la tierra.

Ella lo miró como si quisiera darle las gracias por no insistir:

—Fray Melchor es su profeta, y sus profecías se parecen mucho a las de Bovelles.

—Veo que os habló del visionario francés.

—Y de la ocurrencia de fray Melchor de pretender seducir a la madre Juana de la Cruz con idea de engendrar un nuevo Salvador.

—Ese profeta tuvo predilección por las monjas que llegaban al éxtasis, como la propia Juana de la Cruz.

Margarita no estuvo mucho tiempo en el baño.

—Tengo que volver a casa —dijo—. Conviene que nadie sospeche.

Aveyro se metió de nuevo en la tina y permaneció inmóvil, ausente.

Antes de irse la esposa del pañero vertió en el agua un poco de esencia de rosas.

—Me quedo con vos en espíritu.

El baño se mantenía aún tibio cuando llamaron con suavidad a la puerta falsa:

—¿Dais vuestro permiso?

Era la voz de Diego.

Tan pronto como lo vio aparecer, el portugués comprobó aliviado que el espejo había vuelto a su sitio y no estaba a la vista ninguno de los volúmenes. «Debe de haberlos guardado antes de marcharse».

El hermano de Margarita le leyó el pensamiento y estuvo a punto de estallar en carcajadas. Luego se puso a hablar de los baños de los romanos, del agua de mar y sus propiedades curativas.

Aveyro le preguntó por fin:

—¿Os gustaría ponerlos en remojo?

—En cuanto salgáis del agua.

Dicho y hecho. Se quitó las botas de montar y el portugués le cedió el sitio.

—Aún está tibia.

Diego se introdujo salpicando de agua suelo y muebles.

—¿Andáis ofendido aún? —preguntó en cuanto estuvo bien aposentado.

—¿Debo?

—¡Por cierto, no! —exclamó chapoteando.

Aveyro llenó la cazuela y la volvió a poner sobre la lumbre:

—Pronto hervirá.

Diego notó el aroma de rosas de su hermana, pero hizo como si no se diese cuenta. Observó al portugués con cara de «¿se lo pregunto?, ¿no se lo pregunto?», y decidió hacerlo:

—Si el marido de Margarita desapareciese, ¿qué cambiaría en vuestra vida?

—¿Desapareciese...? ¿Qué queréis decir?

—Que muriese.

Aveyro se sentó en la alfombra, delante del fuego.

—Lo sentiría y mucho...

—¿Dormiríais en nuestra casa cuando vuestros negocios os trajeran a Castilla?

—Puede.

—Os traen con mucha frecuencia, ¿verdad?

Aveyro se arrebujó en la sábana:

—¿Está enfermo Cobos?

—Goza de buena salud.

—¿Entonces...?

—Os lo pregunto solo por curiosidad. Soy más curioso que una alcahueta. —Pasó del tono jocoso al solemne—: ¿Os atrevéis a jugar conmigo?

—¿Cómo queréis que apostemos?

—A carta tapada.

—Os gustan los juegos de estocada, ¿eh?

—Me gustan los juegos grandes aunque estén prohibidos; los otros son de sangría lenta.

—Quizá os conviniese estableceros en una casa de conversación, así tendríais a la vez techo y garito.

—¿Qué mejor que vivir con mi hermana y acudir cuando me apetezca a las leoneras y casas llanas de Madrid? ¿Qué mejor que disponer de buenos cuarteles de invierno?

—Lo decía por si pensabais en volar con vuestras propias alas.

—¿Lo decís para provocarme o por mi bien?

Aveyro cruzó las piernas como un moro.

—¿Queréis que juguemos a los dados? Suelen estar prohibidos en los tablajes con licencia, y eso quizá os agrade.

—Nada me complacería más. Tengo unos huesos de muerto cargados con plomo que hacen que la fortuna me sonría.

—He dicho dados, no fustas. He dicho jugar, no hacer flores de villano.

—Si os empeñáis, podemos usarlos sin barreno ni plomo.

El agua de la cazuela levantó el hervor. El portugués agarró las asas con la ayuda de paños para no quemarse y se acercó a un Diego que lo observaba con los ojos muy abiertos.

—No temáis —lo tranquilizó. Y vertió el contenido en la tina con parsimonia—. Para que no se os enfríe el baño, que lo cortés no quita lo valiente.

Diego de Rojas permaneció un buen rato en silencio. Cuando se cansó de estar allí se secó y se cubrió también con una sábana. Era tan flaco que parecía un espantapájaros, una estantigua. Antes de sentarse en la alfombra delante de Aveyro se enrolló un paño blanco a modo de turbante y anunció:

—Os propongo otro juego: imaginad que soy el príncipe de los moriscos y vos de los marranos. Si lográsemos establecernos en una isla, lejos del poder del rey y los inquisidores, ¿cómo nos apañaríamos para caminar codo a codo?

«El rey, el rey... ¿Habrá muerto ya? —se dijo Cristóbal Aveyro—. Me está pudriendo la duda».

EL REY ESTABA SENTADO a su escritorio, seguía examinando cartas del duque de Alba, «detrás de sus frases se nota últimamente un sabor helado, amargo... ¿Sería capaz de hacerme envenenar...? —Se pasó la mano por la mejilla—. Dios mío, perdonadme por dudar de él».

Tomó una que ya había leído muchas veces:

S. C. R. M.: Estos días pasados vino a quejarse un rey de armas, que un archero, acompañado con otros dos, había entrado en su casa y dándole muchas coces y tratándole muy mal Mandó al greffier hiciese información y comenzó a hacerla y envié a mandar a Mos de Selles que prendiese al archero. Dejé pasar en este estado algunos días porque se concertasen. Habrá tres días que tornó a mí el rey de armas a quejarse no se había nada en su negocio y que el archero andaba suelto. —Se saltó unas líneas—..., Y después le envió luego otro diciéndole que él se había aconsejado con Opero y que no quería hacer nada en esto si V. M. no se lo mandaba, a quien había ya enviado a dar cuenta de este negocio. Yo le hice venir y le ordené...

El sumiller de corps anunció:

—El muy magnífico señor Mateo Vázquez desea hablar con vuestra majestad para un negocio de la mayor urgencia.

El rey conocía la discreción del secretario, «debe de tratarse de asunto grave», y lo hizo pasar en seguida.

El clérigo entró muy agitado, parecía más mofletudo y tripón.

—Majestad... —dijo—, gracias a Dios Nuestro Señor no habéis probado el vino en el refectorio de los frailes.

Y se quedó callado.

El rey, sin moverse, le ordenó:

—Continuad.

—Un pastelero y un aguador han querido aprovechar el vino que dejasteis en la copa. Han caído enfermos los dos..., y los médicos de cámara dicen que han tomado alguna ponzoña que los ha envenenado.

—¿Sanarán?

—Me temo que no, majestad.

«Sabía que querían envenenarme. Sí, tenía ese presentimiento y se ha confirmado. —El rey no movió un músculo, pero su mente hervía—. Alba debe de andar detrás de todo esto; es el mayordomo mayor quien manda en palacio, quien se sienta en la silla de terciopelo y es dueño de las llaves, quien más influye en los nombramientos grandes y chicos, y no está dispuesto a que su casa renuncie a engrandecerse gracias a las nupcias de su heredero con la hija del marqués de Villafranca... Un espía de Antonio Pérez nos ha dicho que el duque ha aceptado por fin la dote que le han ofrecido... Parece que la boda va a celebrarse en secreto y contra mi voluntad... Alba debe de suponer que, si muero, escapará al castigo».

—¿Quién ha podido hacerlo? —preguntó como si se refiriese a un acontecimiento muy alejado de El Escorial.

—Majestad..., el sumiller de cava ha sido prendido.

—¿Cómo sabéis que ha sido él?

—Ha tratado de escapar...

Mateo Vázquez hablaba ocultando los dedos por entre los pliegues del traje talar.

El rey ordenó:

—Que venga en seguida el duque de Alba.

«¿Por qué Antonio Pérez tendrá que andar holgando en Alcalá? Ahora lo necesito y mucho, que es hombre de juicios acertados... Pero debe de estar con... Mejor no pensarlo, aunque ya me llegará por Vázquez».

El clérigo y secretario se excusó. Salió de los aposentos reales, «no conviene que el *Duque Gravedad* sepa que he sido yo quien ha dado la nueva al rey», y al pasar junto a los andamios y tablados de la fábrica de la iglesia se dijo con complacencia: «Va mucho en decir verdad al rey; ahí se equivoca el inteligentísimo pecador que es Pérez... Eso le hará caer de las exageradas alturas en que se mueve».

Se detuvo y miró a lo alto de unas grúas encabalgadas sobre otras muy grandes.

Mientras aguardaba al duque, Felipe II siguió con la carta que tenía sobre la carpeta verde:

... enviase luego el archero. Díjome que él no le enviaría, porque yo no se lo podía mandar. —«Siempre anda en pleitos por sus derechos, aunque sean mínimos; lo ciega la soberbia, la vanidad, el poder», pensó—. Yo le dije lo hiciese porque él me había de obedecer, si no que lo remediaría. Tornóme a decir que no me había de obedecer, que no estaba debajo de mí, esto todo en presencia del grefier. —«¿Hasta dónde es capaz de llegar este viejo duque por una cosa tan grande como es el casamiento de su hijo?», se preguntó y leyó más abajo—: Por ser de tal me ha parecido dar cuenta a V. M. de él. Una novedad tan grande como decir que no se ha de obedecer al Mayordomo Mayor de V. M.

El «mayordomo mayor» hizo que un escalofrío le recorriese la espina dorsal, «el duque custodia las llaves de palacio..., y puede muy bien haber mandado al sumiller que me pusiera el veneno, y ese demonio es de Flandes y...» Apoyó la uña sobre una línea:

... y se despacha cuando es la quistión con otro, que no es de la misma guardia, criado de V. M., siempre el Mayordomo Mayor la toma y procede en ella sin que el Capitán se mezcle en ninguna cosa que hacer venir el soldado donde le es mandado que venga. A la razón que dice ha enviado a dar a V. M., siendo V. M. servido, le podrá mandar que acuda a mí, que le he de ordenar lo que conviene al servicio de V. M., porque, de otra manera, ni de mí ni de otro que esté en este lugar podrá V. M. ser bien servido ni en su casa haber la justicia y gobierno que conviene.

«Con qué puntillo quiere mandar en todo, incluso en cosas de criados..., y quizá de sumilleres de cava», se dijo con un temblorcillo en los labios desinflados.

El duque de Alba entró en las habitaciones de su majestad como si lo hiciera en su propia casa.

El rey tampoco se movió del escritorio y le soltó:

—¿Qué ha ocurrido?

Alba permaneció de pie, «debe de saberlo..., el hijo del emperador Carlos es temible cuando se enoja», y suavizó el tono:

—Parece que el sumiller de cava ha tratado de envenenaros. No os he traído tan infausta nueva porque primero me he ocupado de que lo prendieran.

—Conviene saber por qué y por cuenta de quién lo ha hecho.

—Majestad, me ocuparé de que se haga lo que convenga.

«Si Alba está detrás, puede matarlo en el tormento para que no diga nada», pensó el rey y mandó:

—Entregadlo al Santo Oficio. Mis enemigos son los de la fe verdadera y el criminal ha intentado envenenarme bajo el techo sagrado del convento de los frailes mientras celebrábamos el día de Pascua en el refectorio.

—Majestad, pero...

—Obedeced, duque. Obedeced.

Lo dijo con voz cortante, como se habla a un enemigo.

OceanofPDF.com

CRISTÓBAL AVEYRO pasó la noche cavilando. «Lo que puede haber sucedido en El Escorial» le cruzó una y otra vez por la mente con tintas que iban cargándose.

Dio vueltas y más vueltas hundido en la cama. Al apuntar el día se levantó para huir del «si el rey hubiese muerto, nos habría llegado ya la noticia. Estamos tan cerca de ese monasterio...».

Se vistió con el jubón enlutado, gorguera y puños de encaje que solía gastar, y se encaminó al salón. Diego estaba ya tostando pan.

—Vuestro servidor os ha espabilado el fuego, y si lo deseáis, os preparará el desayuno —ofreció con sonrisa de compinche.

—Os despertáis muy temprano.

—Procuro dormir poco, que ya tendremos tiempo de sobra.

—¿Alguna nueva? —preguntó el portugués sin pestañear.

—¿Qué nuevas queréis en esta casa?

—Cobos habrá llegado a Segovia —supuso para disimular su avidez de oír el escopetazo.

—Si lo hubiesen asaltado cerca de *La Serranía*, nos habríamos enterado...

Las últimas palabras estallaron en la mente de Aveyro: «El Escorial está cerca de *La Serranía* y la muerte de un rey es difícil de ocultar. Nos tendría que haber llegado ya por lo menos el rumor... Algo habrá fallado. Sí, algo habrá fallado, fallado, ¡fallado!» Y murmuró:

—Sí. Nos habríamos enterado.

—¿Queréis que os unte ajo en las tostadas?

—No..., no quiero que me apeste el aliento.

—A mi hermana le molesta ese olorcillo —afirmó sonriendo con los ojos.

—Os tienta ser impertinente, ¿verdad?

—¿Consideraríais una impertinencia que os propusiese acometer empresas con vos?

—No sois comerciante ni tenéis mercancía que ofrecerme. No sois banquero...

El hermano de Margarita lo miró de arriba abajo y soltó:

—Quizá necesitéis un hombre de confianza...

Aveyro no lo dejó terminar:

—Ya lo tengo, vuestro cuñado.

—Podéis tratar de paños con él y de otros negocios conmigo.

—¿Qué diría vuestra hermana si supiese lo que me estáis proponiendo?

—¡Ah! —exclamó llevándose las manos al pecho como si hubiese recibido una estocada en pleno corazón—. Ya que me habéis asestado ese golpe, os digo que lo mejor que podría sucederle a Margarita es enviudar.

—¿Tenéis que jugar con todo?

Diego le respondió usando la jerga de los tahúres:

—Y a poder ser con naipes hechos.

El portugués le siguió la corriente:

—Se nota el humillo.

—¿En el rey...?, ¿en la sota?

—En todo el libro de las cuarenta hojas.

—¿Dónde habéis aprendido a entrevar la flor?

—En estos tiempos hay que saber hacer la ceja para sobrevivir. —Y advirtió—: Aunque no se debe alardear de ello.

—¿Y vivir como un hipócrita?

El portugués lo miró como se mira a un niño que se empeña en no aprender.

—Las cosas son como son.

—¿Y si mi hermana enviudase? —Batió los brazos, estiró el cuello de ave—. ¿Y si enviudaseis vos? ¿Qué ocurriría entonces?

—Solo lo sabe Jehová, caso de que exista.

—¿En qué creéis?

—En que solo se avanza con riesgo.

El portugués volvió a la angustia de la falta de noticias sobre el atentado, «¿se habrá descubierto que ando metido en...? ¿Estarán a punto

de prenderme...?»

Se oyeron voces y se ocultó en el dormitorio.

Margarita de Rojas entró en el pabellón de caza acompañada de un hombre encorvado de mirada azul y nariz aguileña.

Era Wentworth, el mensajero de Cobos.

Ella cruzó el salón de los trofeos con paso firme y entró donde estaba Aveyro.

—Os traen un mensaje de mi marido —anunció.

Él estaba echado sobre la cama. Se incorporó a toda prisa y fue al encuentro del recién llegado.

Los Rojas se marcharon para que pudiesen hablar sin testigos.

—¡Qué fracaso! —exclamó Wentworth comiéndose las palabras.

«Me lo temía —se dijo Aveyro—. ¡Me lo temía!»

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió.

Permanecían de pie como si estuviesen a punto de salir a escape. El mensajero se lo contó atropellándose y terminó por decir con aire lúgubre:

—Esta madrugada han muerto los que se bebieron el vino del rey.

—¿Y el sumiller?

—Intentó escapar, pero lo prendieron.

—¿Conoce a Cobos? ¿Nos conoce...? —preguntó para que le confirmase lo que sabía de sobra. Necesitaba tanto que lo tranquilizaran...

—No. Solo recibía órdenes de un inglés que se encuentra en Londres...

—El tono se le volvió sarcástico—: El ciego tampoco podrá describiros ni decir quién sois.

—¿Lo han prendido?

—Sí. —Hizo una aspiración profunda y advirtió—: Ni uno ni otro conocen a nadie de nuestra red..., aparte de un pequeño grupo aislado de peones, pero la cosa puede traernos malas consecuencias.

—¿Qué queréis decir?

—Tanto el sumiller como el ciego son luteranos, como muchos de los nuestros. El rey puede ahora repetir lo que hizo veinte años atrás: valerse del terror del auto de fe para arrancar de cuajo el nuevo brote de lo que llama herejía. Hay que reconocer que le dio buenos resultados. Eso, aparte de condenar al fracaso al luteranismo en España, hará que se refuerce la

idea de que es cosa de extranjeros... Pensad en lo rubio que es el sumiller de cava.

—Si se inicia otra quema de luteranos, podemos quedarnos sin red de inteligencia —añadió el portugués, «pero ¿había mejor forma de descabezar a España?».

OceanofPDF.com

ANA, LA PEQUEÑA de la princesa de Éboli, se acercaba al escritorio de interior mudéjar y extraía los papeles de su madre. Echaba el ojo a las listas de miles de escudos, se reía, ¡qué carcajadas!

Carcajadas que se volvían roncas y ya no era la niña quien sostenía los documentos, sino Juan de Escobedo, «el que tiene que morir en alguna callejuela del barrio de Santa María... antes que se terminen las fiestas de Semana Santa y me quede sin la coartada de estar en Alcalá, en casa de Alonso Beltrán, y no en Madrid. No en Madrid, no en Madrid, no en Madrid..., ¡no! —Antonio Pérez no consiguió despertar y continuó en el mal sueño que lo mantenía crispado con alfileres en manos y muñecas—. La espada de Insausti no fallará como lo hizo por tres veces el veneno... El bocado es inseguro, las plantas de Murcia que se trajo Enríquez no matan y ese herbolario de Molina de Aragón es un ignorante, ignorante, ignoran...».

«¡Quiero despertar de una vez!» Pero siguió a la deriva: sus valentones andaban al acecho de Escobedo hasta que apareció a caballo escoltado por sirvientes con antorchas. Una espada lo atravesó y cayó al suelo, «¡sangre!, sangre a borbotones, sangre en la boca del *Verdinegro*, sangre en el pecho».

El rey se asomó a una ventana y exclamó apesadumbrado:

—Muere sin confesión. Muere sin confesión... Escobedo y el insensato de Juan de Austria, mi propio hermano, han puesto en peligro la Corona, pero ni siquiera tal felonía merece la eterna...

La imagen enlutada de Felipe II dejó paso a la de la Éboli en la calle, desnuda de cintura para abajo:

—Voy a ver a mi pequeña, el mayordomo os acompañará.

Se quitó el parche del ojo nublado, hizo un mohín y se cubrió el monte de Venus con aquel rombo de seda negra.

«El mayordomo os acompañará —fue rebotando como un eco *in crescendo* en la cabeza del secretario de Estado—. ¡¡¡Os acompañará!!!» El

mayordomo se convirtió en Escobedo y se puso a quemar cartas.

«Yo también lo he hecho. He quemado las que hablaban de los cuarenta mil escudos de oro que nos pagó por una merced la señoría de Génova a mí y a vos, Escobedo. —Y lo increpó—: Os apropiasteis de diez mil de esos y de mala manera, Escobedo. Encima de ser desleal y ladrón pretendéis amenazarme con denunciar al rey que vendo secretos de Estado. Insensato, insensato, insen... Escobedo, estáis muerto. ¿Lo oís? Estáis muerto, muerto, muerto... No se me puede amenazar. Soy Antonio Pérez, el que hace y deshace en esta Corte, ¿lo oís?»

Irrumpió la única de sus cartas que Escobedo había conservado, «¿creéis que os dejaré usarla contra mí? ¿Lo creéis de veras, *Verdinegro*?» Una línea empezó a reptar, era una serpiente negra, «nos *salvamos en una tabla y aseguramos a este hombre...* Lo aseguramos. Sí, aseguramos al Rey Hipócrita». El resto de la caligrafía se hizo borrosa y en sueños el secretario de Estado trató de recordar qué más decía, «¿qué le recomendé a Escobedo? ¿Qué le recomendé...? —De repente pudo leer los renglones y dijo—: Os advertí que el rey me obligaba a añadir cosas crudas y fuertes, os aconsejé que don Juan no cayese en la trampa del nombramiento de cardenal y en cambio aceptase lo de Flandes, y de este modo *nos salvamos en una tabla y...*».

Vio a su majestad sentado en un trono de billetes y memoriales, «¡ah!, rey taimado, no habéis querido firmar la orden de ejecutar a Escobedo. Sois diestro en artimañas de pluma y tintero..., como la de hacerme escribir cartas provocativas a vuestro hermano, cartas inductoras, tramposas. Sí, tramposas, tramposas, tramp... para pincharle y ver qué me contesta. Para hacerle caer en falta».

El rey ahora escribía al margen de un papel, «ahí os equivocasteis, majestad».

Y apareció en el sueño la nota que Felipe había garrapateado en una carta de Escobedo:

Ya nos llega el alcance cerca; menester será prevenirnos bien de todo y darnos mucha prisa a despacharle antes que él nos mate.

«No, este escrito no es el que más conviene. La cosa no queda suficientemente... No, ¡no...! —Negó muchas veces como si en ello le fuera la vida—. Guardo triunfos con *lo de la muerte de Escobedo* de su puño y letra, triunfos matadores».

El monarca lo observaba desde su escritorio. La alcoba era aún más pequeña y oscura. Tenía delante unos billetes cuando se coló en los fríos aposentos reales la pequeña de la princesa de Éboli.

Le arrebató los papeles y salió a escape. «¡Corre!, ¡corre!, Ana. ¡Corre!, pequeñina».

Ahora Antonio Pérez y el rey se encontraban en una habitación diminuta que quedaba lejos de los oídos de los espías y se usaba de ropero. Felipe II preguntaba:

—¿Qué opina el marqués de los Vélez?

—Que lo mejor es acabar con *el Verdinegro* dándole un bocado.

El rey bajó mucho la voz:

—No hallo forma más conveniente que quitarlo de por medio.

Se echó a reír y se sentó a la mesa para comer solo la cena suya de cada noche: pan blanco, sopas, una chuleta de res de dos quilos, venado, pollo frito... Un escribiente iba anotando lo que comía bocado a bocado.

—Cinco, una cucharada de sopa. Seis...

—¡No quiero verdura! —gritó con la boca llena—. ¡Nada de fruta, que está podrida de enfermedades!

Hacía frío. Felipe era un pez helado. Antonio Pérez sudaba y sudaba en el lecho y pasó de tiritar a las llamas. Vio el montón de documentos que quemaba Escobedo: «Destruid también la carta de los casi veinte mil ducados que nunca llegaron a don Juan de Austria y nos quedamos vos y yo... Y también la que prueba que vos cargasteis a Andrés de Prada con el robo».

La pira de papel se fue agigantando y ya no ardían documentos, sino las tribunas y andamios de una plaza Mayor convertida en teatro de auto de fe. Ardían los inquisidores, ardía la tribuna real y solo permanecía como fuego helado la figura del rey bajo un crucifijo.

La princesa de Éboli seguía en la callejuela al lado de un Escobedo que agonizaba. Sin mirarlo se deshizo del jubón y también de las vendas que le

oprimían el pecho para que pareciese una tabla, y se puso a amamantar a su hija. La pequeña succionaba, le mordía el pezón y le hacía daño.

—No estáis entre las mayores rentas de España —le soltó con desdén Antonio Pérez, que se veía en la pesadilla encerrado en una armadura de oro de la que no podía escapar—. No sois nadie al lado de los duques de Alba, de Medina Sidonia...

Le fue disparando títulos de las principales fortunas.

—Las rentas de mis tierras no llegarán a los ciento veinte mil ducados de los Alba, pero vos —lo apuntó con una uña que parecía un gancho— acabaréis ganando los sesenta ducados anuales de un peón.

«Sesenta ducados, ¡sesenta! —La imaginación se le llenó de seises y ceros—. ¡Sesenta! ¡Sesenta ducados...!»

«¿Cuántos peones vale un duque...?», se preguntó, pero aquellos sueños no eran propicios a la aritmética y repuso:

—El último de los mozos de mis caballerizas gana más que eso.

—Vos no sois más que un don nadie del estado llano que vive entre colgaduras de brocado y duerme en una cama con ángeles de plata.

La inscripción grabada en el lecho de *La Casilla* ocupó toda su mente, se le hinchó como un tumor dentro del cráneo, «duerme, Antonio Pérez, entra al paso».

Y se incendió el bosque de grúas y tablados de la fábrica de El Escorial. Por fin se consumió Felipe II; su pluma, escritorio, alcoba y el *mango de la parrilla*. Pero regresó en seguida y se puso a abrillantarse los dientes con los polvos de la *buseta* de plata y el limpiador de ébano. Luego tomó cuerno de rinoceronte.

Apareció un médico de cámara y comenzó a recitar las enfermedades del rey con cadencia de pregonero:

—Su majestad padece de almorranas, gota, a veces fiebres de malaria, estreñimiento, asma, calambres en el vientre, bilis... —Hizo una pausa y prosiguió con los remedios—. Secreto único para las almorranas de su majestad: tres o cuatro o cinco higos verdes, se los pone donde le duele y a medida que van secándose, las almorranas hacen lo mismo...

Antonio Pérez se vio a sí mismo con los naipes en la mano y en *La Casilla*, «veinticinco doblones de saca, a la primera». Allí estaba también

Octavio Gonzaga, el almirante de Castilla y... «ese muchacho tan flaco que me envió el envidioso, envidioso, envidioso Mateo Vázquez para que me vigilase y pasó luego a espiarlo a mi beneficio».

La Casilla se convirtió en el convento de las carmelitas de Pastrana. La madre Santo Domingo, la priora, exclamaba al enterarse de que la Éboli iba a profesar:

—¿La princesa monja? Ya doy la casa por deshecha.

Estaba a punto de escapar del mal sueño: «Rey Hipócrita, sabéis que soy jugador de estocada, pero permanecéis callado. Sabéis que en la batalla mueren muchos enemigos sin confesión, pero no os importa que se condene su alma... —Rompió a gruñir—: ¡Rey Hipócrita! ¡Rey Hipócrí...!»

Su esposa, Juana de Coello, despertó y le pasó la mano por la frente empapada de sudor. Ya rayaba el día en que iba a caer muerto Escobedo.

Tres rufianes aguardaban al *Verdinegro* en una callejuela. A las nueve de la noche salió de casa de su amante, doña Brianda de Guzmán. Al lado mismo de la iglesia de Santa María fue atacado por Insausti y la tremenda estocada lo hizo caer del caballo.

Los que acompañaban a Escobedo persiguieron a los valentones, que lograron huir tras perder las capas y un pistolete.

En cuanto se supo que había muerto —y sin confesión—, uno de ellos, Rubio, se encaminó a Alcalá para dar la noticia a Pérez.

Los alcaldes de casa y corte, magistrados personales de su majestad, hicieron como si no se hubiesen enterado del hecho de sangre.

EL ENVENENAMIENTO FALLIDO de su majestad y la muerte de Escobedo cambiaron muchas cosas en aquella Corte sin reloj.

Mateo Vázquez —secretario de Estado tan gris como devoto del rey— comenzó a hacerse con los triunfos que iba perdiendo Antonio Pérez. Fue él quien informó a Felipe del asesinato a las pocas horas de que el *Verdinegro* recibiera la estocada, quien denunció por escrito a la princesa de Éboli y su socio en una carta dirigida a su majestad:

Mucho se esfuerza en el pueblo la sospecha contra aquel secretario de la muerte del otro y diz que no las trae todas consigo, como suelen decir, que así anda a recaudo su persona después que sucedió el caso; y que un juicio que en una junta se acordó se echase, dice que le hizo matar un grande amigo suyo que se halló en sus honras, y por una mujer.

En la Corte se hablaba abiertamente de que Pérez había mandado asesinar a Escobedo. Vázquez se encargó de echar leña al fuego y abrir los ojos al monarca acerca de los verdaderos motivos «de la prisa por darle muerte sin confesión». El rey tenía el asunto clavado en lo más sensible de su conciencia y le asaltaba: «¡Dios mío, perdonadme! No soy más que vuestro humildísimo siervo, príncipe en la Tierra solo por vuestra voluntad... Yo no aprobé que lo ejecutaran sin que tuviese tiempo de reconciliarse con vos... Ni llegué a sospechar que iban a darle una estocada a la salida de casa de la mujer con que mantenía trato carnal». Bien pronto Felipe comprendió que al acceder a tal ejecución se había convertido en cómplice involuntario de los negocios turbios del que llegó a ocupar casi una privanza a su lado.

Apenas dos días después del hecho de sangre, Antonio Pérez mandó que se pagaran cien escudos y se ayudase a escapar a la pareja de valentones que encontró cuando regresaba a Madrid. Una vez en casa escribió en seguida a su majestad. Felipe le dio una primera muestra de distanciamiento

al pedirle que no fuese a verlo a El Escorial, «la reina está en vísperas de parto y tenemos que volver al palacio de Madrid».

La audiencia que Felipe concedió a la viuda de Escobedo sin que lo acompañase Pérez anunciaba la voluntad del monarca de no plegarse por más documentos que pudiera guardar el amigo de la Éboli con notas de su real mano sobre los preparativos de la muerte del *Verdinegro*, «mi confesor me ha ratificado por escrito que el príncipe que hace las leyes está por encima de estas cosas que sí pueden perder a los súbditos».

A su majestad lo obsesionaba lo que podía esconderse detrás del intento de envenenarlo, «hay que conocer el mal hasta el fondo para arrancarlo de raíz». Estaba también resuelto a descubrir «con mucha discreción los negocios a costa del Estado de Pérez y la loca de la Éboli».

Aquellos días rogaba a todas horas por la reina y el nacimiento que se acercaba, «Señor, no me castigéis por mis iniquidades y permitid que vuestra hija fiel, Ana, pueda vencer la prueba y nos dé un infante robusto para mayor honra vuestra y salud de la fe verdadera».

Felipe creía ver en lo del veneno la mano del duque de Alba, «lo adivino entre las líneas de sus cartas, aunque no tenga pruebas... Dios me ha dado para los escritos el olfato que me ha negado para las esencias... Si no puedo conseguir testimonios, me desharé de él en cuanto cometa el desatino de casar a su hijo en secreto y contra mi voluntad como parece va a suceder... Aunque quizá fuera de mayor provecho encausar a este heredero orgulloso por su comportamiento en Flandes...»

Las denuncias de Vázquez sobre «ventas de mercedes y quién sabe si cosas más graves» perpetradas por Antonio Pérez acabaron de persuadir al rey de que había llegado la hora de acabar con ebolistas y conservadores, y poner el gobierno en manos de funcionarios que «no sean de otro partido que el de servir a la Corona».

Su majestad jugó con dos barajas. Mientras ayudaba a Pérez a lograr que los rufianes huyesen y a confundir a sus conciudadanos sobre «lo de Escobedo», dejó que Mateo Vázquez siguiese adelante y animase a la familia del *Verdinegro* a pedir justicia.

Y sobre todo no dejó intervenir ni al amigo de la Éboli ni al mismísimo mayordomo mayor —el duque de Alba— en lo tocante a «la búsqueda de la

verdad» por el procedimiento de someter a tortura al «que quiso envenenarme».

El monarca ordenó a Mateo Vázquez que lo informara en seguida de las confesiones del reo al sufrir a la vez los tormentos de potro y toca. «Quizá acabe por decir que hubo algún noble de la Corte detrás de... Quizá denuncie a...»

Se cumplieron las normas de las *Instrucciones* españolas de 1576 que una vez más refrendaban los viejos principios del *Manual de inquisidores* de Nicolau Eymeric. Los padres de la fe procuraron cuidar de la salud del acusado para que pudiese llegar vivo y sin huesos rotos «tanto a la libertad como a la hoguera» y respetaron la prohibición de tormentos distintos de potro, toca y garrucha.

Aunque como solía calló ante la voluntad del rey, el clérigo y archisecretario de su majestad consideraba un error dejar de lado lo que según él era el más eficaz de los tres tormentos del Santo Oficio, «ya se escribió hace mucho en la ley de Partidas: *colgando al home que quieren tormentar de los brazos, et cargando las espaldas et las piernas de lorigas o de otra cosa pesada...* Con qué lucidez se hizo esa ley».

El texto rezaba:

Es manera de pena que fallaron los que fueron amadores de la justicia para escodriñar et saber la verdat por él de los malos fechos que se facen encubiertamente, que non pueden ser sabidos nin probados por otra manera: et tiene muy grant pro para cumplirse la justicia; ca por los tormentos saben los judgadores muchas veces la verdat de los malos fechos encubiertos...

Desnudaron al sumiller de cava y lo examinaron con mucho cuidado, también sus ropas. Temían que «con hechizos se pare como insensible y sea capaz de morir antes que confesar nada», según indicó un fraile tras señalar el párrafo del *Manual* que seguía diciendo:

Estos desalmados usan para sus encantos de pasajes de la Escritura, que escriben de un modo extravagante en pergamino virgen, mezclándolos con nombres de ángeles no conocidos, con círculos y letras raras que llevan escondidas en algún sitio oculto de su cuerpo. No sé yo que haya remedios para estos hechizos; mas

siempre será bueno desnudar y visitar con escrúpulo a los reos antes de subirlos al potro.

Mientras el verdugo preparaba la banqueta del potro, un inquisidor comenzó con las preguntas:

—¿Habéis tratado de envenenar a su majestad?

El hijo del jardinero flamenco negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué queríais escapar?

—Cuando oí que habían enfermado los que bebieron de la copa del rey, pensé que me acusarían de algo y tuve miedo y...

—¿Pretendéis que os creamos? —dijo con voz ominosa y aflautada.

—Es la verdad.

El inquisidor apuntó a las cuerdas del potro.

—Queréis confesar, ¿sí o no?

—Ya os he dicho que...

El verdugo leató pecho, brazos y piernas; y empezó a dar vueltas con un torno, «hay que hacerlo muy despacio para que el cordel le muerda la carne y se le vaya metiendo; con prisas, sufren menos».

Lo sometió a la toca también: fue vertiendo el agua de una jarra en un embudo de paño introducido hasta la garganta del sumiller, que tragó y tragó entre bascas, vómitos y ayes crispados.

El inquisidor ahora se refirió a cosas menos graves, «porque antes confesará estas culpas que las otras»:

—¿Sois aficionado a las mujeres? ¿Creéis que no es pecado la simple fornicación?

No llegó a soportar más de seis vueltas de cuerda ni jarra y media de agua. Y se puso a hablar a borbotones.

Dio nombres de gente menuda que compartía con él la «herejía luterana», el de alguna de las familias de católicos ingleses que el duque de Alba había acogido en Flandes, el del ciego. Más tarde confesó ser espía de Inglaterra y dijo que le propuso envenenar al rey un comerciante que acostumbraba pasar por Castilla y se encontraba ahora en Londres.

Era verdad. Ese mercader pertenecía al clan de Aveyro, aunque muy pocos lo sabían y su apellido —Allen— quedaba a gran distancia del suyo.

Era el encargado de tirar la piedra y no solo esconder la mano, sino todo el cuerpo al otro lado del Canal.

Tras la interrupción, el verdugo volvió a atormentarlo. El sumiller repitió varias veces con voz entrecortada por el sufrimiento lo que hizo aquel día de Pascua y los anteriores. También declaró, y convencido, la argucia que Cristóbal Aveyro quería filtrar, si la cosa fallaba:

—Detrás de todo está la boda de Isabel de Inglaterra con don Juan de Austria.

Le preguntaron de varias maneras si creía que el hermano del rey estaba dentro de la conjura, y el dolorido y aterrorizado sumiller de cava lo fue afirmando cada vez con mayor fuerza.

Cuando Felipe II hubo leído y releído preguntas y respuestas, cosecha de la tortura, comenzó a torturarse a sí mismo: «¿Estará preparando mi hermanastro una sublevación contra mí en Flandes? ¿Aspirará a esa Corona? ¿Aceptaré Isabel de Inglaterra casarse con él solo para debilitar a España y tratar de someternos? ¿Andará Antonio Pérez detrás de tan vil proceder? ¿Será esta la explicación de la extraña negativa de Alba..., el duque de Hierro, a luchar contra Inglaterra?»

El feliz nacimiento de su hijo, Felipe, hizo que su majestad lograra salir de las espirales de tinieblas. Un día —tras examinar muchas cartas, billetes y memoriales— tomó una determinación «a propósito de todas esas cosas que tan podrido me tienen».

Y la llevó a cabo hasta el final con su imprevisible estilo de gobernar.

OceanofPDF.com

NO BIEN LEÍDA SU PENA, el condenado al garrote del cabello claro se puso a gritar pidiendo gracia. ¡Qué aullidos se oyeron! La reina bajó la vista. Los notables de la tribuna real permanecieron envarados como el propio monarca, ni siquiera se atrevieron a mirarse.

Las dos infantas sí lo hicieron. Se habían quedado sin color y parecían no solo exangües sino náufragas por añadidura. Tenían los ojos muy, muy abiertos, como si aquellos aullidos les hiciesen comprender de repente que se encontraban ante algo más que una representación. La pequeña, Catalina Micaela, se levantó con idea de salir corriendo. La reina fue a impedirlo, pero la mirada autoritaria de Felipe la disuadió.

La princesa de Éboli dejó su asiento, avanzó sin mirar a los nobles enlutados y susurró al oído de la muchacha:

—Venid conmigo, hermosa.

Le cogió la mano y se la llevó a un rincón. Allí sufrió ruidosas arcadas. Ana de Mendoza le apoyó los dedos en la nuca con mucho cariño, «¡qué fino tiene el cabello, parece el de su madre!»

—Estoy mala —balbució la hija de Felipe e Isabel Valois.

—Vomitad, hermosa, ¡vomitad! Que os hará bien.

La Éboli le mantenía la cabeza adelantada para evitar que se manchase. Comenzó a devolver con violencia y los bajos del vestido de *la Tuerta* fueron llenándose de salpicaduras pardas, pero ella ni se movió. Cuando unos criados quisieron ayudarla los echó con un seco:

—¡Apartaos!

Por fin Catalina Micaela dejó de tener náuseas y la princesa le limpió la boca con un pañuelo que le había regalado Pérez.

Quisieron ayudarlas de nuevo; de nuevo Ana de Mendoza lo impidió y ella misma se frotó la falda.

Regresaron juntas a la tribuna. Ahora la hija del rey parecía una muñeca de porcelana vestida con galas negras, su expresión era más sombría aún que la de su padre.

Una vez en su asiento, la Éboli se dijo: «¿No hay otra forma menos cruel de asustar a nuestros enemigos? Este auto parece una estampa del infierno, y los jueces, verdaderos diablos vestidos de pontifical».

Los familiares de la Inquisición pusieron la mordaza con tanta furia al reo que al sujetarle la lengua lo hicieron sangrar como el alma de una granada rota. Luego lo enjaularon.

Mientras el fraile proclamaba a los cuatro vientos las culpas del que también iba a ser condenado al garrote, la Éboli cavilaba: «Si el rey de Portugal muere en alguna de esas descabelladas expediciones al norte de África, no dejará descendencia..., y entonces podría llegar al trono la duquesa de Braganza, que tiene un hijo por casar, y ¿por qué no con una de las mías? Aunque... Felipe desea también esa corona y podría enfurecerse... Siempre el obstáculo de la casa de Austria, ¡siempre el dichoso Felipe!»

—Y dijo este miserable reo que no había de confesarse a hombres, que no tenían poder para absolver. —Ahora el lector tronaba—. Que lo que había que hacer era confesarse a Dios de toda su vida. También afirmó que no hay purgatorio ni otra satisfacción sino recibir a Jesucristo con la fe, y se recibe con el perdón de los pecados y toda su justicia.

«Vaya problemas de conciencia sufriría el Rey Hipócrita si no tuviese a mano un confesor que le diese permiso por escrito para hacer cuanto se le antoja sin arriesgar su vida eterna —pensaba Antonio Pérez—. Me gustaría tanto saber de qué se acusa y de qué no...»

Tan pronto como se proclamó la segunda condena a muerte, «relajado en persona», el anciano fue conducido a la jaula también.

—¡Qué caras de miedo tienen esos cobardes! —exclamó un platero de voz de cazalla.

—Con esos discípulos nunca entrará la herejía en este reino.

—Se les ha puesto la cara de color ceniza, ni el joven ni el viejo valen para nada.

—Se agarran a los barrotes como a un clavo ardiendo.

—Sus huesos sí van a arder bien pronto.

—Pero no van a saber lo que es catar el fuego.

En cuanto se anunció la última lectura se hizo un silencio que daba hormigueo en los oídos.

Antonio Pérez observó la expresión de la hereje; «otro error: mandar a la hoguera a una pobre crédula demasiado joven para tener miedo y demasiado guapa por añadidura... Si aguanta con dignidad, puede despertar simpatías y a veces es peor el remedio que la enfermedad... Que de momento la Reforma arrastra a bien pocos en Castilla».

Las palabras del fraile sonaban como latigazos:

—Y dijo que de la comunión no se daba sino la mitad; que daban el cuerpo y no la sangre, y que era un sacrilegio poner allí en la iglesia el sacramento...

Antonio Pérez pensó: «Su majestad me trata últimamente de un modo extraño; mitad como siempre, mitad como si viese en mí a un enemigo. En el negocio de la secretaría de Italia, merced que tantas veces le he pedido por los méritos mayores que me asisten..., tras la ejecución del *Verdinegro*, me ha despachado con un *cuando me sirva proveer, veré si es cosa que convenga*. Y lo más grave: se deja influir por los consejos del conde de Chinchón, íntimo de Mateo Vázquez..., de ese cura soplón y servil que no es más que el lacayo de pluma y tintero del Rey Funcionario».

Miró de reojo y con hostilidad al que se sentaba junto a él.

Vázquez se dio cuenta del gesto hostil de Antonio Pérez y se dijo: «Algún día lo veré con el sambenito. Algún día llevarán a la hoguera a este traidor al Estado y a su majestad por hereje, sodomita, impedidor del libre y recto ejercicio del Santo Oficio...»

—Y hablaba de cosas que parecían santas y buenas mezcladas con otras malas y heréticas, y lo hacía poco a poco, según hallaba la disposición en las personas que tentaba. Leía libros de Valdés y se veía en su conventículo con esos miserables reos. —Señaló a los dos que se encontraban enjaulados—. Reos que nunca deberían haber caído en el error, pues uno es maestro de gramática y el otro notario.

Apuntó primero al del cabello claro y luego al de más edad.

El rey, sin embargo, observó a la joven que persistía en defender sus creencias: «¿Qué será de mayor provecho para la fe verdadera...? ¿Que el fuego la consuma viva ante mis súbditos?, ¿o que se arrepienta y muera antes en el garrote? ¿Qué moverá más voluntades?»

Cuando se leyó la sentencia, Magdalena Sánchez se enardecía ante el anuncio de la pira. Al entrar en la jaula lo hizo con paso firme y miró a las gentes como si quisiese perdonarlas. Los dos condenados que se desesperaban entre barrotes se encogieron por unos instantes con gesto contrito, parecía que le pidiesen perdón por dejarla sola.

«Me recuerda a Margarita en el porte —se dijo Cristóbal Aveyro—. Si Cobos descubriese que ella y yo...»

Los inquisidores entonaron preces:

—Dios Nuestro Señor conceda su gracia a los que se han convertido para que perseveren hasta el momento de la muerte y entreguen el alma en el seno de la Iglesia...

Y se entonó un salmo:

—*Miserere mei, Deus...*

Las voces de los cantores sonaban como si confirmasen las penas, como si representaran a todos los habitantes del reino.

El Gran Inquisidor recitó unos versículos, los cantores fueron respondiendo y dio la absolución. Por fin llegó la hora de prestar el solemne juramento de fidelidad a la Iglesia del que todos los presentes se hacían testigos, «... y también defender y sostener al santo tribunal y a sus ministros...»

Antes de conducir a los reos al lugar de la ejecución, el obispo de pontifical se dispuso a degradar al clérigo sentenciado. Sufrió solo el anuncio público de la suspensión de su dignidad.

«La degradación *verbaliter* tiene poca fuerza —se dijo Antonio Pérez—. Lo que sí impresiona es la *actualiter*».

La mesonera pensaba lo mismo:

—Hace años degradaron a curas antes de quemarlos. En cuanto les quitaban las ropas de decir misa les raían coronilla, labios y manos con vidrios que cortasen mucho para arrancarles el santo óleo. Aquello sí era...

Magdalena Sánchez salió de la jaula como si no temiese el suplicio.

«Me gustaría creer en algo, aunque fuese una superstición», cruzó por la cabeza de Pérez.

Atardecía cuando los tres relajados al brazo secular fueron conducidos de la plaza Mayor al Campo Grande. Se habían levantado los postes rodeados por pirámides de leña más altas que dos hombres.

Mientras la procesión macabra pasaba por las calles de Valladolid, muchos corrían a sus casas para tomar un bocado o llevarse algo de comida al quemadero, «son demasiadas horas en ayunas».

El anciano murió en el garrote con entereza. El del cabello claro gritó pidiendo el perdón, dio otra vez nombres de correligionarios... De poco le valió.

Cristóbal Aveyro abandonó el lugar a toda prisa. «Ha denunciado a Wentworth; tiene que escapar de Castilla cuanto antes, ¡cuanto antes!»

A Magdalena le tembló todo el cuerpo cuando se vio al pie de la escalera. Dos frailes la obligaron a subir y la sentaron en la banqueta que se encontraba sobre la leña. Allí trataron de persuadirla de que se reconciliase. Negó con los ojos, los dientes le castañeteaban de puro miedo. Sudaba, lloraba, ya no era dueña de sus tripas, pero seguía negándose a abjurar. Los clérigos descendieron con cara de «no se arrepentirá». Subió un verdugo y la encadenó a la argolla. El rey presenciaba lo que estaba ocurriendo a muy poca distancia. «¿Es este el fin que debe tener también la persona encumbradísima que ha conspirado con Isabel de Inglaterra para envenenarme?»

Prendieron fuego a los postes con los cadáveres de los que acababan de ajusticiar y huesos y calaveras de herejes que habían sido desenterrados para que los consumiesen las llamas.

Los frailes volvieron a instar a Magdalena Sánchez al arrepentimiento. El rostro de la desdichada tenía tintes azulencos, las pupilas se le veían muy dilatadas, pero rechazó lo que le proponían con movimientos convulsos.

—Las mujeres aguantamos más —aseguró la mesonera a diez pasos de su majestad—. ¡Ay! Si los hombres tuviesen que parir, se acabaría el mundo.

Y siguió masticando cecina.

Las gentes se agolpaban alrededor del poste.

—¡Os dejamos con el diablo!

La multitud bramó, prendieron las aulagas. Se elevaron grandes llamas y pronto se inflamó el cabello suave de Magdalena Sánchez. Sus gruñidos horribles hicieron dar un paso atrás al rey.

OceanofPDF.com

FALTABA POCO para el crepúsculo. Aveyro llegó a *La Serranía* tan exhausto como su yegua. Esta vez no hizo nada por pasar inadvertido y, no bien pisó el suelo del patio, llamó a los criados con fuertes palmadas.

Margarita de Rojas apareció al mismo tiempo que un mozo de la caballeriza de ojos reventones, y fue a su encuentro haldeando.

El portugués preguntó en voz queda:

—¿Han llegado?

—Mi marido y Wentworth andan en el pabellón de caza.

—¿Qué hacéis aquí?

—Sabía que pasaríais y...

—¿Os lo dijo vuestro esposo?

—Ssssí —repuso con un silbido sordo.

«Me parece un desacierto; este negocio es arriesgado», se dijo y disparó:

—¿Han visto llegar a Wentworth vuestros servidores?

—¿Ha hecho algo malo?

—Nada, pero conviene que no puedan reconocerlo.

—No temáis. Iba embozado y llevaba el sombrero calado hasta las orejas... Como sabéis —se sonrió con malicia—, ese pabellón es sumamente discreto.

—¿No extrañará su presencia?

—Mis servidores están acostumbrados a ver pañeros y mercaderes.

Se dirigieron al pabellón y Cobos lo acogió con un afectuoso:

—Pasad y descansad. Un poco de vino os devolverá el buen ánimo.

A la luz de los candelabros parecía que tuviese más edad.

Aveyro se dejó caer en un sillón.

—¿Dónde está Wentworth?

—Duerme como un tronco.

Señaló con la cabeza una de las dos habitaciones contiguas, la que estaba con la puerta cerrada.

El portugués echó el ojo a la otra. «Ese fue mi dormitorio».

Cobos se sentó junto a él y lo observó con aire interrogativo. Margarita permanecía de pie junto a la puerta falsa.

El portugués les dio a conocer lo ocurrido en el quemadero, y acabó por decir:

—Antes que lo amarraran al garrote, el desdichado denunció a gritos a Wentworth. Seguro que ya lo había hecho antes en el andamio de los presos. ¡Menos mal que escapasteis!

—Quemaron viva a la muchacha, ¿verdad?

—Supongo; me fui en cuanto mataron a ese...

—Ya han llegado noticias. Hay quien asegura que unos demonios salieron de la hoguera y se llevaron el alma de la pobre inocente —dijo el marido de Margarita con no poco sarcasmo.

—Es lo que el rey quiere conseguir. —Con cara de viernes—: ¿Cuándo se marchará Wentworth a Lisboa?

—Pensaba dejarle descansar unas horas... Tan pronto como anochezca saldrá con un guía. Hoy habrá luna llena.

—Buen presagio...

Y se calló.

Margarita interpretó que deseaba quedarse a solas con su esposo y salió sin hacer ruido.

El portugués dejó pasar unos momentos y dijo:

—No deberíais haber permitido que vuestra esposa viniese a *La Serranía*. Pueden descubrir a Wentworth y...

Cobos lo observó con mirada honda, larga.

—Margarita se empeñó.

—En vuestra casa mandáis vos, ¿no?

El pañero sonrió con amargura:

—No hay fuerza que pueda impedir que vaya al encuentro del hombre que...

Cristóbal Aveyro permaneció en silencio, «lo sabe, ¡lo sabe...!», y preguntó:

—Al encuentro ¿de... quién?

—Vamos, vamos... —exclamó acariciándose la mejilla sonrosada—. ¿Tan mal espía me creéis? Mi primera obligación consiste en estar al corriente de la vida y milagros de las personas que me rodean, ¿no es verdad?

—¿Hace mucho que lo sabéis?

—Lo suficiente, y me he dado cuenta de que es el mal menor. —Se le veía más triste que ofendido—. Me parece un precio alto, pero estoy dispuesto a pagarlo por convivir con una criatura tan joven... Al fin y al cabo solo la veis de vez en cuando, sois discreto, no le contagiáis males del cuerpo ni del espíritu. No la dejáis preñada...

Tenía los ojos blandos.

Ni uno ni otro supieron qué más decir, y Cobos se marchó.

«No imaginaba que fuera capaz de ver las cosas de ese modo —pensó el portugués—. ¿Quién sabe lo que de veras...?»

Se oyó una risa convulsa. Era Diego de Rojas, que lo había escuchado todo desde el dormitorio que parecía vacío.

—Tendríais que haber cerrado la puerta de esta habitación —dijo con guasa—, si queríais que no me enterase de lo que hablabais.

Aveyro se puso en pie de un salto. Echó mano de su daga y se le acercó con expresión amenazadora:

—Voy a...

Diego se encaramó como un gato por las hendiduras de una pared de piedra que conocía bien. Se sentó sobre una repisa muy elevada lejos del alcance del portugués, y con flema:

—No es la primera vez que disfruto de este asiento de Gran Inquisidor.

—No estáis en vuestro sano juicio.

Y agarró el acero por la punta como si fuera a arrojárselo.

El hermano de Margarita dejó caer:

—Os equivocáis, señor espía de Isabel de Inglaterra.

—¿Qué decís? —repuso desarmado, lívido.

—Fue una lástima que os fallase el envenenamiento del rey. Con lo bien pensado que estaba...

—¿De qué estáis hablando? —lo interrumpió.

El rostro del portugués parecía de cartón.

—¿Por qué no hablamos como personas cabales? —propuso Diego desde las alturas.

—¿De qué queréis hablar? —preguntó con recelo.

—De los acontecimientos que están a punto de suceder.

—Esto no es un juego de estocada.

—Quizá lo sea.

El tono del hermano de Margarita se hacía cada vez más grave.

—Os escucho —farfulló Aveyro guardándose el arma.

Luego apoyó una mano en la pared.

—Mientras preparabais la muerte del rey os iba siguiendo. Os vi hablar con el ciego en Madrid y me sorprendió la frecuencia con que visitabais muy embozado la casa de una de las personas más principales del reino.

El portugués le dio la espalda para acercarse al dormitorio de Wentworth. Muy callandito entreabrió la puerta y comprobó que estaba en la cama y respiraba pausadamente.

Regresó al salón.

—¿Por qué me seguíais?

—Porque vuestras andanzas interesan.

—¿A quién? —soltó impaciente.

—Pronto os lo diré. Pero antes quiero que sepáis que en Semana Santa escuché cuanto hablasteis en el gabinete del cornudo que está casado con mi hermana. —Blandió el dedo—. Esta es casa de escondites, y por cierto me parecieron de mucha sustancia los papeles sobre los alquimistas de El Escorial que andan ocultos en una viga... Cuando comprendí que estabais a punto de matar al mismísimo rey, decidí callarme y esperar. —Se sonrió—. Luego he jugado mis triunfos.

—Si no os explicáis mejor...

—Hagamos historia: empecé a trabajar para Mateo Vázquez, que es amigo de nuestros nobles parientes. Un buen día me encargó que vigilase a Antonio Pérez cuando iba a jugarse los ducados con el marqués de Auñón y otros, pero el demonio de Pérez se dio cuenta y me propuso el triple por espiar al propio Vázquez y a quien me ordenase. Acepté.

—¿Informasteis a Pérez de lo que oísteis en el gabinete de Cobos?! —inquirió el portugués muy alarmado.

—Esperad, esperad. No me interrumpáis. —Gozaba el momento—. No denuncié al marido de mi hermana. Es rico y no conviene poner en peligro la fortuna de la familia... Si se mete de por medio la Inquisición, sin duda hay confiscación —pronunció las últimas palabras con la cantilena de las jaculatorias—. Preferí no hacer nada, reflexionar y ver qué ocurría, que nunca se sabe quién puede andar detrás. Ocurrieron dos cosas. —Contó disparando pulgar e índice—: Falló el atentado contra el rey y asesinaron a Escobedo.

Hablaba despacio. Parecía otro, ni sombra de zumba.

Cristóbal Aveyro escupió:

—¿Para quién trabajáis?

—Para nosotros. Para mi hermana..., aunque no sepa nada de esto..., y para mí.

—¿A quién habéis informado? —preguntó cerrando las manos hasta clavarse las uñas.

—Dejadme continuar..., pero antes tomad asiento.

El portugués se derrumbó en un sillón de jamuga.

—No me hagáis perder la paciencia.

Diego habló con mayor parsimonia aún:

—Tras la muerte de Escobedo, Antonio Pérez está siendo acosado. Lo sé por los hombres de Mateo Vázquez, y he decidido jugar de nuevo la carta de ese cura al que nunca dejé de dar la información que convenía a Pérez.

—¿Habéis sido espía doble?

—Vázquez se reiría si alguien me acusase de tal cosa. Los lerdos somos solo eso: lerdos... Yo solo escucho e informo a quien me paga, ¡nada más!

—Os sale bien fingir que estáis loco.

—Nadie espera mucho de mí, ni siquiera una traición.

Aveyro adelantó la cabeza.

—¿Qué sabe Mateo Vázquez?

—Antes os diré lo que sabe Antonio Pérez: nada.

—Fue él quien mandó que me vigilaseis, ¿no?

—Se recela de los mercaderes que vienen de otros reinos. Tenía noticia de vuestros negocios con el marido de mi hermana y pensó que me sería fácil seguiros. —Puso los ojos en blanco—. Un trabajo sencillo, muy adecuado para un débil de mente como yo, ¿no os parece?

—Supongo que hablaríais de mí en alguno de vuestros avisos.

—Pérez solo sabe que sois un buen comerciante. Que compráis paño y nada más.

—¿Habéis hablado a Vázquez de...?

Diego abrió mucho los ojos.

—Ni más ni menos.

—Entonces... estoy en peligro. ¡Me habéis perdido! ¡Habéis perdido a Cobos... y quizá a vuestra hermana! No os comprendo.

—Dejadme hablar... —Sentado en la repisa, cerca del techo y a la luz de las velas parecía un insecto enorme entre trofeos de caza—. Mateo Vázquez está al corriente de que tratasteis de envenenar al rey, que sois hombre de Isabel de Inglaterra, pero no sabe que el marido de mi hermana es un espía a vuestras órdenes.

Hizo una pausa para roerse la uña del pulgar.

Cristóbal Aveyro parecía hundido. Se preguntaba: «¿Qué será mejor...? ¿Salir huyendo ahora mismo? ¿Dejarle que acabe de hablar? ¿Matarlo?»

Y con voz rota:

—¿Le habéis confesado a Mateo Vázquez que sabíais que se iba a atentar contra el rey? ¿Que os lo callasteis?

—No estaría aquí. Soy torpe, pero no tanto... —Hizo chasquear la lengua—. Le conté las cosas a mi modo: le dije que hace menos de una semana, cuando pasasteis por Segovia, os sorprendí hablando con uno que tenía pinta de judío. Como podéis ver, es casi verdad. Y le conté lo que en realidad hablasteis en esta casa con el marido de mi hermana, aunque me callé algunas cosas, como por ejemplo que había documentos ocultos en el gabinete. Lo último que deseo es que se sospeche de ese cornudo.

—¿Denunciasteis también a quien nos informa desde las alturas de la Corte?

—¡Claro que sí! Necesito el favor de ese clérigo sudoroso que está arrinconando a Antonio Pérez.

—Me habéis puesto en peligro..., habéis puesto en peligro a Cobos, a vuestra hermana, a vos mismo. Si me llegan a prender, me hubiesen dado tormento hasta obligarme a hablar...

—A Mateo Vázquez le hice creer que ibais hacia el sur, cuando en realidad os dirigíais a presenciar el auto de fe de Valladolid, y le di una descripción vuestra tan borrosa que casa con demasiada gente... ¡No! No había peligro de que os apresaran en unos pocos días.

—Os dijo Margarita que iba a pasar por *La Serranía*, ¿verdad?

—Y a ella, el cornudo de su marido. A ese le gusta que le rieguen la cornamenta. ¡A ver si le llega hasta el techo!

Miró hacia arriba.

—Mi única salvación consiste en escapar con Wentworth. Escapar ahora mismo.

Hablaba temblando.

—¿Queréis que siga?

—Os escucho. ¡Os escucho! —lo instó.

—Primero voy a quitarme las botas. —Lo hizo sin prisa. Las dejó caer al suelo, y por fin continuó—: Voy a deciros lo que leerá Mateo Vázquez en el aviso que no tardaré en mandarle: *El espía de Inglaterra...* (me refiero a vos) *pasó por «La Serranía» y tratamos de prenderlo, pero logró escapar tras deshacerse del marido de mi hermana...*

—¿Qué significa «deshacerse...»?

Lo interrumpió:

—Significa matarlo. Significa que Margarita lo herede todo y me ponga al frente de ese negocio de paños.

—¿Quién va a hacerlo?

—El valentón que he contratado.

—¿Cuándo?

—Quizá ahora mismo.

El portugués juró entre dientes, salió corriendo del pabellón de caza y a voz en cuello:

—¡¡¡Cobos, escondeos!!!

Demasiado tarde. El matasiete lo había sorprendido en la oscuridad de un rincón y le asestó con la espada un golpe de muerte.

José Cobos cayó entre gruñidos.

Margarita y los criados salieron del zaguán y lo encontraron agonizando. Ella se abrazó a su esposo y la sangre le empapó vestido, cara, manos.

Cristóbal Aveyro quiso correr tras el asesino, pero vio en la penumbra que unos hombres le cortaban el paso y lo prendían. Eran muchos y estaban armados hasta los dientes. Se movían con tanto aplomo que llegó a pensar: «Parece que obedezcan al rey».

Acertaba, pronto se oyó:

—Entregaos por orden de su majestad.

Momentos después se pusieron a encerrar a los habitantes de la casa en un granero custodiado como si fuese una prisión. No bien se encontraron allí, el portugués aguijoneó a Diego:

—Ved de qué poco han valido vuestras mañas contra las del Estado.

Los centinelas accedieron a que Margarita velase el cadáver de su esposo, pero no dejaron de custodiarla ni un instante.

Aquella misma noche registraron la casa. Ya amanecía cuando dieron con los libros prohibidos que ella guardaba detrás del espejo de su escritorio. Más tarde encontraron los documentos sobre el alquimista de El Escorial.

OceanofPDF.com

TAN PRONTO COMO Mateo Vázquez escuchó las confidencias de Diego mandó a sus espías que «por asunto gravísimo de Estado» lo informaran en seguida de «lo que habla el antipersonaje del reino».

Contaba con gente de su confianza entre los servidores de aquella figura paradójica, y órdenes tan contundentes del clérigo con fama de muy cauto hicieron que paredes, arriates de jardines, patios y rendijas se llenaran de oídos en busca de su gratitud.

Quien había entregado documentos a Cristóbal Aveyro para envenenar la gloria de Felipe II; quien estaba comprando pruebas contra los alquimistas del rey y también sobre la formación de un grupo de la secta *Familia Charitatis* alrededor del director de la biblioteca de El Escorial. Quien recibió tantas veces y en secreto al portugués los días que precedieron al atentado del refectorio de los frailes, no era otra que la princesa de Éboli.

«Siempre he dicho que Antonio Pérez no es más que un instrumento de la hembra que es levadura de todo —se repetía Vázquez—. Pero... ¿estará él también en esa conjura?»

La conversación del capellán y secretario del rey con Diego de Rojas no fue demasiado larga. Lo despachó tras preguntarle dónde podría encontrarlo, «por si os necesito algún día de esta semana». Tomó nota de la dirección de *La Serranía* y una vez solo se puso a hacer averiguaciones, «antes de hablar con su majestad hay que asegurarse».

«Si separamos la paja del grano... —se dijo Mateo Vázquez—. Parece que sorprendió al portugués diciendo que visitó muchas veces a la princesa antes del atentado contra su majestad, que fue él quien urdió el crimen, que andaba también en la conjura esa... Todo lo que ha contado sobre el intento de envenenamiento es exacto..., y quizá también lo sea el resto, aunque... hay que desconfiar por norma».

Mandó indagar más cosas acerca de aquel espía «que de repente ha aparecido con nuevas tan graves..., quizá demasiado para sus luces». Y la víspera del auto de fe de Valladolid le llegó una nota que lo inquietó y mucho. Decía que Diego de Rojas fue visto con gentes de un servicio de inteligencia de Antonio Pérez, que incluso podría estar a sus órdenes.

Vázquez vio detrás de aquello la oportunidad de descargar el golpe definitivo contra su enemigo jurado y decidió enviar un grupo de sus mejores hombres a *La Serranía*. Les advirtió:

—Abrid bien los ojos. Y a la menor ocasión, prendedlos a todos.

Muy temprano, poco después de levantarse para asistir al auto de fe, recibió un aviso:

Anoche la Princesa de Éboli andaba eligiendo tocado para la piadosa celebración, y se le oyó decir a la dueña que está con ella a todas horas: «Bernardina, esta vez nos ha fallado lo del veneno del Rey, pero ahora vamos a matarle la fama».

«¡Qué extraña situación! —pensó—. Por una parte Diego me entrega a la Éboli, y por otra se arrima a Antonio Pérez, el amigo de esa viuda que ha perdido el juicio y va a acabar mal».

Los libros hallados en el pabellón de caza pusieron a los Rojas y sus servidores en manos del Santo Oficio. También Wentworth, Cristóbal Aveyro y el matasiete acabaron en las cárceles de la Inquisición.

Su majestad iba recibiendo copias de las confesiones que se lograban con tormentos. Diego de Rojas trató de fingir locura: a las distintas preguntas del inquisidor sobre los libros prohibidos rompió a contestar con descripciones minuciosas de los atajos que tomaba para que Cristóbal Aveyro no se diese cuenta de que lo seguía. Tan pronto como fue denunciado por el que mató a Cobos, se le quebró el ánimo y llegó a decir que su cuñado era espía de Isabel de Inglaterra, que supo del atentado contra el rey poco antes de que ocurriera, «y no hice nada por evitarlo». Aseguró que Margarita era inocente y fue él quien guardó en su escritorio

los textos. «Son míos y los he leído solo yo... Mi hermana es muy piadosa».

Pero los criados la acusaron de bañarse desnuda, y a Diego de comportarse «como si tuviese trato con el diablo». Wentworth admitió ser luterano y espía de Inglaterra. «Mi familia entró en Flandes confundida con los católicos ingleses que acogió el duque de Alba».

Margarita de Rojas, más que una confesión hizo una defensa de Diego. Contó cómo habían llegado los libros a su poder y se acusó de ser amante del portugués.

«El ciego es el único de los conjurados que ha vencido el tormento — pensaba su majestad mientras examinaba las copias—. Ni con once vueltas de cordel ha dicho nada... Debe de ser cosa del diablo. En estos casos el fuego purifica... Quizá convenga esparcir sus cenizas para mayor seguridad y derribar su casa».

Lo que dijo Cristóbal Aveyro en el potro fue lo más revelador. El rey concluyó: «Según este portugués, Ana de Mendoza ha sido el Judas de mi Corte..., y Antonio Pérez no sabía nada del atentado que estuvo a punto de matarme. Según él, la princesa se reía tanto de mí como de Pérez». Buscó un párrafo:

Una vez fracasado el envenenamiento del Rey, debíamos hacerle creer que el atentado fue cosa de Don Juan de Austria y también, usando espías dobles, que pensaba casarse con Isabel de Inglaterra para atacar a España. Otro de nuestros fines consistía en divulgar que hay alquimistas y familistas en El Escorial y minar así el buen nombre de Su Majestad. La Princesa de Éboli iba a darme más pruebas...

Cristóbal Aveyro dijo la verdad desde el principio para evitar que las contradicciones lo devolvieran una y otra vez al potro. Cuando su majestad leyó que la reina de Inglaterra le había prometido un título tras el éxito del atentado y la boda con don Juan, se dijo: «Esta mujer sabe engañar cuando le conviene».

Y se fue de Isabel de Inglaterra a la princesa de Éboli:

«Hay que impedir que se entere de que Aveyro ha sido prendido. Hay que ajusticiarlo en secreto y simular que ha sido atacado por bandidos... Hay que mantener en el aislamiento de las prisiones del Santo Oficio a los

que se encontraban en la casa el día que tan acertadamente mandó prenderlos Mateo Vázquez».

Mientras Felipe maduraba el golpe definitivo contra ebolistas y Alba, el rey Sebastián I de Portugal moría luchando en el norte de África sin dejar descendencia. También don Juan de Austria, de fiebres.

Su majestad estaba cada día más indignado por haber accedido «a lo de Escobedo», tras dejarse convencer por los argumentos engañosos de Antonio Pérez, y Vázquez iba acumulando pruebas no solo de la inocencia del hijo ilegítimo del emperador Carlos, «a veces le faltó templanza, pero jamás lealtad», sino de la corrupción de «la princesa y su socio». El archisecretario de Felipe no perdía ocasión de recordarle directa o indirectamente el envenenamiento fallido «y quién se encontraba detrás».

A finales de año el rey hizo que una comisión propusiese el encarcelamiento de Alba por haber aprobado la boda de su heredero sin el consentimiento real, y a los pocos días se le confinó en Uceda, en el castillo del arzobispo de Toledo. «Aunque no he hallado la menor prueba de que anduviese metido en el atentado ni en ninguna otra conjura, es bueno para acabar de una vez con los dos bandos que se encierre a este duque por su impertinencia», se dijo el rey al sancionarlo.

Mientras caía una gran tormenta de granizo sobre Madrid, Felipe II confesó, comulgó y en seguida dio la orden:

—Pasado mañana debéis prender a la princesa de Éboli y Antonio Pérez. Nadie tiene que saberlo hasta que suceda.

Horas antes el secretario de Estado despachó con el rey. Su majestad estuvo exageradamente amable con él y luego le hizo llegar un billete:

Vuestro particular quedará despachado antes de que me parta, a lo menos en lo que es de mi parte.

El cardenal Granvela había llegado ya y el monarca tenía intención de situarlo junto a él, «para que ningún negocio se dañe con lo que va a ocurrir». A las once de la noche de aquel 28 de julio irrumpieron en la plaza del Cordón unos alguaciles mandados por Álvaro García de Toledo. Antonio Pérez estaba ya en cama cuando lo prendieron. Cerca de allí don

Rodrigo Manuel de Villena llegaba a casa de Ana de Mendoza con soldados de la Guardia Española.

La princesa fue encerrada en la torre de Pinto y Pérez en casa del alcalde que lo acababa de detener.

Mientras se llevaban a la Éboli en carroza y a su amigo a caballo, una figura embozada asistía al drama con no poco regocijo oculta en la iglesia de Santa María. Era el rey.

Antes del amanecer su majestad redactó el borrador de una carta para el duque del Infantado, «es la cabeza de los Mendoza y prefiero que se entere de mi mano», en la que le daba a conocer sus razones:

Duque primo: Ya habréis entendido que entre Antonio Pérez y Mateo Vázquez, mis secretarios, ha habido algunas diferencias y poca conformidad, interponiéndose en ellas la autoridad de la Princesa de Éboli, con la cual he tenido la cuenta que es razón... Entendiendo yo que la Princesa lo impedía, le habló el dicho mi confesor algunas veces, para que encaminase de su parte lo que yo tan justamente deseaba; y viendo que no solamente no aprovechaba, pero que el término y libertad con que ha procedido es de manera que por ello y su bien he sido forzado de mandarla llevar y recoger esta noche a la fortaleza de la villa de Pinto...

Felipe ordenó que volviera a escribirse porque el amanuense, que a buen seguro quería estar a tono con la nueva situación, puso a Vázquez delante de Pérez y su majestad se negó a admitirlo.

—Está muy mal —lo amonestó—. ¿Acaso no sabéis que Antonio Pérez es más antiguo?

OceanofPDF.com

EL DÍA DEL NUEVO auto de fe, el de «los conjurados», el cielo de Valladolid amaneció sin una nube. Los esqueletos de José Cobos y Cristóbal Aveyro llegaron en ataúdes para que fueran paseados en procesión con mitra y sambenito.

El portugués había sido apuñalado dos años atrás siguiendo instrucciones del rey, y su cadáver apareció en medio de la calle de Santa Ana, cerca de la casa que tenía la princesa de Éboli en Madrid.

Ahora Felipe II se encontraba en Badajoz, faltaba poco para que diese orden a su ejército de cruzar la raya de Portugal. Su majestad no iba a presidir más autos hasta que se celebrase el de Lisboa.

El ciego se mantuvo firme y rechazó ser agarrotado. Todos los demás pidieron que se les aliviase la muerte. Cuando el valentón que acabó con el pañero fue amarrado por el verdugo, tenía un gesto fatalista, parecía que no le extrañase acabar de aquella manera.

Diego de Rojas indicó por señas crispadas que le quitasen la mordaza. Los inquisidores creyeron que se disponía a confesar algo más y accedieron. No bien le liberaron la lengua se puso a gritar:

—¡No matéis a mi hermana! ¡Haced lo que queráis conmigo, pero dejadla vivir! Ella es inocente. ¡Ino...!

Mandaron al verdugo que lo amordazara otra vez, pero Diego le clavó con rabia los colmillos.

El hombre se comió un juramento, lo llevó a empujones hasta el lugar de la ejecución de su hermana y lo mantuvo sujeto, a dos pasos de la pobre Margarita, para que la presenciase.

Diego de Rojas sufrió un desmayo, y otro verdugo de más edad lo ajustició en seguida. El ciego, que no dejaba de pensar en el suplicio de su sobrina, tuvo que sufrir el afeitado de cristianos nuevos: le prendieron las barbas antes de quemarlo vivo.

Al sumiller de cava lo agarrotaron, pero no del todo, «así cataréis las dos muertes, flamenco del diablo». Los que oyeron sus gruñidos en la hoguera dijeron: «Es el mismísimo diablo. Hasta muerto blasfema».

El rey andaba entre papeles de la empresa que estaba a punto de acometer. Uno de ellos se refería a la duquesa de Braganza y lo llevó a pensar: «La Éboli hubiese deseado verla en el trono de Portugal..., y casar a una de sus hijas con el heredero. ¡Qué insensata! ¿Acaso no sabe que nadie tiene más derecho que yo tras la muerte de Sebastián y del rey-cardenal?... —El atentado le cruzó una vez más por la imaginación—: Con Escobedo muerto se sellaba la boca que podía acusarla de vender secretos de Estado... Solo faltaba que yo muriese para que Antonio Pérez se hiciera cargo del gobierno y todo se pusiese a su servicio... —Se mordisqueó los labios—: Y encima la princesa hubiera gozado del favor de Isabel de Inglaterra y del apoyo de su servicio de inteligencia. —Ahora pensó en don Juan de Austria—: Esa reina se burló de él como la Éboli trató de...»

El 13 de junio de aquel año entraron las tropas de Felipe II en Portugal: las del sur mandadas por el duque de Medina Sidonia, las del norte por el conde de Benavente. En el centro se encontraba el capitán general, el duque de Alba.

Su majestad había accedido tras muchos ruegos del cardenal Gran vela y Mateo Vázquez a liberarlo. «Tengo que reconocer que no hay otro como él para llevar los soldados a la victoria. Tengo que reconocer su lealtad a pesar de su altanería». Pero se negó a recibirlo e incluso a hablar con él. «Conviene y mucho que se note que ha perdido mi favor».

La princesa de Éboli murió en el palacio de Pastrana convertido en prisión. Aunque sufrió tortura y fue condenado a muerte, Antonio Pérez logró huir.



PEDRO CASALS ALDAMA (Barcelona, 20 de julio de 1944 - Barcelona, 28 de diciembre de 2021)¹ fue un escritor e ingeniero español.

Licenciado en Derecho y en Psicología, amplió sus estudios en Estados Unidos y Francia. Se doctoró en Ingeniería Industrial, como especialista en tecnología alimentaria. Ejerció de profesor de Psicosociología en la Universidad Politécnica de Barcelona y de Literatura española en la Universidad de San Diego. Durante su estancia en los Estados Unidos, trabajó para el Departamento de Agricultura y para la NASA, en uno de los programas de alimentación de los astronautas del Proyecto Apolo.

Inició su carrera literaria de la mano de su hermano, Mauricio Casals, como agente. En 1981 publicó *El primer poder*, la primera de una serie de doce novelas de género negro, protagonizadas por el abogado e investigador Lic Salinas. Cosechó un notable éxito comercial con las primeras entregas, basadas en temas de actualidad como el terrorismo, el Golpe de Estado del 23F o las intoxicaciones por aceite de colza. A partir de 1986, con *La jeringuilla*, finalista del Premio Planeta de ese año, la saga se centró en tramas sobre narcotráfico. Con la décima entrega de la colección, *El infante de la noche*, ganó el Premio del Ateneo de Sevilla en 1992.

Al margen de la serie Salinas, en 1986 publicó el poemario *Adentros de mis arcanos*, ganador del premio Ibn Jafaya. En 1989 fue nuevamente finalista del Premio Planeta con la novela histórica *Las hogueras del rey*. Su obra se completa con varias novelas juveniles, de aventuras y ficción detectivesca, incluyendo la serie *Las aventuras de Héctor* y la colección interactiva *El club de los ciberchavales*.

Fue miembro regular del jurado del Premio Príncipe de Asturias de las Letras durante los años 1990 y 2000. A partir de los años 2000 cesó su actividad editorial, centrándose en negocios familiares. En 2007 fue imputado por la Audiencia Nacional en el «caso Sintel», por el presunto cobro de comisiones irregulares a través de una de sus empresas. Finalmente la acusación fue sobreseída.

OceanofPDF.com